UNA NIÑA NUNCA OLVIDA Y SU VENGANZA ES INFINITA

En la Barcelona de posguerra, una joven modista de novias logra la fama mientras borda su escalofriante verdad.

4
EDICIONES
EN CATALÁN

La modista de BARCELONA

MARC FONT

MOTUS

LA MODISTA DE BARCELONA

Marc Font

Traducción: Marta Armengol

MOTUS

Título original: *La modista de Gràcia*
Edición original: La campana, un sello de Penguin Random House
La edición de este libro se ha negociado a través de The Foreign Office Agència Literària, S.L.

© 2024 Marc Font

© 2025 Trini Vergara Ediciones
www.trinivergaraediciones.com

© 2025 Motus Thriller
www.motus-thriller.com

España · México · Argentina
ISBN: 978-84-19767-74-5

Índice de contenido

Portadilla
Legales
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Epílogo
Si te ha gustado esta novela...
Marc Font
Manifiesto Motus

CAPÍTULO 1

El golpe en la puerta sonó autoritario. Fue un golpe propio de quien espera que se le atienda con diligencia. La vecina esperaba con impaciencia mientras oteaba por la mirilla de rejilla para ver si había luz en el interior del piso.

En un gesto de fisgoneo, nuestras miradas se cruzaron a menos de un centímetro y, cuando se hizo evidente que el destino no iba a cambiar el curso de los acontecimientos, abrí. Una mujer con un albornoz de algodón blanco y los ojos medio desmaquillados pedía auxilio. Si hubieran sido las cuatro de la tarde, hubiera pensado que le habían entrado ganas de relacionarse. Eran, sin embargo, las dos y media de la madrugada de un viernes de abril. El albornoz blanco estaba salpicado de manchitas de sangre en una imagen entre tétrica y siniestra. Cuando la mujer reparó en que mis ojos contemplaban fijamente aquel estampado, se cubrió las manchas discretamente con la manga derecha en un intento de transmitir una impresión de normalidad.

Yo seguía con la cabeza medio asomada por la puerta de madera maciza, haciendo fuerza con el brazo izquierdo para intentar bloquear cualquier intento de la señora de franquear la puerta de mi casa.

Hacía ocho años que vivía en la finca y era incapaz de recordar si había coincidido con ella en algún momento. Las idas y venidas de los vecinos eran constantes en el edificio, pero con algunos había entablado cierta relación; a veces, hasta nos regalábamos bizcochos.

—Soy Loreto —dijo, con voz chillona y en tono despótico.

Volví a contemplarla con atención, ya convencido de que no la había visto antes; ni subiendo ni bajando ni en el supermercado al que acudíamos a hacer la compra todos los vecinos. Nos observamos atentamente durante un rato, en silencio.

—¿Qué le pasa? —pregunté, entre curioso y asustado. Ella estaba intranquila y se movía, envarada, de un lado a otro.

—¿Quién ha llamado? —preguntó mi vecino de rellano sin abrir la puerta de su piso.

El temporizador de la escalera hizo que la luz se apagara en ese preciso instante y ella, nerviosa y sorprendida por la voz del vecino, lo pulsó instintivamente al momento.

«Menos mal», pensé, porque, a oscuras, aquello hubiera podido convertirse en una escena del todo funesta.

—He llamado yo —respondió ella mientras proyectaba la voz y el cuerpo hacia la puerta del vecino.

La espalda del albornoz también la llevaba salpicada de sangre; era evidente que aquellas salpicaduras eran solo la punta del iceberg.

—Va usted manchada de sangre —le dije, en el mismo tono de voz gritón que usaba ella.

De repente me pareció que mi constatación la alarmaba y se apoyó con la mano derecha en el pomo redondo de la barandilla.

—Disculpe —dijo, dando un par de pasos al frente para agarrarme la mano.

Estuve a punto de zafarme, pero andaba medio dormido y aquella situación me superaba bastante. La señora llevaba unas pantuflas de toalla azules con un lacito de seda, a juego con el pespunte que marcaba el contorno del albornoz. La mujer, ante nuestra inacción e inoperancia, se hacía cada vez más pequeña y vulnerable.

—¡Necesito que suban, necesito que suban! —repitió en el tono propio de alguien que se encuentra en una situación desesperada.

Loreto enfiló la escalera a paso lento, balanceándose de lado a lado. Subía los peldaños de uno en uno y se aferraba a la barandilla con la mano derecha para asegurarse.

Yo puse la mirada en la puerta del vecino de enfrente y pensé que ojalá hubiera abierto y se hubiera unido a la escena. Pero no. La luz que se filtraba por debajo de la puerta desapareció y quedó muy claro que ni la voz ni el tono de esa señora habían despertado ninguna emoción ni curiosidad en el vecino.

Me apresuré a meterme en casa para agarrar el juego de llaves que colgaba tras la puerta y, a continuación, salí en silencio a la escalera.

A la mujer le goteaba sangre por las piernas, que, poco a poco, dibujaba un fino hilo rojo que se deslizaba lentamente por los peldaños.

El temporizador inoportuno de aquella finca majestuosa, construida en 1903 por una familia de indianos, decidió volver a dejar la escena a oscuras.

Loreto, que ya estaba en el rellano del primero, corrió a pulsar el interruptor de la luz. Se asomó al hueco de la escalera y, clavándome la mirada, me preguntó si había cerrado la puerta de mi casa.

Me giré y, efectivamente, estaba cerrada. Aunque se lo agradecí, la pregunta me extrañó en aquel momento, pensando que mi puerta debería de haber sido la última preocupación de una mujer desesperada que sangraba.

La finca era preciosa, por dentro y por fuera. Se alzaba en la principal arteria comercial del barrio de Gràcia, con seis plantas, contando la principal y el ático, y quince balcones con sendas contraventanas de color verde oscuro sostenidos por capiteles con adornos modernistas. En cada rellano había dos pisos, la mayoría de los cuales habían sido divididos en dos, por decisión de la familia que regentaba la finca, para hacerlos más pequeños y poder alquilarlos a precios más económicos. Antiguamente vivían ahí familias que disponían de doscientos metros cuadrados con un montón de habitaciones que seguramente se quedaban criando polvo. Eran amplias y espaciosas, todas presididas por puertas de madera de tres metros de alto con relieves sencillos pero elegantes.

Loreto ya no estaba en la escalera. Sin embargo, había un rastro de sangre en los peldaños y alguna mancha en la pared.

De repente oí que se abría una puerta y me apresuré a ver de qué piso venía. Entraba en casa. Su piso era de los grandes, de los que aún conservaban la estructura original, con un pasillo enormemente largo en forma de T con dos alas laterales e innumerables habitaciones.

Me quedé plantado en mitad del rellano, apoyándome en la pared con la mano, como quien espera con paciencia a que lo inviten a un gran acontecimiento. Estaba prácticamente a oscuras, solo se veían los tímidos y vacilantes reflejos de unas velas que parecían ser la iluminación nocturna habitual en aquel largo pasillo.

—¡Señora! —la llamé—. ¡Señora!

—Venga —respondió alguien.

Hubiera jurado que no era su voz, pero no podía asegurarlo. El pasillo estaba a oscuras, pero se veían, ahora sí, las velas que había intuido ligeramente desde el rellano. Me encontré con una imagen inverosímil ante mí: la señora coleccionaba vestidos de novia. Todo el pasillo estaba lleno de vestidos viejos y polvorientos. Bajo aquella luz escasa, parecían sucios y muchos estaban llenos de pequeños ecosistemas de arañas que les habían

tejido un doble forro. Me sentía totalmente descolocado. Loreto no aparecía. La radio escupía una melodía suave de los ochenta que rompía el silencio angustioso e insoportable.

—¿Necesita algo? —grité, intentando que entendiera que mi presencia, si no era para ayudarla, no tenía ningún sentido.

Finalmente apareció al fondo del pasillo con un velo de novia. Caminaba directamente hacia mí, flanqueada de vestidos majestuosos que iba rozando a su paso. Me quedé inmóvil, di un pasito atrás sin perder de vista aquel espectáculo esperpéntico y atormentado. La tenía cada vez más cerca. Cuando se puso casi frente a mí, alargó las manos, como si quisiera que se las agarrara. Lo hice, no sé por qué. Levantó la cabeza y me miró directamente a los ojos. Relajó la mandíbula, sonrió y me dijo:

—¿A que soy guapa?

CAPÍTULO 2

Paulina Safont y Enric Juncadella culminaron una relación tortuosa y a menudo accidentada por infidelidades públicas y notorias con el nacimiento, en el año 1944, de su única y desgraciada hija, Loreto Juncadella Safont. El padre, consagrado a su trabajo y ausente durante gran parte del tiempo, dejó a su mujer la crianza, el amor y el afecto de la niña. Paulina, en cambio, amaba a la familia y profesaba un amor inconmensurable, fiel e incondicional a todos los miembros de aquel hogar, incluyendo a las desventuradas amigas con quienes conversaba y cosía por las tardes.

Al comienzo de los años treinta, Enric entró a trabajar en La Sedeta, una de las fábricas a vapor más importantes de la ciudad de Barcelona. Dentro del mundo fabril había distintas categorías con sus correspondientes salarios semanales. El cargo mejor pagado era el de hilador, con una retribución de cincuenta y dos pesetas a la semana, seguido del de tejedor, que recibía cuarenta y ocho, y el de oficial, que cobraba cuarenta y uno. Enric entró como peón, pero enseguida pasó a ser tejedor.

En lo que respectaba a las mujeres, se consideraba que trabajar en la fábrica era un complemento más que un trabajo y, por lo tanto, se daba por hecho que su ocupación real estaba en el hogar. Paulina, sin embargo, empezó de cortadora, cobrando veintiuna pesetas a la semana. El trabajo era su motor social y económico; vivía para trabajar, codo con codo con seiscientos trabajadores más. Aunque el ambiente de la fábrica, las amigas, las confesiones, los chismorreos y las miradas de los hombres eran combustible para ella y para su grupito de amigas, era un trabajo duro y las semanas de cuarenta y ocho horas eran física y mentalmente agotadoras.

La mayor alegría que tuvieron Enric y Paulina en La Sedeta fue cuando, el 9 de mayo de 1933, les tocó un pellizco en la lotería que jugaban todos los trabajadores. No se hicieron ricos, pero consiguieron un buen pico de dinero.

Enric había empezado a trabajar en La Sedeta salvado de una precariedad económica importante por su ya difunto amigo Joan Masdeu. Ella entró de la mano de su marido, que se ganó la confianza y el afecto de sus superiores

por la escrupulosa responsabilidad con que llevaba a cabo su trabajo. Paulina no tuvo que demostrar su valía, aunque enseguida se hizo un sitio, gracias a su ternura y al firme compromiso de llegar siempre puntual a la fábrica. Ambos encarnaban unos valores muy parecidos que les permitieron empezar a ganar dinero para construir lo que las respectivas familias nunca pudieron darles.

A pesar de la rutina que conllevaba el trabajo, fueron acostumbrándose a los cambios de las distintas décadas. Vivieron años de guerra, bombardeos, sirenas y mucha crueldad. Fue una época que ella especialmente recordaba con mucho sufrimiento y violencia.

Ambos aprendieron a tramar telas y piezas. Las necesidades de la guerra se proyectaron en todas las cadenas de producción de las fábricas del país y Paulina, aunque siempre a regañadientes y con pesar, se especializó en las telas de los paracaidistas militares. Él le decía que se guardara la moral en el bolsillo y que, para ganar dinero, tanto daba confeccionar materiales para ropa de guerra que para vestidos de novia. Efectivamente, tenía razón, pero ella no tenía una moral tan distendida.

La posguerra tampoco fue fácil, pero en la década de los cincuenta llegaron mejoras laborales que permitieron no tener que trabajar un sinfín de horas. Las jornadas pasaron a ser de ocho horas; por fin podrían tener un poco de vida fuera de La Sedeta.

El sindicalismo y las huelgas nunca fueron mucho con ellos; lo veían como una traición a la fábrica, a los encargados, a los mayordomos y a los propietarios que tan bien considerados los tenían. Cuando se convocaban huelgas, siempre les salía el mismo contratiempo: enfermaban los dos a la vez.

Las luchas consiguieron privilegios y mejoras que repercutían tanto en los esquiroles como en quienes no lo eran. Ellos lo sabían, pero no querían que la señora Vidal, propietaria de La Sedeta, se sintiera traicionada. Paulina estaba convencida de que la señora Maria los distinguiría entre toda la multitud de trabajadores. Enric se reía de ella y siempre que hablaban del tema le decía que la señora de la fábrica debía de tener demasiadas cosas en la cabeza como para fijarse en la seriedad con que Paulina se tomaba la hilatura. Ella negaba con la cabeza y siempre le respondía que los propietarios tenían muchos ojos y que lo acababan sabiendo todo.

Loreto llegó en el momento menos esperado. El doctor Dalmau les

confirmó que estaba en camino. Conocía bien al matrimonio y estaba seguro de que Paulina sería una buena madre y que, con la ternura que la caracterizaba, sabría proteger a la niña de las brutalidades de la posguerra barcelonesa. Ella, siguiendo escrupulosamente las órdenes de su marido, dejó la fábrica tan pronto como el doctor les confirmó la noticia. Se convirtió en una hiladora doméstica; el sueldo de él pasó a ser el sustento del hogar.

Vivían en la calle Santa Ágata, en un piso pequeño como un puño, inmersos en unas tristes condiciones de salubridad. No era ni la primera ni la segunda vez que, especialmente Enric, llegaba a trabajar sucio como un gorrino. Su dedicación y gran responsabilidad compensaban el olor a chotuno que incomodaba a los que tenían que trabajar junto a él. El encargado, por medio de los informadores que se desvivían por calentarle la oreja, se acabó enterando y comunicó las tribulaciones familiares de sus trabajadores a los estamentos fabriles superiores.

En el turno de mañana todo el mundo estaba al corriente de que Paulina esperaba una niña y, tras días de ausencia por parte de ambos, llegó la noticia de que un incendio virulento y despiadado había fulminado la caja de cerillas en la que debían albergar a la criatura. El piso de Santa Ágata quedó brutalmente calcinado a causa del brasero de unos vecinos imprudentes y alborotadores y dejó en la calle a una familia a la que el fuego había arrasado sin paliativos. Los periódicos de la ciudad documentaron y publicaron la larga columna de humo que se alzaba en pleno barrio de Gràcia y las llamaradas que devoraron cruelmente la finca.

Maria Vidal, amante y conocedora de todas las malas lenguas de la fábrica, al enterarse y consciente de la admiración que suscitaría su decisión, ofreció a la familia Juncadella-Safont una vivienda en la calle Gran de Gràcia. Era un piso vacío y majestuoso propiedad de la familia. Cualquier opción era preferible a quedarse en la calle y, asombrados por la opulencia de aquel piso enorme, se instalaron en él y expresaron un agradecimiento inmenso a quien les salvaba la vida. Se instalaron, de entrada, de forma temporal. El objetivo era que su hija, Loreto Juncadella Safont, naciera en junio de ese mismo año, 1944, bajo un techo que la protegiera de las inclemencias y las ferocidades del momento.

Muchas fábricas fueron perdiendo fuelle a lo largo de la posguerra por la competencia que venía, sobre todo, de fuera de España. Durante los años

setenta, Barcelona empezó a expulsar las grandes fábricas textiles de su término municipal a causa de los graves problemas de tráfico y de contaminación ambiental que causaban. Ya entonces, la demanda de suelo para construir vivienda fue otro de los motivos relevantes. La Sedeta no fue ninguna excepción. La demanda de nuevos tejidos y el protagonismo creciente de las modas causaron un ciclo de producción cada vez más corto. Muchas fábricas tampoco disponían de una estructura que les permitiera adaptarse a la nueva realidad.

El año 1975, La Sedeta cerró sus puertas definitivamente, poniendo fin a tantos años de vida de fábrica, de sirenas y de traqueteo de telares.

CAPÍTULO 3

—Sí. Le queda muy bien —dije, consciente de que reforzaba aquella situación grotesca.

Pensé que, llegados a ese punto, era mejor no pretender cambiar el curso natural de los acontecimientos. Ella tiró de mí hacia el interior de la casa.

—¿Necesita algo? —volví a insistir para que me dijera de qué se trataba y así acabar rápidamente con el momento esperpéntico.

Me tenía agarrado por la mano derecha. Tenía poco margen de maniobra si no quería soltarla y desestabilizar el momento de equilibrio. Se acercó a la puerta y vi a las claras que quería cerrarla con llave.

—No cierre —medio supliqué, medio ordené—. Si cierra, me voy.

Me di cuenta de que acataba fácilmente mis órdenes; bastaba con levantar el tono y mostrar contundencia verbal. La puerta quedó ajustada e hice un último intento:

—¿Necesita algo?

Se giró y, sin soltarme, me guio por el pasillo. Ejercía la fuerza justa para que yo me dejara llevar sin sentirme ni violentado ni arrastrado.

Había vestidos de novia a ambos lados. Eran espectaculares. Viejos y un poco amarillentos, pero preciosos.

Llegamos al final del pasillo, donde empezaba una gran sala rectangular con dos ventanales que daban a la calle Gran de Gràcia. Todo estaba a oscuras y la sala estaba tenuemente iluminada por los hilos de luz que entraban procedentes de las farolas de la calle.

Empezó a invadirme una especie de miedo. Sin embargo, esa parte del piso era idéntica al mío, cosa que me infundía una falsa tranquilidad.

En ese momento deseé que hubiera más luz para ver el color de las butacas o la distribución real de la estancia. Era consciente de que tenía los ojos abiertos de par en par mientras miraba de un lado a otro, tratando de ver y retener el espacio y su contenido. Levantaba la cabeza y me ponía de puntillas para contemplar el espacio que ella me tapaba. La penumbra, sin embargo, me lo imposibilitaba.

De repente, recuperé mi postura inicial cuando ella se giró justo a punto

de entrar en el salón y por fin me soltó la mano. Se detuvo y yo me eché atrás ligeramente, ganando un poquito de distancia que pudiera salvarme de cualquier eventualidad fatídica. Vi de nuevo a Loreto de cuerpo entero, con su albornoz blanco salpicado de sangre, las pantuflas con el lacito de seda azul y el velo echado. Era francamente surrealista.

En el suelo del pasillo, un camino medio emborronado de gotas de sangre que ambos habíamos pisoteado y esparcido.

Loreto se puso las manos en los bolsillos del albornoz, inclinó la cabeza de forma sensual y provocativa y me miró con unos ojos desmaquillados pero penetrantes.

—Solo quería que viera usted a Clara con este velo. ¿A que soy guapa?

¿Clara, había dicho? ¿Decía Clara en referencia a sí misma? Fingí no haberla oído y, ante la insistencia a la pregunta que ya le había contestado una vez y, en vista de las ganas que tenía de continuar con ese juego diabólico, hice de tripas corazón y decidí dar media vuelta hacia la puerta.

Era como si todo el miedo y la inseguridad que sentía se hubieran disipado y que me paseara por un territorio conocido y cómodo.

Ella ni se inmutó, seguramente consciente de que ya había jugado y abusado en exceso de mi paciencia.

Mientras iba hacia la puerta, me fijé en un detalle del interior de unas habitaciones. Había una velita encima de una mesilla que proyectaba un haz de luz hacia el techo e iluminaba los retratos enmarcados de cuatro personas. La vela las iluminaba, pensé, con intención de protegerlas y guiarlas. No pude captar ningún detalle más, solo que los retratos tenían un tamaño idéntico y estaban colgados simétricamente. Tal vez esas imágenes correspondieran a las nietas de aquella señora, o tal vez a sus hijas. No lo sé. Lo único que sé es que avancé hacia la puerta y me fui sin darme la vuelta y sin decir adiós. Se acabó la tétrica comedia de una mujer que seguramente había perdido la cabeza del todo.

Me metí en la cama pasadas las cuatro de la madrugada. Suerte que era viernes y los sábados entraba a trabajar a las tres de la tarde. La noche se me hizo corta, porque los sucesos me habían dejado revuelto y con la mente perturbada.

Me levanté a las nueve y pico y salí de la habitación medio dormido. Preparé la cafetera italiana y la dejé al fuego mientras me daba una ducha rápida. Costaba un poco que saliera el agua caliente. Ya se había pasado un

fontanero, pero no acababa de arreglarse. Y, cuando funcionaba, el agua de repente salía helada y me ponía de tan mala leche que cerraba el grifo, me secaba y daba la ducha por terminada. Por las mañanas me llenaba una taza de café y me echaba un poco de panela que un amigo me trajo de Colombia. La panela me gustaba más que cualquier otro edulcorante porque me contaron que contenía cincuenta veces más minerales que el azúcar blanco. Con una taza de café me bastaba para espabilarme y, ya más tarde, almorzaba pronto y bajaba a Francesc Macià a trabajar.

Por la mañana aprovechaba para ir a hacer la compra, para ir un rato al gimnasio o bajaba corriendo por el paseo de Sant Joan hasta la playa de Bogatell.

Ese día, sin embargo, dejé aparcadas mis aficiones y eché mano de un cuaderno para anotar algunos detalles de la escena surrealista de la madrugada. Cabía la posibilidad de que aquella mujer acabara por hacer alguna tontería y viniera la policía a preguntarme por la vecina. Recuerdo que anoté someramente la secuencia de los hechos y apunté un detalle que me había llamado especialmente la atención: ¿quién era Clara?

Era el Día de Sant Jordi y, aunque estaba medio adormilado, bajé a la Diagonal para celebrar también el sol de primavera que había venido para quedarse. Me puse las gafas de sol y me desabroché algún botón de la camisa. Aproveché para comprar un par de rosas para las dos compañeras con quien compartía despacho. Cada tarde nos dedicábamos a editar y corregir la versión catalana y castellana del periódico La Vanguardia. Hacía ya ocho años que, de tres de la tarde a once de la noche, leíamos y corregíamos los textos que los periodistas escribían e introducían digitalmente en los recuadros que configuraban las distintas páginas.

Durante la jornada laboral, el trabajo era imponente y ese día todavía más, ya que el diario cubría la fiesta del libro y había muchos más artículos que en una jornada normal. Tras corregir y editar el texto, cambiábamos el color del recuadro para indicar que ya estaba revisado. Y así íbamos avanzando y sacando adelante el trabajo. A veces compartíamos dudas y a menudo consultábamos la normativa o nuestro libro de estilo, puesto que era difícil acordarse de todo. Después de nosotros tres venía otra persona, David normalmente, que echaba un vistazo rápido a los artículos y les daba la aprobación definitiva. Algunos amigos me decían: «Guix, ¿traducís todos los días todos los textos de un idioma a otro y os da tiempo de corregirlos

todos?». La respuesta era siempre la misma: los textos los traducía el traductor automático y los corregíamos y editábamos nosotros. Yo normalmente enmendaba las secciones de «Internacional», «Sociedad» y «Sucesos»; mis compañeras se encargaban del resto. Normalmente, cada uno revisaba las secciones que prefería, aunque en el periódico eso no gustaba porque se suponía que debíamos dominarlas todas y trabajar textos escritos por distintos periodistas. Sabíamos que tenían razón, pero nosotros barríamos para casa hasta que alguien se daba cuenta y nos llamaban la atención.

De vez en cuando había que editar y corregir tanto ciertos textos que agarrábamos el teléfono para preguntar directamente al periodista si prefería revisar personalmente su artículo porque, de lo contrario, a la mañana siguiente se lo encontraría medio descuartizado. Supongo que esa es la ventaja de trabajar pensando que siempre habrá alguien que revise el trabajo. Para ser justos, debo decir que también nos llegaban textos impecables, exquisitamente documentados, con una sintaxis muy elaborada y unas convenciones lingüísticas que se ceñían estrictamente a lo estipulado en el manual de estilo del periódico.

Otras veces entraban noticias de última hora y se acercaban las once y seguíamos revisando erratas y cambiando cursivas por comillas dobles y viceversa. Cuando daban las once cerrábamos la edición y David mandaba el periódico a maquetar y luego, a imprenta. Si todo iba bien, a las once y cuarto bajábamos con el ascensor del edificio y los tres nos íbamos a casa.

Ese 23 de abril, el trabajo se alargó un poco, pero al terminar bajé a pie por la Diagonal hasta paseo de Gràcia y subí a Lesseps. Como era habitual a esas horas, me topaba siempre con los camiones de la limpieza, que dejaban a su paso riachuelos que iba esquivando en zigzag. El jueves era el día que los universitarios salían de juernes en los Jardinets de Gràcia para luego tomar el metro e irse al Apolo a celebrar los mejores años de su vida.

Ese viernes llegué a casa y, como de costumbre —uno de mis tics—, comprobé el buzón, no porque estuviera esperando nada en particular, sino por cumplir con esa tarea rutinaria antes de cerrar la puerta de casa. Lo encontré vacío, pero, al abrir la primera puerta maciza de madera, me encontré un papel doblado en el suelo. Alguien lo había empujado de malos modos para hacerlo pasar bajo la puerta. Estaba muy arrugado, pero había conseguido franquear la pequeña ranura. Lo recogí creyendo que sería el

típico anuncio de compraventa de pisos interesado en la finca. Pero no. Lo abrí, tratando de alisar las arrugas, y leí con claridad unas letras escritas a lápiz que decían «Lo siento».

CAPÍTULO 4

Llegaba con los pies hechos polvo y escocidos, como si los hubiera tenido toda la noche metidos en agua hirviendo. Se quitaba los zapatos, los dejaba en el pasillo, se desnudaba, bebía agua y se acostaba. Se sentía muy cansada, pero le encantaba bailar hasta altas horas de la madrugada con su amiga Marta Turró. Se llamaban y, cuando Loreto la avisaba de que ya estaba lista, Marta salía de casa como una flecha para pasar a buscarla. Loreto la esperaba en el portal y, al verse de lejos, se reían la una de la otra por cómo se habían emperifollado. Casi siempre, conscientes de que daba comienzo una noche de baile memorable, Marta inauguraba la velada improvisando unos pasos en plena calle y Loreto, a cierta distancia, la seguía. La gente las miraba y ellas, amantes de aquellas pequeñas excentricidades, exageraban todavía más los movimientos de la coreografía. Se miraban y prorrumpían en carcajadas. Se abrazaban, se agarraban del brazo y bajaban hacia Fontana para cruzar la calle y ponerse en la cola para entrar en el San Carles Club. No solían tener que esperar mucho rato, puesto que los hombres, deslumbrados por tanta exuberancia, siempre las dejaban pasar. Les preguntaban constantemente si eran hermanas y ellas siempre decían que sí. Era un sí poco convincente, pero bastaba para que la imaginación de aquellos hombres, solteros y casados, echara a volar, eclipsada por la frescura de aquellas dos jóvenes que salían cada sábado a celebrar la vida.

Marta vivía en Septimània, una de las calles que salen de la plaza Lesseps en dirección al pequeño barrio del Farró. Tenía una hermana mayor, Anna, que estudiaba Medicina, y una madre muy estricta que las crio con mucha severidad. Loreto siempre le tomaba el pelo y, al regresar del San Carlos, le decía que su madre la estaría esperando en el recibidor para pedirle un último baile. Marta reía, pero luego se enfadaba porque normalmente volvía tan agotada que lo único que quería era meterse en la cama y cerrar los ojos.

En una ocasión, Marta se fue con un señor mayor, que se la llevó unos días fuera de Barcelona, y Loreto se pasó casi una semana sin saber nada de ella. Entre preocupada e impaciente, Marta la llamó cuando ya estaba de regreso

y a Loreto se le ocurrió descolgar el teléfono cantando una de las canciones que solían poner en el San Carles y que las dos se sabían de memoria.

—Loreto, soy Marta —le dijo su amiga cuando se puso al aparato.

Ella, que ya estaba preparada para cuando Marta se dignara a dar señales de vida, empezó a cantar: «Cuéntame, cómo te ha ido, en tu viajar por ese mundo de amor». Se oían carcajadas lejanas y Loreto aún recuerda que Marta le dijo que era una auténtica sinvergüenza.

Loreto siempre cuenta que el San Carlos Club representó su juventud y la hizo muy feliz. Tiene tantos recuerdos de allí que parece mentira que haga ya tantos años que el local haya cerrado. Se recuerda en la pista, tendiendo una mano a Marta para cantar, bailar y reír como locas. Si bien es cierto que Marta agachaba tímidamente la mirada al ver la hilera de hombres que las observaban, deleitosos y contenidos, Loreto los miraba a los ojos y les sonreía. Marta se sentía más cómoda cuando no había tanta gente y podían bailar las dos mirándose y agarradas de las manos. Veía a Loreto cantando con los ojos cerrados, teatral: «Si yo tuviera una escoba, si yo tuviera una escoba, si yo tuviera una escoba, ¡cuántas cosas barrería!».

El momento que Marta seguramente recuerda, igual que Loreto, con un afecto especial es cuando sonaba una de sus canciones preferidas. La habían cantado y bailado tantas veces que hasta idearon una coreografía para interpretarla juntas. Hicieran lo que hicieran, estuvieran donde estuvieran en el San Carlos, en el momento en que sonaba, se buscaban, se ponían la una junto a la otra, se miraban, traviesas, y Loreto empezaba a interpretar la parte más tranquila y suave de «No te quieres enterar, que te quiero de verdad, no te quieres enterar…» y las dos seguían, a dúo: «No te quieres enterar, ye-ye, que te quiero de verdad, ye-ye-ye-ye», y deslizaban los talones por el suelo para avanzar de lado con los codos doblados, hipnotizando a todos aquellos señores que hacían corro a su alrededor. Al final, aunque se resistían a cualquier piropo, les encantaba ser el centro de todas esas miradas que las desnudaban y despertaban el instinto más animal de los señores de Barcelona.

Eran dos chicas alegres en quienes la veintena había coincidido con un momento de plenitud, de destruir tabúes y liberarse de la moralidad que durante tantos años había aniquilado los deseos, reprimido los instintos y anulado la disidencia. Empezaba el momento de ser, de ser plenamente, sin miedos ni límites, y a ambas les emocionaba dejar aflorar todo lo que habían

tenido tan dormido en su interior. Loreto siempre decía que la represión había sido larga y azarosa, pero la libertad sería eterna y gloriosa.

Esas noches de sábado representaban un bálsamo para las jornadas de ocho horas que Loreto echaba en Santa Eulalia. La tienda emblemática del paseo de Gràcia, abierta desde 1843, representaba una opción laboral segura. Empezó a trabajar como planchadora, y se ocupaba de clasificar, planchar y acomodar toda la ropa que llegaba a la tienda para ser expuesta y vendida. Su carácter afable y simpático la ayudó mucho a alcanzar una buena posición y a tejer una buena red de contactos y amistades. Había aprendido a coser en el colegio y su madre también la enseñó. Aun así, coincidir con Roser Carulla fue un golpe de suerte que, indudablemente, la catapultó a convertirse en una de las mejores modistas de Barcelona. Carulla tenía los dedos benditos y un gusto especialmente bonito. En los ratos muertos, Loreto se acercaba y la observaba mientras bordaba velos de novia y cosía costuras a mano. Al principio se sentaba a su lado y quedaba fascinada por aquella rigurosa escrupulosidad y exquisita finura. A medida que pasaban los días y semanas, y con una confianza y una amistad algo más firmes, la muchacha empezó a ayudar a la señora Carulla a mover piezas y a coser alguna pieza complicada de un vestido. En muchas ocasiones se quedó más rato de las ocho horas reglamentarias, pero es que la señora Carulla se había convertido en toda una inspiración. Loreto ansiaba tanto aprender de ella que perdía la noción del tiempo. De hecho, volver a casa solo hubiera tenido sentido si alguien hubiera estado esperándola, cosa que nunca fue el caso.

La señora Carulla había trabajado toda la vida en Santa Eulalia y tenía muy buena relación con el encargado. Un día en el que este la felicitó por lo bien vuelta que estaba la manga de una chaqueta sastre, ella aprovechó para hablarle de Loreto y de lo bien que cosía. Roser sabía que ya tenían muchas costureras y que lo que faltaba eran planchadoras. Al parecer, sus buenas referencias no surtieron ningún efecto, ya que a Loreto solo le ofrecieron un año más de contrato en el mismo puesto. En vista de sus escasas perspectivas laborales, además de su indomable instinto de crecer y volar, llegó el momento de que la chica diera un paso adelante. Fue entonces cuando decidió empezar a coser por su cuenta, fuera de Santa Eulalia.

Loreto había heredado el piso de sus padres y vivía sola en el hogar en el que se había criado, entre hilos, agujas y dedales. El día que se despidió de la

tienda, se llevó la agenda de teléfonos que la secretaria tenía guardada en un cajón. La tenía localizada porque, cuando había que avisar de que un pedido estaba listo para su recogida, Dora siempre la sacaba para llamar a las clientas. Pensó que era lo único que deseaba y que se lo había más que ganado, después de todo lo que había cosido a escondidas de todos. Cuando salió de Santa Eulalia, tenía claro que había llegado el momento: los comienzos nunca fueron fáciles, pero ella acarreaba una mochila llena de experiencia y conocimiento, que pronto la hizo merecedora de la confianza de muchos.

Recuerda aún los primeros encargos que realizó y también la costumbre que tenía de guardarse siempre un recuerdo fotográfico. La primera novia a la que vistió fue una chica muy joven de quien aún conserva con mucho afecto alguna foto enmarcada que cuelga en su casa. Una jovencita entrañable.

Los setenta representaron la crisis de todos los valores y empezó a nacer la tan preciada libertad. A Loreto le gustaba bajar al centro muy arreglada. Se detenía siempre en el escaparate de la chocolatería Juncosa, en la calle Ferran, y en Amatller, en la plaza de Santa Maria del Mar. Se quedaba ensimismada y, de vez en cuando, entraba a comprarse unos bombones de chocolate con licor.

La Barcelona de aquella época era una ciudad que despertaba de un sueño largo y cruel. Había miedo y también esperanza. Existía un deseo incontrolable de probar todo lo que había estado prohibido. A Loreto le encantaba apoyarse en los árboles de la Rambla y contemplar a aquellos señores que paseaban con camisetas de tirantes y niños que hacían cola en los puestos de helados y frutos secos. La gente empezaba a andar tranquila y sonriente, se veía que la ciudad empezaba a brillar.

Sonríe aún al recordar los desfiles de Pérez Ocaña por la Rambla y las miradas de admiración de unos y de asco de otros. Era una época de contrastes fuertes, de cambio de era, de dejar atrás una opresión sostenida y dar la bienvenida a una libertad perdida. Asistía a conciertos de Sisa, de Pau Riba y de Gato Pérez, y en casa tenía tres o cuatro libros de Montserrat Roig en una estantería.

Un día, una clienta, al ver los libros de aquella novelista, le preguntó a Loreto si ella era una fresca igual que la escritora. Ella la miró a los ojos y respondió que era una mujer liberada, igual que la autora.

CAPÍTULO 5

Las mañanas planteaban grandes dificultades a alguien como yo, que vivía, pensaba y respiraba mejor por la noche. Aun así, tenía que levantarme y enfrentarme al día, a pesar del esfuerzo que me suponía apartar el nórdico que me cobijaba. Mover cualquier extremidad implicaba aceptar que el día tenía que empezar. La mente me recordaba, obstinada e incansable, que yo era el único que podía luchar contra la pasividad y la pesadez que a veces se apoderaban de mi cuerpo. Abrir los ojos suponía también salir del estado de somnolencia, vencer aquella pequeña muerte diaria que me revitalizaba el cuerpo y me cargaba de energía para vivir. La vitalidad innata de los optimistas no entendería jamás cuerpos como el mío, casi incrustado y fosilizado en la cama. Cuerpos que tenían que rebelarse contra su propia naturaleza para vencer la oscuridad que llegaba sin avisar algunos días. No era fácil pero tampoco imposible e, igual que muchas otras personas, yo solía lograrlo siempre.

La radio era la mejor compañía del mundo: la encendía y apagaba sin quejas, lamentaciones ni protestas. Cuando en mi emisora preferida había alguien que hablaba para no decir nada, la cambiaba. Y cuando en ningún sitio daban contenido interesante al que prestar atención, era el momento de sintonizar música y esquivar tertulias que mataban el rato y adormecían el alma. La radio me ayudaba, igual que la rigurosa ducha de buena mañana, a espabilar mi cuerpo débil y desvirtuado para dejar paso a la vitalidad que me acompañaba el resto del día. Por las tardes, en el trabajo, tenía que leer grandes cantidades de artículos que sabía que no despertarían ningún interés en nadie. Tenía la sensación de que muchas veces se escribía por escribir, por el mero hecho de que el periódico tenía que salir todos los días. Había decidido, por lo tanto, que, una vez entrado en la treintena, era el momento de hacer por encima de todo cosas que me apetecieran y que me aportaran algo. Ya no me obstinaba en terminar libros que eran un auténtico aburrimiento, ni quedaba con amigos que normalizaban ir tirando como forma de vida. La vida era breve y el tiempo, limitado. Estábamos en el mundo para vivir, y no para ver la vida pasar. Para dedicar tiempo y esfuerzo

a cosas que valieran la pena. Esa mañana, mientras mordisqueaba una tostada con mermelada de higo, tomé la firme decisión de conocer a mi vecina.

Me dediqué a reflexionar sobre la mejor forma de responder al anónimo. Parecerá extraño, pero en muchas ocasiones, las decisiones más difíciles tienen las soluciones más sencillas. Recogí la nota, dispuesto a subir a su casa. Antes de cerrar la puerta volví a entrar en casa a por un par de merengues rojos en forma de rosa que compré por Sant Jordi y aún no me había comido. Me pareció preferible a subir con las manos vacías, pensé que tal vez sirvieran para endulzar una conversación que, personalmente, quería encarar con mucha indulgencia. Sin embargo, sabía que una cosa eran mis intenciones y otra, el estado y actitud de la persona que me encontraría al otro lado de la puerta.

Subí el tramo de escalera que separaba mi casa de la casa de la más que probable autora de la nota. No había vuelto a subir al piso de arriba desde el día del incidente funesto y, la verdad, de día las cosas se veían muy diferentes.

A la izquierda de la puerta había dos interruptores, cada uno con una etiqueta blanca que rezaban «luz» y «timbre» respectivamente. Acerqué la nota a los interruptores y constaté que la caligrafía era idéntica y que Loreto era, por lo tanto, la persona arrepentida autora del mensaje.

Sin más dilación, relajé el cuerpo y llamé al timbre. Esperaba una respuesta, dada toda mi predisposición, pero no obtuve ninguna. Llamé por segunda vez, por si aquella señora era de pasarse las mañanas encamada, pero me pareció que no había nadie en casa. O tal vez no quería abrirme. Fuera como fuese, equilibré el platito en el que llevaba los merengues, que estaban a punto de caer, bajé de nuevo la escalera, me hurgué el bolsillo trasero del pantalón en busca de las llaves y entré en mi casa desanimado, como si me hubiesen dado plantón.

La música, el piano, concretamente, siempre me había acompañado en los momentos más íntimos, más profundos y seguramente más dolorosos. Ese día no es que me sintiera profundamente triste, pero sí que necesitaba algo para rebajar el pico de adrenalina y neutralizar una mente que había empezado a navegar por el mundo infinito de las conjeturas.

Cerré la puerta, dejé las rosas en la encimera de la cocina y fui al comedor, donde tenía el piano. Levanté la tapa y me senté en la banqueta. Lo que hacía

normalmente era relajar los hombros y colocar con suavidad los dedos sobre las teclas. Cerraba los ojos y dejaba la mente en blanco, flotaba en un momento de silencio y empezaba instintivamente a tocar la primera canción que me venía a la cabeza. La obsesión que tenía mi madre para que yo aprendiera a tocar el piano de pequeño me acabó proporcionando momentos así, de soledad, refugio y protección.

Me aseguré de alcanzar ese instante de silencio absoluto antes de empezar a tocar Nuvole bianche, mi canción preferida. Cerré los ojos mientras mis manos y dedos iban de lado a lado del piano, armonizando la melodía y poniendo toda el alma para crear un momento personal e íntimo. Necesitaba dominar esos bichos que de vez en cuando me invadían la mente y que la música me ayudaba a domar. El silencio que sigue a la última nota de una canción es estremecedor. Esa nota que queda suspendida en el aire, envuelta en nada. Es como el momento en el que se afloja el abrazo de alguien a quien amas, o como cuando la mano que te acariciaba con suavidad se retira. Es un momento de verdadero silencio y soledad. De vacío. Suerte que momentos como ese son efímeros y, a veces, se ven interrumpidos por las inconveniencias más caprichosas. Lo digo porque, justo entonces, llamaron al timbre. Eché atrás la banqueta y crucé el pasillo entero para ir a abrir.

—Soy Clara —dijo una voz de chica.

—Te equivocas de piso —respondí con seguridad—. ¿A quién buscas?

Clara era el nombre que Loreto había usado para sí misma cuando llevaba el velo de novia puesto.

—Voy a ver unas telas a casa de la señora Loreto, pero debo de haberme equivocado.

—Tranquila, esto es el principal, tú seguramente vas al primero.

No colgué el interfono; estaba seguro de que Clara llamaría al primero al instante y quería ver si Loreto estaba para atenderla, aunque a mí no me había abierto la puerta.

—¿Diga? —resopló la voz de la vecina, como si hubiera corrido para ir a responder.

—Soy Clara —así, sin más.

Se abrió el portal y oí el estruendo al cerrarse. Clara subió por la escalera y, efectivamente, Loreto estaba en casa.

Había llegado el momento de dejar la afabilidad a un lado, agarrar los

merengues, el anónimo, salir por la puerta y subir al piso de arriba. Había llegado el momento de forzar el destino y generar una situación que esperaba que me ayudara a entender qué se cocía en aquel piso.

Abrí la puerta y salí a la escalera. Clara subía los últimos peldaños para llegar a mi rellano. Me apresuré escaleras arriba para llegar antes que ella. No había forma de huir del reencuentro. Seguramente había elegido el peor momento para presentarme, pero, la verdad, me daba igual. La puerta del piso de Loreto estaba abierta.

—¿Loreto? —proyecté la voz hacia el interior.

—Ahora tengo visita, ¿podemos vernos en otro momento? —Por increíble que parezca, reconoció mi voz.

—Ningún problema —mentí. Y, para no regresar al punto de partida, añadí—: No tengo prisa. Si quiere, espero.

Tenía el corazón acelerado. El pasillo del piso ofrecía un aspecto totalmente distinto: ni rastro de ningún elemento nupcial, ningún hilillo de sangre a lo largo de la siniestra pasarela. Llegué a pensar que había sido todo un espejismo. Nada más entrar había un chifonier blanco de estilo barroco con tiradores dorados en forma de margarita. Imponente y presidiendo el pasillo, sobre el chifonier, un elegante ramo de eucalipto.

—Tenemos que mirar unas telas, pero terminaremos enseguida —dijo con brusquedad—. Puede esperar aquí. Nosotras estaremos justo al lado. —Señaló la habitación contigua.

Obedecí a pies juntillas como un animalillo dócil. Me asombra, al pensarlo, la velocidad con la que acepté encerrarme en una habitación a esperar pacientemente.

—No se preocupe, elijo algo del revistero y me espero a que terminen —dije, antes de que me cerrara la puerta en las narices sin casi ni dejarme terminar la frase ni ver la cara de Clara.

Se oyó la puerta del piso al cerrarse y las dos se saludaron efusivamente. Saltaba a la vista que la presencia de la joven le despertaba más entusiasmo que la mía. Se oía un repiqueteo de tacones que avanzaban, presurosos, por el parqué y se dirigían a una habitación contigua a la mía.

—Pasa, preciosa —dijo Loreto antes de cerrar la puerta.

La sala en la que yo me encontraba era rectangular y de techo alto, de unos veinticinco metros cuadrados, con dos ventanales que daban a la calle Gran de Gràcia. Había dos sofás preciosos de piel de color burdeos y dos butacas

del mismo color entre los ventanales. Entre ambas butacas, una mesilla con un tapete verdoso y, encima, un jarrón de cristal de forma cilíndrica con tres hortensias de color granate. De las paredes colgaban fotografías de vestidos impresionantes. Encima del sofá, una colección de fotos enmarcadas de máquinas de coser en blanco y negro. Al fondo de la sala, dos grandes espejos colocados en ángulo rodeaban una pequeña tarima junto a la cual había dos burros metálicos blancos con vestidos de novia colgados, algunos cortos y otros largos, blancos en su mayoría. El suelo era de parqué y frente a los sofás había una alfombra de color verde oliva a juego con el verde de un poto bien cuidado que colgaba de las estanterías. Por lo que se veía, era una sala en la que las novias y sus familiares se reunían para admirar las creaciones de Loreto. Me encontraba, pues, en casa de una modista. Y, a buen seguro, no de una modista cualquiera.

—¡Hasta el próximo martes, princesa! —dijo Loreto, medio abriendo la puerta de la sala en la que estaba yo mientras proyectaba la voz hacia el pasillo.

Entonces entró y se me acercó.

—¿Usted también quiere un vestido de novia? —dijo, y se sentó en el sofá, muy cerca de mí.

CAPÍTULO 6

Era la tercera vez en dos semanas que Agnès Sagnier iba a Gratacós a ver telas para imaginarse el vestido del día más especial de su vida. Gratacós era una pequeña joya de Barcelona, una joya cara pero con materiales elegantes, sofisticados y de primera calidad.

Se pasó la tarde del jueves inspeccionando telas y abusando de la confianza de la dependienta, que, avergonzada, le dijo que era la primera clienta que entraba en la tienda con ánimo de regatear. La situación se hizo tan incómoda que la chica le advirtió que las telas eran caras y la confección también. Los aires de grandeza y opulencia de aquella señora chocaron de frente con los precios de la tienda.

La señora Llobet, la propietaria, le pidió que no se lo contara a nadie, pero que tenía una conocida con un gusto excepcional que confeccionaba deliciosos vestidos a medida. La señorita Sagnier frunció la nariz porque ella quería un vestido de Gratacós para contárselo a todo el mundo y exhibirlo, pero no se lo podía permitir. Contra su voluntad, pero consciente de sus posibilidades, concertó una cita con la señora Loreto, una modista joven que había empezado hacía poco a vestir novias a precios ajustados.

—Adelante, señorita Sagnier —dijo Loreto a la primera clienta que entró en su casa aquel sábado de 1969.

Agnès entró y se encontró con un piso desordenado. Loreto la esperaba apoyada en la puerta, tratando de disimular los nervios que se la comían por dentro.

—Buenas tardes —dijo la señorita Sagnier, haciendo repicar sus tacones sobre el parqué y dejando un perfume afrutado a su paso.

Loreto cerró la puerta y alargó el brazo para dar paso a su primera clienta y señalarle el camino. Esa mujer no caminaba, pisaba el suelo como si la clase y el estilo se midieran con la contundencia y el aplomo de los pasos. La joven modista estudiaba su silueta por detrás y veía a una señora pretenciosa, aunque se había prometido —en vano— que no juzgaría a nadie que entrara en su casa. Reía para sus adentros porque Agnès contemplaba los cuadros que tenía en el pasillo como si nunca hubiera visto

nada igual. Asomaba media cabeza en las habitaciones que tenían la puerta abierta. No había nada que esconder, pensó Loreto, pero aquellos ramalazos de curiosidad perfilaban a las claras una joven indiscreta y descarada. Había aprendido en Santa Eulalia que había señoritas que nacían y señoritas que se criaban.

Loreto trató de desmontar la actitud con la que había entrado la señora, que enseguida relajó el tono y las formas. Hablar con comodidad y de manera distendida era importante para entender lo que quería una clienta y captar la esencia detrás de cada personaje.

Con esa clienta empezó un ritual que mantendría a lo largo de los años: le preparó una infusión y le ofreció unos caramelos artesanales que había comprado en una plazoleta junto a la catedral. Con los años, empezó a llamarlos los caramelos de la verdad porque, al comerlos, las clientas se relajaban tanto que caían todas las máscaras y desaparecía la suntuosidad, por lo general forzada, con la que entraban en su casa. «¿De dónde son los caramelos?», era la pregunta que se repetiría tras cada primera entrevista con una novia. Loreto pergeñaba siempre nuevas respuestas, pero esa primera vez explicó que era una tradición familiar bajar a La Colmena, el obrador donde se producían los caramelos y los turrones más buenos de toda la ciudad.

La señorita Sagnier dejó la taza de la infusión sobre el platito y se sacó del bolso una foto de Jackie Kennedy. Quería que su vestido de novia reuniera el mismo estilo y elegancia. Quería que la pieza encarnara la clase y los valores de una señora de la época. Loreto la miraba, perpleja al ver cómo al filo de los años setenta, aquella jovencita quería personificar un estilo anticuado y unos valores más propios de los cincuenta que de su propia época.

La mujer le mostró también recortes de la revista Vogue con vestidos de estilo similar. Eran siluetas que a Loreto le parecían claramente una involución y un desprecio a las nuevas modas, tanto estéticas como de pensamiento, que empezaban a intuirse en los inminentes años setenta.

Loreto esbozaba mentalmente la figura del vestido a partir de las explicaciones de la clienta. Un vestido de tafetán con un cuello a la caja bien cerrado, mangas cortas y ajustadas sin costura de sisa y unas pinzas en la cintura para crear volumen en el busto. La señora descartó de buenas a primeras el tafetán de seda por su precio y Loreto le propuso uno sintético. Agnès estaba segura de que, aunque no fuera un tejido noble, la diferencia

sería imperceptible a ojos del novio y de su familia. Parecía que la opinión de la familia sería decisiva en el estilo del vestido. Loreto se compadecía para sus adentros de aquella sumisión y voluntad de agradar. Imaginó, a regañadientes y con la única intención de satisfacer a su clienta, un vestido largo y entubado hasta los tobillos, con una tela rígida y estructurada que le impediría caminar libremente el día más bonito de su vida.

La clienta asentía con entusiasmo ante la jaula que Loreto esbozaba en un trozo de papel. Cuando estaba a medias, la modista, consciente de que seguramente no serviría de nada, soltó el lápiz y le propuso una osadía: un vestido de encaje con un escote abierto que dejara ver las clavículas, con mangas largas y con volumen y una falda ancha y con caída. A pesar del intento, que respondía claramente a la realidad inmediata del cambio de década, la señorita Sagnier rechazó aquella moda inaceptable, se levantó del sofá y le preguntó si se había vuelto loca.

—No sé por quién me toma, pero mi vestido lo decido yo —exclamó, ofendida.

—Discúlpeme si la he molestado, pero me gusta presentar a las clientas las nuevas tendencias —repuso ella en tono conciliador.

—Quiero el vestido que ha dibujado —exigió Agnès.

Loreto era una mujer de convicciones fuertes y moral infranqueable. A pesar de que no tenía intención de imponer su buen gusto a las jovencitas que le encargaban un vestido, se sentía con la responsabilidad profesional de aconsejarlas. Su grado de incidencia dependía principalmente de la receptividad de cada clienta y, desde luego, aquel primer vestido no aceptó ningún tipo de aportación ni retoque. Con los años, vio que la mayoría de novias iban acompañadas de sus madres, ya fuera porque eran las encargadas de pagar el vestido o para validar las opiniones y gustos de aquellas princesitas. Ella se sentía inmensamente más cómoda con las clientas que acudían solas, no solo por la muestra personal de valentía e independencia, sino también porque las madres solían imponer su criterio y alejaban a sus hijas de los toques atrevidos que Loreto sugería.

Para romper con el momento de incomodidad, Loreto pidió amablemente a la señorita Sagnier que se colocara frente a un sofá que tenía por objeto acomodar a los familiares de las novias. Agarró la cinta métrica que le colgaba del cuello y le tomó las medidas de pecho, cintura, caderas, brazos y

espalda. A continuación, la modista le pidió que subiera a una tarima para medirle la altura.

—Tengo las piernas cortas. Espero que se pueda disimular —dijo Agnès, señalando una realidad más que evidente.

Loreto no le respondió, en primer lugar, porque le pareció innecesario el tono informativo de un hecho que saltaba a la vista y, en segundo, porque nunca le gustó que le dijeran cómo tenía que hacer su trabajo. Efectivamente, la mujer tenía las piernas cortas. Pensó que tendría que subirle un poco la cintura para estilizar un poco la figura. Cuando trabajaba en la tienda, visualizaba con facilidad los vestidos mientras conocía a las clientas y conversaba con ellas y, en ese caso, veía una novia joven encerrada en una bolsa brillante de tafetán blanco. Una novia de pasitos cortos, de movimiento limitado en los brazos e imagen de esclava. Feliz por agradar más que por agradarse, feliz por complacer más que por complacerse, feliz y deleitosa por perder la condición de soltera para pasar a ser una mujer casada. La señorita Sagnier respondía a un viejo perfil muy familiar de mujeres que a ella le resultaba especialmente detestable. Mujeres que renunciaban voluntariamente a su condición de mujeres independientes y salvajes, intrépidas y rebeldes, valientes y desacomplejadas. Opinaba que el futuro necesitaba mujeres que no fueran criadas de nadie y que lucharan contra las injusticias perpetradas durante tantos años. Mujeres que no fueran el descanso de ningún guerrero. Mujeres que no fueran esposas ni sirvientas. Ni abnegadas, ni obedientes, ni perfectas.

CAPÍTULO 7

Sonreí como si Loreto acabara de hacer un comentario muy ocurrente. Ni quería un vestido ni la broma me había hecho ninguna gracia.

—Lo que quiero es saber qué tal está.

—Me pesan los años, pero sigo vistiendo a ángeles.

Me sorprendía el tono cariñoso y lleno de gracejo que usaba solo para hablar de las novias.

—¿Le gusta el merengue? Le he traído un par que compré el Día de Sant Jordi —dije, tratando de encaminar la conversación hacia lo que estaba por venir.

Se levantó del sofá y fue a la cocina. Al cabo de un rato, oí el sonido inconfundible de una cafetera en marcha.

—¿Corto o largo? —me preguntó medio gritando desde el otro extremo del pasillo.

—Corto y con un poco de azúcar.

Ella se lo preparó largo y también con azúcar. Se presentó en la salita con una bandeja plateada y unas tazas que parecían robadas del Palacio de Versalles. Dejó la bandeja en la mesita baja del sofá y volvió a sentarse a mi lado. Esta vez, no tan cerca: yo en una punta y ella en la otra. Parecía que, poco a poco, se iba generando la atmósfera adecuada para mantener una conversación. Agarró un merengue y se lo comió a pequeños bocados combinados con sorbos de café. No comentó si era bueno o no, quizá para no admitir que estaba algo seco. La verdad, no le hubiera faltado razón.

—Encontré esta nota y le agradezco las disculpas, pero quería saber si se encuentra usted bien —dije, mirándola a los ojos mientras dejaba la nota sobre la mesita.

—Siento lo que sucedió y le reitero mis disculpas —dijo, agachando la mirada con aire arrepentido.

—Tranquila. Me alegro de ver que se encuentra bien.

—No sé cuántos años hace que vive aquí, pero ya habrá visto que soy una vecina discreta… Quiero decir, que lo que pasó fue algo excepcional —dijo

ella para dejar claro que no tenía por costumbre montar numeritos en público.

—Llegué a Gràcia hace cosa de ocho años y me quedé. Esta finca es un entrar y salir constante de gente: unos que llegan, otros que se van, muebles arriba y abajo… —comenté a modo de breve presentación.

—Y siempre con olor a humedad —añadió ella, aportando una obviedad que yo no había pasado por alto.

—Exacto, ¡y nadie dice nada! Se diría que a la gente le parece bien.

—A veces dejo pastillas de ambientador en el mostrador de la garita del portero y, cuando vuelvo a pasar, ya no están —explicó ella, como constatando que la escalera era, efectivamente, un lugar extraño—. Ya habrá visto usted que vienen chicas a hacerse vestidos de novia y… me da vergüenza que tengan que ver tanta dejadez.

—¿Cuánto hace que se dedica a hacer vestidos de novia? —le pregunté.

—Muchos años, pero ahora los hago muy contados, no me apetece y ya trabajé lo mío. Hay que saber parar y dar paso a nuevas modistas —dijo con serenidad.

—La verdad, yo a usted no la había visto nunca. Ni por la escalera, ni en el supermercado de Torrent de l'Olla, ni por ningún sitio… Pero, oiga, ahora ya nos conocemos, para lo que necesite, ya sabe dónde estoy —dije, mirándola y advirtiendo una cierta vulnerabilidad en ella.

Tenía una apariencia cansada. Se notaba que era una señora que se cuidaba, pero en su cara se reflejaban las batallitas libradas. Tenía los pómulos muy marcados y unos labios que debían de haber lucido capas y capas de pintalabios. Sus ojos verdosos estaban algo descoloridos y apagados, seguramente por el desgaste de los años y por los pequeños o grandes infortunios de la vida. Llevaba el pelo teñido de un color entre rubio y castaño, de peluquería, algo lacio y sin volumen, pero de aspecto cuidado. Hablaba con claridad, pero con matices distraídos, como una mirada momentáneamente ausente o un contacto puntual con un pasado que la retenía y la alejaba del presente. En esos momentos hacía esfuerzos por regresar y lo conseguía sin crear incomodidades dialécticas ni silencios largos.

—Usted igual, suba si necesita algo, aunque, si puede, avíseme de antemano —dijo ella, dejando así claro que no le gustaban las sorpresas.

Agarró un pedazo de papel y me apuntó su teléfono.

—Si no respondo a la primera, vuelva a llamar, que me voy dejando el móvil por todas partes.

Parecía que la conversación tocaba a su fin, y yo me sentía inmensamente satisfecho por haber roto el hielo y haber podido hablar con ella tranquilamente. Aunque tenía claro que un exceso de preguntas podía minar aquel contacto, se me ocurrió de repente que no le había preguntado por el mural de sangre del día del incidente.

Era evidente que ella se encontraba bien, pero sabía perfectamente que yo había presenciado toda la escena y que debía de sentir curiosidad por la causa de todo aquello. Desconocía la vida social de aquella señora, pero le notaba ganas de hablar y de compartir. Las ironías y las bromas ayudaron a hacer saltar por los aires los muros de cordialidades y formalismos.

A ratos me recordaba a mi abuela que, seguramente como todas las abuelas del mundo, contaba con lujo de detalle cosas que nadie le había preguntado. Pensé que lo mejor sería que tratara de abordar el tema y recoger cable si era necesario. A veces, sobre todo después de haber conseguido llegar a ese sofá, valía más pedir perdón que pedir permiso.

—¿Cómo se hizo tanta sangre aquel día? —le pregunté con expresión preocupada.

Ella agachó la mirada mientras se imponía un silencio entre los dos. Un silencio que no fue lo bastante largo para generar un momento de incomodidad.

—Carles —dijo ella, volviendo a poner de manifiesto una ausencia momentánea con la vista clavada en el suelo.

—¿Qué hizo Carles? —pregunté yo, como si supiera de quién me hablaba.

—Consiguió llegar hasta aquí subiéndose a una farola de la calle y trepando por la galería. Quería entrar por el ventanal, ponerme un vestido de novia blanco y matarme. Me arrastró hasta la cama, pero conseguí asustarlo y hacer que se fuera por donde había venido. Agarré el albornoz que tengo colgado detrás de la puerta del baño y bajé a pedir auxilio. Notaba que perdía sangre y necesitaba ayuda.

La curiosidad hubiera podido traicionarme en ese momento. Eran tantas las preguntas que me venían a la mente, y tan variadas que si se las hacía todas sin duda aquella mujer me invitaría a marcharme de su casa. No quería entorpecer su relato mostrando estupefacción, así que decidí

continuar la conversación como si lo que me contaba fuera lo más normal del mundo.

—Suerte que pudo echarlo. No parece que se trajera nada bueno entre manos —dije, y enseguida pensé que menudo comentario más ridículo.

—Quería matarme. Subió por la fachada enloquecido, como quien tiene los minutos contados para hacer un recado. Llevaba unos pantalones negros y una americana con una pajarita azul. Como si viniera de una boda, o fuera a una. Yo lo creía muerto y bien muerto, pero parece que la mala hierba siempre crece. Cuando usted se fue —continuó, refiriéndose a la noche que subí a auxiliarla—, caí desmayada y desperté un rato después. Me acordaba de todo como si acabara de suceder. Me levanté como pude, me limpié la sangre y me cambié. Espero de verdad que no vuelva.

—Si lo hizo salir por el balcón, seguro que no volverá. Debe de haber aprendido que en una casa hay que entrar por la puerta.

Dio un sorbo de café y lo mantuvo unos segundos en la boca, como si la situación le generara tanta incomodidad que había decidido tomarse unos segundos para descansar. Giró la cabeza y se quedó mirando un burro cargado de velos apoyado en una pared frente al sofá. Lo observaba fijamente, sin parpadear. Claramente era como si algunos elementos y palabras la arrastraran a una memoria que la secuestraba y la obligaba a ausentarse momentáneamente.

Si había interpretado correctamente sus palabras, cuando ella irrumpió en mi casa violentamente cubierta de sangre, acababa de vivir un episodio, real o imaginario, de persecución. Un episodio protagonizado por un hombre llamado Carles, que había llegado a su casa escalando la fachada con la voluntad firme de matarla. No sé si el sangrado se lo provocó él o era fruto de la mente perturbada e imaginativa de una señora que luchaba de verdad contra personajes imaginarios. Recuerdo, sin embargo, todas las excentricidades de aquella noche, y estaba convencido y dispuesto a sumergirme de lleno en su relato grotesco. Me venía a la mente la imagen de ella con el velo puesto preguntándome si era guapa, tras lo cual había vuelto a ponérselo y se había referido a sí misma como Clara. Había llegado el momento.

—¿Todos estos velos los ha hecho usted?

—Sí. Ese primero que ve ahí es el último. Lo estoy haciendo para Clara.

Corto y de tul blanco —dijo, saliendo de aquel estado mental y levantándose para enseñarme cómo quedaba puesto.

—Es muy bonito —dije, sin tener ni idea—. Ahora, al verla así, pensaba en si el día que subí era usted quien llevaba el velo o era Clara —pregunté, mirándola directamente a los ojos.

—Era yo, con el velo de Clara —dijo, sin añadir nada más.

—¿Y todos estos vestidos de novia los ha hecho usted?

A media frase había vuelto a sentarse, tal vez consciente de que la pregunta requería una respuesta elaborada, si quería ser convincente.

—Guardo vestidos y velos de novias a las que he vestido. Muchas no quieren conservarlos después de la boda. ¿No los vio el día que subió? Los tenía expuestos en el pasillo.

En efecto, los vi, y la vi también a ella desfilando por el pasillo. Tenía respuestas para todo. Seguramente no era la primera vez que alguien se lo preguntaba. ¿Qué novia regalaría su vestido a la modista? Yo diría que ninguna. Estaba convencido de que no era algo para nada habitual, de que lo que decía no era cierto. Me daba cuenta de que, si quería desmentirla, tenía que desmontar su relato con hechos.

En algún punto de la conversación vi claramente que sufría alucinaciones. Relataba una historia que estaba plenamente convencida de haber vivido, aunque para mí había episodios sinceramente difíciles de creer o directamente imposibles. Me encontraba en uno de aquellos puntos en los que la inverosimilitud de la situación me impedía ver y valorar los hechos objetivamente. De ver, en definitiva, si era posible que la realidad que ella relataba superara cualquier tipo de ficción.

—Sí, tenía una buena exposición —añadí, y miré el reloj, con ganas de ir acabando.

Ella reparó en mi mirada al reloj como preludio antes de anunciar mi retirada.

—Se ha hecho un poco tarde —me dijo. Debía de tener ganas de seguir con sus cosas.

—Sí, me queda una hora para comer y salir corriendo al trabajo —repuse para dejar claro que ya me parecía bien dar la conversación por terminada.

—¿Quiere unas albóndigas que preparé ayer?

Se levantó y fue directa a la cocina. Abrió un armario blanco de madera bajo el fregadero y sacó una fiambrera de plástico. Sin darme tiempo para

rechazar su oferta, levantó la tapa de una cazuela de barro que tenía sobre los fogones. Con un cucharón de madera, eligió siete albóndigas y las puso, una a una, en el recipiente. Hundió el cucharón en la cazuela llena de tomate frito y empezó a remover.

Me miraba, orgullosa de la comida que había preparado. Desde el pasillo, vi cómo removía el tomate y agarraba cucharadas generosas que vertía en el recipiente. Sostenía el cucharón a dos palmos del borde y dejaba caer la salsa poco a poco. Se me hacía la boca agua y me gruñía la barriga. Las pobres albóndigas quedaron totalmente enterradas y ahogadas en un mar de salsa. Un pegote de salsa roja goteaba de la fiambrera blanca, que ella cerró para entregármela. Me dijo, en tono entrañable y sin dejar de mirarme a los ojos, que fuera con cuidado de no mancharme.

CAPÍTULO 8

Cuando el doctor Dalmau informó a Paulina que estaba embarazada, Enric Juncadella sugirió enérgicamente que dejara el trabajo en la fábrica ese mismo día. Enric mandaba y Paulina obedecía.

Su hija Loreto nació en el caluroso junio de 1944, en plena posguerra y en mitad de una miseria pavorosa.

El señor Juncadella echaba más horas que un reloj y traía su sueldo semanal entero a la nueva casa donde se habían instalado, felices y agradecidos. Paulina se ocupaba de las tareas domésticas, de las compras, del ahorro, de criar a su princesa y de satisfacer las necesidades de un marido exigente que buscaba fuera lo que no encontraba en casa.

Loreto, siempre en brazos de su madre o de alguna de las amigas que cosían y bordaban en su casa, fue haciéndose mayor. Se le iba intuyendo un carácter plácido y tranquilo. Era una niña que se entretenía sola, con un mundo interior inmenso y que, tal vez aburrida de estar siempre en el mismo entorno adulto, interpretaba distintos personajes de historias que se inventaba. Cambiaba la voz y se ponía las manos en la cintura fingiendo ser una bailarina. Su madre y las amigas de esta la miraban y reían. Reían, cosían y hablaban de los respectivos maridos.

Loreto, de niña, salía a menudo al balcón del piso y se agarraba fuerte a la baranda de hierro forjado. Miraba la calle y se quedaba embelesada observando el carro de color verde tirado por un caballo que recogía la basura. Señalaba con el dedo y a veces llamaba también a voces a los traperos que recogían cartones, papel y ropa vieja y harapienta.

Los martes, su madre, con una lechera de aluminio en la mano, se acercaba a la calle Torrijos, a la vaquería de la señora Antònia, y regresaba con el recipiente lleno. Cuando su madre hervía la leche y salía un dedo de nata, la mezclaba con un poco de azúcar y era deliciosa. Su padre, de quien guardaba recuerdos más difuminados, iba a pagar la luz y el agua en persona y, a veces, regresaba hecho una furia y amenazaba a su madre con echarla de casa si los recibos seguían siendo tan elevados.

El mes que cumplió cinco años, la llevaron a la escuela de la calle Marquès

de Santa Anna. Recuerda a su madre hablando en susurros con la directora, Elisabet Cortina, y su cara entre triste y liberada mientras le hacía adiós con la mano de lejos.

La señora Cortina le puso una bata blanca y un lacito rojo y le dijo que, por su bien, viniera todos los días al colegio igual de limpia y aseada.

Loreto compartía pupitre con Marta Turró, un pupitre de madera con un agujero en el centro para colocar el tintero de porcelana blanca.

De esos años en la escuela recuerda que hacían caligrafía con plumillas y distintos tipos de letra. Marta no tenía ninguna paciencia y siempre le bajaban la nota porque manchaba mucho el papel, cosa que la enfurecía y le parecía muy injusta. Hasta que un día compartió con su amiga Loreto un gran descubrimiento: con una cuchilla de afeitar, sustraída a hurtadillas, podía rascar las gotitas de tinta que caían en el papel.

Loreto recuerda los momentos en los que la señora Cortina u otras maestras las hacían ponerse de pie en un corro abierto para preguntarles la lección. Ella era más lista que Marta y siempre quedaban una al comienzo y la otra al final del corro. Su amiga se enfadaba y decía que no era justo que siempre quedara de las últimas o que la castigaran cuando se le escapaban palabras en catalán. Marta recuerda que la hacían ponerse frente a la clase y, con la palmeta, la maestra le daba tres, cinco o diez golpes, según la infracción. A Loreto también le había pasado alguna vez por no recordar la letra del Cara al sol, pero ninguna de las dos lo contó nunca en casa. Si sus padres lo hubieran sabido, el castigo hubiera sido doble, sin excusas posibles: las maestras tenían razón.

Al terminar la educación primaria, es decir, con diez años cumplidos, Loreto continuó en la Escuela de Formación Doméstica, un nombre que ahora le causa un contundente rechazo. En la escuela de mayores daban Aritmética, Geometría, Gramática, Ciencias Naturales, Geografía de España y del Mundo y Formación del Espíritu Nacional, además de Ciencia Doméstica.

Durante esos dos años, del 1955 al 1957, le enseñaron a conservar muebles, a encargarse de la limpieza del hogar, a planchar la ropa, costura, confección y una serie de conocimientos que se impartían a las niñas por el mero hecho de serlo. Las maestras estaban contentas con la dedicación y el aprendizaje de Loreto en la escuela de los mayores y así se lo transmitían

siempre a sus padres. Era, en resumen, una chica tímida y obediente, estudiosa, prudente y callada.

Cumplidos los doce, recuerda que un día fue a la escuela con su madre, que informó a la directora de que una niña de su edad ya era una mujer y que las mujeres trabajaban. En la escuela se opusieron rotundamente, pero su madre bajó la vista y estrechó la mano a la directora para dar a entender que la decisión estaba tomada y que ese era el último día de clase de su hija. Recuerda ese día con absoluta tristeza y, sin lugar a duda, como el comienzo de la mayor desventura de su vida.

En casa solo trabajaba el señor Juncadella, puesto que su mujer se ocupaba íntegramente de la crianza de la hija y de las gestiones del hogar. Él recordaría toda la vida el día que la señora Vidal lo citó, junto a su mujer, Paulina, en su despacho. Lo avisó el encargado y las piernas le temblaban como las hojas de un árbol. La señora Vidal estaba sentada al lado de dos hombres y abordó al señor Juncadella con cierta brusquedad.

—Señor Juncadella, en esta fábrica le estamos profundamente agradecidos por su diligencia y responsabilidad. Es uno de los trabajadores mejor valorados y me consta que su trabajo está más que bien hecho —le dijo, sin parpadear.

A Enric se le iluminó la mirada porque aquellas eran muy buenas noticias. La presencia de Paulina era precisamente eso, una presencia.

—Muchas gracias por sus palabras, señora. Nosotros también le estamos profundamente agradecidos por su consideración y por su ayuda cuanto más lo hemos necesitado —respondió él, halagado y abrumado.

De repente, la señora Vidal tomó el vaso de agua que tenía sobre la mesa para dar un trago. Él seguía con la mirada fija y ansiosa.

—Por los motivos que acabo de mencionar, quería proponerle un ascenso para que pase a ser el mayordomo de la fábrica. Sería una persona de confianza de la dirección de esta empresa y se encargaría de la distribución de todo el personal y del material de la fábrica. Naturalmente, el cargo vendría acompañado de un aumento salarial considerable.

Enric no se lo podía creer. Por primera vez veía recompensado todo el trabajo y esfuerzos que él y su mujer habían dedicado a La Sedeta a lo largo de los años. Tal como decía siempre ella, los propietarios tienen un tercer ojo que todo lo ve y todo lo oye. Él estaba rebosante de felicidad.

—Quería hacerle una última pregunta, si me lo permite —dijo la señora

Vidal en tono condescendiente.

Enric la miró de nuevo con cierta sumisión y deseoso de complacer y responder con toda la sinceridad del mundo a cualquier pregunta que le planteara la buena señora. Ella se arrellanó en su silla y se echó hacia atrás para ganar perspectiva y marcar cierta distancia entre ella y el futuro mayordomo.

—Usted tiene una hija jovencita y sin compromiso, ¿verdad? —le soltó sin ninguna discreción, ni vergüenza, ni rubor.

CAPÍTULO 9

Las manos de las abuelas son auténticos tesoros, y las de Loreto no eran ninguna excepción. Habían preparado unas albóndigas impresionantes. Hasta me lloraba el paladar. «Gracias, Loreto», pensé mientras aclaraba la fiambrera, que parecía haber sido cómplice de un destripamiento. La dejé en el escurreplatos, me duché y, una vez vestido, bajé corriendo la escalera porque llegaba tarde a trabajar.

Solo tomaba el autobús hasta Francesc Macià cuando realmente no me daba tiempo de llegar a pie. Tuve que esperar dos minutos a que llegara. Monté y llegué en un santiamén. Fiché con mi tarjeta al entrar en el edificio y subí al ascensor medio resoplando. Sílvia y Gemma ya estaban frente a sus respectivos ordenadores, y seguramente habían empezado a leer los primeros textos que los periodistas concluían y subían al programa.

Nos saludamos y me puse frente a mi pantalla. La jornada laboral había empezado.

Me costaba concentrarme y aún más empezar el día con un reportaje pésimo sobre los elefantes del zoológico de Berlín, que, al parecer, se alimentaban de los abetos de Navidad al terminar las fiestas.

Tenía ganas de hablar con alguien más que de corregir lo que escribían los demás. Necesitaba compartir y explicar lo que había vivido durante aquellos días. No quería entrar en muchos detalles, pero sí ver las reacciones más espontáneas y los comentarios más sinceros de Gemma y Sílvia.

Asomé la cabeza por encima de la pantalla del ordenador y les hice un guiño, un pequeño gesto que todos entendíamos, no como una propuesta indecente, sino como una indicación de pura necesidad de cafeína. No sé si era cosa de los años que llevábamos juntos, pero siempre nos poníamos de acuerdo y sincronizábamos nuestros descansos. Retirábamos las sillas, nos levantábamos y, en silencio, enfilábamos el pasillo como tres almas mudas y robotizadas y nos dirigíamos a la zona del café, del tabaco y de todos los vicios. Como en cualquier trabajo, si nos encontrábamos con alguien que nos caía bien, abríamos el círculo y, si no, lo cerrábamos y hacíamos más que

evidente a cualquier extraño que no era bienvenido. Ese día, sin embargo, no había nadie.

—Sílvia, tú me contaste que tu abuela falleció con un alzhéimer muy avanzado, ¿verdad? —le pregunté.

—Mi abuela tenía alucinaciones y era como si viviera en otro planeta, pobrecilla —respondió Sílvia con sinceridad.

Compartí con ellas algunas de las escenas que había vivido con Loreto. Quería ver si de la experiencia vital de los tres salía alguna aportación provechosa.

—¿Sabes si tiene familia, o alguien a quien puedas avisar? Por lo que cuentas, podría volver a hacerse daño estando sola o vete a saber qué —dijo Gemma, siempre tan sensata.

—Y, si no tiene familia, se podría llamar a Servicios Sociales para que la visiten de vez en cuando o le pongan a alguien por la noche —propuso Sílvia.

Ambas propuestas eran apropiadas. Desconocía si Loreto tenía familia o alguien a quien pudiera dar aviso de la dureza del episodio nocturno y de la escena de las alucinaciones relatada por ella misma. Al fin y al cabo, si tenía familia, ellos tendrían que tomar las decisiones pertinentes.

—Antes de avisar a los Servicios Sociales, hablaré yo mismo con ella para ver si tiene algún pariente. Me parece más justo, antes de activar cualquier protocolo oficial, contar lo sucedido a un familiar —añadí, volviendo a sentir la vulnerabilidad de aquella señora.

Sílvia aprovechó para fumarse un cigarrillo mientras preguntaba a Gemma por un libro de poesía que estaba escribiendo. Gemma es la mujer más racional y práctica del planeta, que escucha a todo el mundo, pero no suele implicarse emocionalmente en nada. Cuando supe que escribía poesía, pensé que sería interesante ver dónde ponía el límite de su apertura emocional.

Al terminar el cigarrillo entramos y, como tres soldados, recorrimos en fila los pasillos del periódico hasta llegar a nuestras sillas. Continuamos con el trabajo y cuando conseguimos tener casi todos los textos en verde y, por lo tanto, revisados, ya eran más de las nueve. Cenamos la bolsita del cáterin que nos daban, arreglamos los últimos artículos y Sílvia marcó, como siempre, la hora de terminar: se levantaba de golpe, cerraba el ordenador, se ponía su gabardina color crudo, agarraba el bolso y repicaba con los talones

sobre el mármol blanco del suelo mientras decía: «Hasta mañana, queridos». Era la frase que marcaba el final de la jornada laboral y que acompañaba siempre con un beso tirado con la mano.

Yo tenía una botella de vino esperándome en casa. Me apresuré a llegar y puse un poco de música instrumental de fondo. Repasé con una servilleta las marcas de dedos de la copa y me la llené hasta la mitad. El vino me relajaba el alma y me transportaba a noches de sueños excéntricos. Aunque fuera en sueños, liberar el alma y emprender viajes lejanos e irreales me hacía retomar la realidad con más ganas.

A la mañana siguiente, una vez levantado, llevé a cabo unas gestiones personales en casa y por el barrio y llevé la fiambrera limpia a Loreto. Me abrió a la primera, un lujo y un éxito después del fracaso de la última vez.

—Una delicia —dije, sustituyendo un «hola» por una valoración más que justa de la comida.

Ella sonrió, plenamente consciente de que las albóndigas le salían muy ricas.

—¿Puedo pedirle un favor? —me dijo mientras se secaba las manos en una especie de delantal que llevaba puesto.

—Me necesita para que le haga de maniquí —respondí, muy serio mientras contenía la risa.

—Ya le ofrecí un vestido y no quiso… —dijo ella tras una carcajada—. Necesito que me apriete un grifo que gotea —siguió, dirigiéndose al cuarto de baño.

—¿Por dónde gotea? —pregunté, adentrándome tras ella.

Goteaba el lavamanos. Había puesto un cuenco debajo para que el agua no le inundara el baño. Bastaba enroscar con algo más de fuerza la unión del tubo con el desagüe. Yo no era para nada un manitas, pero mi padre me enseñó los cuatro trucos básicos de supervivencia para que no tuviera que llamarlo constantemente.

—Listo. ¿Qué habría hecho si no hubiera aparecido yo por casualidad? —le pregunté.

De repente sonó el timbre, con lo que parecía el típico timbrazo de un cartero, por un lado, por la hora que era y, por el otro, por la longitud simétrica de los dos timbrazos. Pero no, no era el cartero.

—Será posible…, ¡cuánto tiempo! Sube, está abierto —dijo ella por el interfono, visiblemente afectada y emocionada.

—¿Viene a verla su nieto? —pregunté, con toda la intención del mundo.

—No he tenido hijos, cómo voy a tener nietos. Y no tengo hermanos, o sea, que la buena gente de las tiendas que me atiende los pedidos son como mi familia.

Efectivamente, Loreto no tenía familia. Lo único que tenía, supongo, eran conocidos con quienes había forjado amistades y fuertes vínculos a lo largo de los años. Relaciones que hacen favores y que acaban generando un afecto para toda la vida.

El joven llegó al rellano y ella lo saludó muy efusivamente. Él le entregó una bolsa que decía «Gratacós» y Loreto le dijo que, como siempre, le daría el dinero para pagar las telas más adelante.

—¿Cómo estás, Adrià? ¿Te ha hecho subir tu madre deprisa y corriendo? Le dije que necesitaba las telas lo antes posible, pero tampoco hacía falta que fuera el mismo día —dijo ella, como si quisiera excusar la diligencia que seguramente sí que había reclamado.

—Mi madre nunca hace esperar a sus mejores clientas —dijo el joven, repitiendo, sin duda, palabras de su madre.

—¡Ni a las más antiguas! —añadió ella con una mirada dirigida a mí para hacerme notar su veteranía.

—No hace falta nada más, ¿verdad? —preguntó el chico, con ganas de continuar con sus encargos.

—No, necesitaba estas telas para lo que seguramente será mi último vestido de novia. Da gracias a tu madre, recuerdos a tu padre, yo los llamo más tarde.

El chico, que sustituía puntualmente a su padre, Pau, que se encargaba desde siempre de ese trabajo, dio media vuelta y bajó por la escalera.

Loreto cerró la puerta y regresó al pasillo, donde yo había sido testigo de aquella visita fugaz. Su amistad con la familia Gratacós era manifiesta y seguramente la avalaban los años de ir arriba y abajo con telas e hilos. Y probablemente también todos los años de favores y servicios. Y tal vez todas las pequeñas y grandes muestras de confianza que con los años acaban estructurando amistades y constituyendo la familia que se elige.

Agarró la bolsa para sacar las telas, que repasó una por una. Me contaba que, cuando quería terminar un trabajo, pese a la confianza ciega que tenía en la gente con la que hacía más de cincuenta años que trabajaba, siempre revisaba que le hubieran traído exactamente lo que pedía. Nada la molestaba

más que darse cuenta, cuando ya lo tenía todo desparramado por la habitación donde trabajaba, de que le faltaba una tela o que le habían endosado un color distinto al que ella había acordado con las novias. Por eso la respetaban tanto en Gratacós, porque alguna vez los había llamado para darles en la cresta.

—Por lo que veo, usted es una mujer de rutinas y por nada del mundo cambiaría de proveedores —dije, mientras ella volvía a guardar las telas en la bolsa de una en una.

—Por nada del mundo: Gratacós es mi lugar para telas y tejidos —explicó, levantando la barbilla y una mirada llena de orgullo—. Fui por primera vez hace más de cincuenta años y desde siempre han sido mi tienda y mi gente de confianza.

Escuché con atención todo lo que contaba y traté de quedarme con los detalles. El conocimiento es poder y yo estaba convencido de que los momentos de apertura y lucidez había que aprovecharlos. Teniendo en cuenta que parecía no tener ningún familiar a mano, los de la tienda Gratacós parecían lo bastante cercanos a ella para presentarme ahí. Empezaban, en ese preciso momento, los interrogatorios a las personas que formaban parte del entorno más inmediato de Loreto.

CAPÍTULO 10

—Sí, tenemos una hija de doce años —respondió Enric, entre confuso y aún ilusionado por la noticia que acababa de recibir.

La señora Vidal se acercó de nuevo a la mesa y abandonó su pose relajada. Arrastró una silla hacia delante y recuperó la posición hierática inicial. Se hizo un silencio que parecía el preámbulo de otra noticia.

—Le seré tan clara como lo he sido hasta ahora. Usted sabe que mi marido, yo misma y toda la familia nos desvivimos porque esta fábrica funcione. Hacemos todo lo que podemos para pagar la semana a todos los trabajadores y velar por su bienestar —dijo la señora, preparando el terreno.

—Sí, creo que no hay un solo trabajador que tenga queja de ustedes ni de su trato —concluyó Enric, girándose hacia Paulina, que no paraba de asentir.

La señora Vidal lo miró fijamente para contarle lo que estaba a punto de soltar:

—Trabajar tanto a veces significa no poder ocuparse ni de la propia familia. Es triste, pero es así —dijo, y tomó aire—. Mi hermano Carles se hace mayor y su, bueno, nuestra desventura es que no haya encontrado nunca una señora que lo acompañe y le allane el camino hacia la vejez. Sé que ustedes son una familia honrada, trabajadora y que quieren lo mejor para su hija y para la familia. Nosotros necesitamos a alguien que formalmente se encargue de mi hermano Carles, lo acompañe y le dé cariño. Disponemos de un casa señorial en la calle Manacor donde, si ustedes aceptaran firmar un contrato privado, su hija y Carles podrían instalarse.

Se hizo un silencio largo y pesado.

—Para serle sincero, no esperaba este tipo de propuesta, señora Vidal —respondió Enric, abrumado.

—Lo entiendo —repuso ella, dispuesta a dar más detalles de lo que era una propuesta pensada, reflexionada y estudiada con antelación—. No se trata de formar una familia perfecta ni de buscar amor eterno, sino de cubrir una necesidad vital. Mi hermano ha aceptado la propuesta, sobre todo después de ver una fotografía de su hija. Estoy segura de que ustedes, como padres,

quieren a esa niña y quieren que crezca en un entorno protegido y acomodado. Nuestra familia se lo puede ofrecer. A ustedes, la familia, se les mejorarían las condiciones laborales y se les cubrirían todas las necesidades que precisen para vivir cómodamente.

»Señora Paulina —dijo la señora Vidal en un tono que tenía por objetivo hacer reaccionar a una madre que se había quedado de piedra—, usted puede quedarse en casa y velar por el buen funcionamiento del hogar. Enric será el nuevo mayordomo de la fábrica y, siempre que acabemos por formalizar el contrato, tendrán recursos económicos suficientes para vivir dignamente el resto de su vida.

Paulina no reaccionaba, a pesar de las palabras que escuchaba en boca de una señora que ejecutaba, sin pedir su opinión y sin mostrar la menor fragilidad emocional, un plan en proceso de materialización. Era cierto que la situación de muchas familias era difícil y que en la calle había hambre, pero Paulina no tenía claro estar entendiendo aquella conversación.

—Disculpe, señora Vidal —dijo finalmente, consciente de que una firma podía cambiar el transcurso de su vida—. ¿Me está diciendo que ustedes nos garantizarán una vida digna y sin apuros económicos si nuestra hija se encarga de su hermano Carles mediante un acuerdo entre nosotros y usted?

—Eso es. Aquí tienen el documento, por si quieren leerlo o si hay alguna parte contractual que no entienden —añadió ella en un tono de clara superioridad verbal.

Enric pidió permiso para hojearlo y Paulina lo observó mientras leía. Esperaba que, si encontraba cualquier anomalía o algún aspecto que le llamara la atención, la avisaría. Confiaba ciegamente en su marido y en gran parte también en la señora Vidal, que les había pagado religiosamente todas las semanas y los salvó de quedarse en la calle al ofrecerles un piso en el que instalarse y vivir. Creía que eran unos padres privilegiados por ser los elegidos por unos industriales para juntar a su hija con un familiar suyo. Se sentían honrados y glorificados. Un golpe de suerte que les había llegado sin esperarlo. Un garabato que los marcaría a ellos y a su hija el resto de su vida.

—Veo que lee muy atentamente —lo interrumpió la señora Vidal, quebrando el silencio—. ¿Hay algún punto que desee revisar o comentar? No sé si se habrán fijado en que la firma de este contrato les otorga la propiedad del piso de Gran de Gràcia en el que viven.

Entonces sí, a Paulina se le iluminó la mirada, aunque reflejaba los brotes

de emoción y conmoción que la invadía. Enric se enfrentaba a un texto repleto de palabras grandilocuentes, la mayoría de las cuales leía por primera vez. Hacía que todo lo que leía le pareciera maravilloso y aceptable. La señora Vidal lo miraba, consciente de que, más que procesar datos y descodificar un lenguaje jurídico imposible, fingía entender los sintagmas y las frases. Giró la última hoja del pliegue y, al ver que ya los había revisado todos, alargó el documento bocarriba hacia la señora, como diciendo que las cláusulas eran correctas y podían proceder a la firma.

—Me parece todo bien —confirmó él.

La señora Vidal agarró una pluma que tenía en un tintero antiguo en el lado derecho de la mesa y firmó todas las páginas. Al terminar, le devolvió el documento. Al recibirlo, Enric miró a su mujer y vio en sus ojos destellos de ilusión. Acababan de proyectarse en un futuro cómodo y seguro. Se habían encaminado de forma satisfactoria hacia un ascenso social y de bienestar personal familiar que ni trabajando todos los días de sol a sol hubieran alcanzado jamás.

—Puede poner su firma al lado de la mía —dijo la señora, alargándole también la pluma.

Él, medio tembloroso, medio animado, la tomó y firmó todas y cada una de las páginas del pliegue. A continuación, la señora Vidal se levantó y tendió la mano a los padres de la chica. Estaba pletórica porque aquello, que parecía un trabajo sencillo e improvisado, era una idea que le había llevado meses madurar. Si bien era cierto que la presencia de los dos hombres que flanqueaban a la señora Vidal había sido del todo innecesaria, era evidente que estaban preparados para discutir y negociar hasta el último punto y coma de unas cláusulas que ellos mismos habían redactado.

Paulina abrazó fuerte a su marido, ilusionada y curiosa por la nueva vida que los esperaba a partir de aquel momento. Entre emocionada y nerviosa, lo tomó de la mano. La señora Vidal les sonreía y los miraba, a cierta distancia, con cara de felicidad.

—Muy pronto me pondré en contacto con ustedes para hacer las presentaciones pertinentes. No se preocupen ustedes por nada por ahora y aprovechen para informar a su hija de lo que se espera de ella y concienciarla de la suerte que ha tenido de ser la elegida —dijo la señora, pautando y poniendo fechas a lo que iba a suceder durante las próximas semanas.

—Muchas gracias, señora Vidal. Le estamos muy agradecidos —concluyó el nuevo mayordomo de La Sedeta.

Ambos recogieron las chaquetas que habían dejado colgadas en el respaldo de la silla y salieron por la puerta. Justo en el momento de cerrarla, de sentir aquella distancia prudencial y segura para que nadie los oyera, Paulina se acercó a su marido para abrazarlo. Se aseguró de que no hubiera nadie en las inmediaciones, de que nada pudiera interrumpir aquel momento de absoluta privacidad. Una vez cerciorada, acercó discretamente los labios a la oreja derecha de él y cerró los ojos antes de articular la pregunta que se había reservado hasta ese momento.

—¿Acabamos de vender a nuestra hija? —dijo con voz muy baja y casi sin mover los labios para asegurarse de que ningunos ojos indiscretos pudieran leer aquella pregunta.

Él agachó la cabeza y prefirió no contestar.

CAPÍTULO 11

Sentía la obligación moral de acercarme a quien parecía haber conocido a Loreto durante gran parte de su vida. No era cuestión de meterme donde no me llamaban, pero hubiera sido una grave irresponsabilidad hacer como si nada. Lo que menos quería era, después de ser partícipe de la complicidad mutua que se había generado entre nosotros, dejar en manos del azar el presente de vulnerabilidad y soledad que la rodeaba. Había tenido una semana para meditar bien cómo entrar en Gratacós sin parecer un descarado o un potencial acosador.

—Buenos días —dije mientras cerraba la puerta de aquel pequeño templo.

Curiosamente, aunque había llamado al timbre y me habían abierto, nadie acudió a saludarme ni a recibirme. Acompañé la puerta para cerrarla y aproveché el silencio para echar un vistazo rápido a la tienda. Se mezclaba un minimalismo elegante con un orden escrupuloso de colores y una simetría perfecta de telas. Una parte anterior del techo era de bóveda catalana y el cromatismo de paredes y armarios combinaba el color crema con zonas de castaños oscuros.

—Adelante, pase —dijo una señora mayor que me miraba, sentada en una silla junto a un mostrador.

Avancé en línea recta hacia ella, que me examinaba de arriba abajo.

—Buenos días —añadió otra señora que salió del fondo de la tienda y se me acercó—. Veo que ya le ha abierto mi madre. Estaba al teléfono y no he oído el timbre.

—No se preocupe, me he entretenido contemplando esta tienda tan bonita —dije, exculpando su desatención.

—Dígame, ¿en qué podemos ayudarle? —preguntó la señora que había salido de la trastienda, de unos cincuenta años, bien vestida y bien maquillada.

—Me llamo Xavi y soy vecino de una clienta suya, si me han informado bien —advertí de entrada y, a continuación, hice una pausa antes de añadir —: He venido a preguntarles si ustedes saben si tiene familia o conocen a alguien de confianza de su entorno.

—Tenemos muchas clientas, no sé de quién me está hablando —dijo la dependienta en tono seco—. ¿Cómo se llama su vecina? —preguntó, en una tónica que casi parecía desafiante mientras se cruzaba de brazos.

—Loreto —respondí, esperando una reacción unánime al pronunciar el nombre.

—¡Claro que la conocemos! —exclamaron las dos, enérgicas y compenetradas, como si tuvieran la respuesta ensayada.

—Ya decía yo. —Sonreí—. Me dijo que es clienta de ustedes desde siempre —añadí, mostrando también alegría al encontrarme con cierta receptividad.

—Loreto es como de la familia. Entró en nuestra antigua tienda del paseo de Gràcia en el año sesenta y nueve o setenta, ahora no me acuerdo, y la atendí yo personalmente —dijo la mujer mayor.

—Como ve, mi madre tiene buena memoria, a pesar de los años que se ha pasado atendiendo clientes —explicó la hija, orgullosa—. Loreto sigue llamándome de vez en cuando y me dice: «Victòria, necesitaría que Pau o Adrià me suban una tela», y yo siempre le digo: «Ahora mismo». Hace muchos años que no viene y, desde casi siempre, le subimos nosotros a Gràcia el género que ella nos encarga —añadió, en una interpretación respetuosa de las palabras de su clienta.

—Pobre Loreto, hace ya años que no la veo, pero cuando nos encontrábamos siempre me decía: «Marina, ¿cómo lo hace para ir siempre tan guapa?» —dijo la señora mayor, imitando también su voz—. Y nos reíamos, porque para elegante y bonita, ella.

Había un hecho incontestable: tanto Victòria como Marina se sentían visiblemente cómodas hablando con un desconocido. Es más, habían dado al traste con mis planes mentales para el caso en que me encontrara con unos témpanos. Ellas eran precisamente el perfil de testigo preferido de la policía: elocuentes y sinceras.

—La apreciaba mucho… Y, ahora que lo dice, la voy a llamar, porque hace tiempo que no sé nada de ella —dijo Marina, entre compungida y culpable por haber dejado caducar lo que parecía haber sido una buena amistad.

—A mí a veces, cuando me llama para hacerme algún encargo, me pregunta: «¿Cómo está la señora Llobet?», y yo siempre respondo: «Bien, bien, se nos hace mayor, pero sigue pasándose un ratito por la tienda todas las mañanas», a lo que ella siempre responde: «Ay, Marina, la suerte que tuve

de encontrármela cuando empecé» —contó Victòria, mirando a su madre con admiración.

—No le hizo falta mucha ayuda, no creáis. Ya de jovencita cosía muy bien, aunque es verdad que un día vino una señora que quería un vestido de novia de nuestra casa pero que no lo podía pagar. Sin que me oyera mi marido, le di el número de Loreto —dijo Marina, emocionada al recordarlo.

—Agnès Sagnier, se llamaba —añadió Victòria recordando el nombre y las historias que le había contado su madre.

—Eso es, pobrecilla, desaparecida tres días antes de su boda, con el trabajazo que se dio Loreto con el vestido para nada. Aún debe de tenerlo guardado, ella o la familia —dijo Marina, tras dejar pasar unos segundos—. Y a partir de ese momento fue vistiendo a más y más novias hasta hacerse un buen nombre y convertirse, durante los ochenta, los noventa e incluso más allá, en la mejor modista de Gràcia —dijo la señora Llobet.

—Sí, yo sabía que hacía vestidos de novia, pero desconocía totalmente el buen nombre que se forjó —intervine, tratando de hacerme un hueco en aquel partido de tenis.

—Sí, era una señora con un gusto muy fino y tenía unas clientas generosas que normalmente le dejaban comprar telas caras y materiales buenos —explicó la señora Llobet, que parecía hablar con gran conocimiento de causa.

—Yo solo he venido porque la señora parece delicada de salud. Por lo que veo, nadie va a verla para nada y se hace mayor… Yo soy su vecino, pero, si pudiera contactar con alguien de la familia… Si hubiera que tomar alguna decisión, no quisiera pasar por delante de nadie, no sé si me explico… —dije, dejando entrever mi pregunta y registrando mentalmente toda la información sobre Loreto que habían compartido conmigo.

—Vaya, ahí me ha pillado. Yo juraría que no tiene familia, al menos familia cercana y directa. Pau, mi otro hijo, le ha llevado los encargos toda la vida, y un par de veces al año ella le pedía que la llevara al Pirineo. Como se podrá imaginar, Pau, encantado de poder escaparse de Barcelona unos días. Le hacía de taxista y ella se encargaba de todo. Entiendo que, si hubiera tenido a alguien más cercano, no hubiera sido Pau quien le hiciera esos favores —dijo la señora Llobet con gran lucidez.

—¡Menuda memoria tienes, madre! —exclamó Victòria—. Recuerdo a Pau llegando el domingo y diciendo, entre risas: «Hemos dejado peladas las colinas del Pallars». Se ve que salían a caminar y a pasear y ella aprovechaba

para recoger flores para hacer ramilletes para su casa y hierbas para infusiones. Pau llegaba con las propiedades de las plantas bien aprendidas y con ramilletes de romero y tomillo y decía: «Esto es para mamá; dice Loreto que sirve para preparar agua sagrada».

—Bien buenas que eran aquellas infusiones de hierbas recién recogidas de la montaña —añadió la señora Llobet con un asentimiento.

—Qué gracia —dije, intentando meterme en aquel intercambio generoso y sincero de recuerdos—. ¿O sea, que creen que aparte de ustedes no hay nadie más a quien acudir si surge algún contratiempo de salud o hace falta algún permiso o consentimiento? —pregunté, para concluir la conversación.

—Yo diría que no, a no ser que tuviera también buena relación con las otras tiendas en las que ha comprado toda la vida —añadió Marina.

—¿Qué tiendas?

—Casa Félix y la mercería Santa Ana —respondió, como si fueran lugares obvios y sobradamente conocidos.

—¿De qué son? —pregunté, haciendo gala de mi ignorancia absoluta del mundo.

—En Casa Félix debía de comprar forros, papel para patrones, alfileres y entretelas y, en Santa Ana, botones, cremalleras, cintas, pasamanería, bordados, diademas y guantes.

—Buenos días, Victòria —dijo de lejos una voz imponente.

Había sonado el timbre y a continuación entró una señora que al primer vistazo dejaba a las claras que no era una mera clienta con curiosidad por el escaparate espectacular. Bastaban las sensaciones que transmitía a primera vista para saber que era una clienta conocida. Me despedí de la señora Llobet y de su hija Victòria y las dos, al unísono, me ofrecieron un par de caramelos de los que tenían sobre el mostrador.

Eran las diez y media y tenía la parada de Diagonal de la línea verde al lado para bajar hasta Catalunya. Tanto Casa Félix como la mercería Santa Ana estaban muy cerca. Me acerqué a la mercería cruzando la plaza Catalunya en dirección Urquinaona y entré. Parecía una tienda de antigüedades; había millones de botones y cremalleras de todo tipo, color y medida imaginables. La tienda estaba llena, de señoras, principalmente, y se me antojó difícil llegar a hablar con alguien. Se me acercó una mujer a preguntarme qué quería. Pensé, por la cara que ponía y por su modo de responder, que ahí distaban mucho de la educación y la cordialidad, que era

un lugar antipático. Contesté, igual de seco, que quería botones. Me mandó, casi sin mirarme, al segundo mostrador, y al oír «¿Quién va ahora?», me acerqué a la dependienta, que debía rondar los cincuenta, y le pedí hablar con la encargada. La cara de vinagre y de trabajar a disgusto se le acentuó aún más y me soltó:

—La encargada soy yo.

Ni me gustaba su tono ni pensé que pudiera sacar nada en claro de una gente tan poco colaboradora. De todos modos, lo intenté.

—¿Y quién se cree que es usted para venir aquí a pedir información personal de una clienta? —fue la previsible respuesta.

—Soy su vecino y quería preguntar si saben si tiene familia en Barcelona o alguien que sepan que la cuida. Se hace mayor y a su casa parece que solo van repartidores de sus tiendas de confianza y novias a probarse vestidos —dije, yendo al grano.

—Si tiene, ni lo sé ni creo que yo sea nadie para hablar de mis clientas —respondió en un tono a juego con su expresión.

—No vengo a meterme donde no me llaman, solo quiero saber si saben de alguien de su familia con quien pueda hablar o alguien de confianza —dije, tratando de rebajar la hostilidad de las respuestas.

—No lo sé, yo solo sé que mi marido tenía muy buena relación con ella porque él le llevaba siempre los encargos —soltó para concluir aquellos momentos de incomodidad.

—Gracias, pues. Le apunto aquí en un papel mi teléfono por si se le ocurre alguien con quien pudiera hablar para vigilar un poco a esta señora. —Me di por vencido, consciente de que no le sacaría nada más.

La encargada, Carme, se llamaba, ni me respondió ni me miró, aunque aceptó el papel con desgana. Había sido muy desagradable y había mostrado una agresividad verbal y corporal innecesarias. Salí a toda prisa y regresé a Gràcia. Tenía que almorzar y, para variar, no tenía nada preparado. Tenía que estar en el periódico en dos horas, así que tomé el metro, compré una baguette y me abrí una lata de atún.

Aunque las semanas fueron pasando sin novedad, guardé mis notas sobre lo que iba averiguando en una carpeta en la que tenía archivadas algunas partituras de piano.

Empezaba a tener muchos nombres y muchas respuestas a preguntas que

había realizado. La conclusión más clara de los apuntes e informaciones de un lado y otro era que Loreto estaba sola en este mundo. No tenía familia, ni nadie especialmente interesado en su bienestar. Me di cuenta de que, de repente y sin comerlo ni beberlo, yo me había convertido, al menos con lo averiguado hasta el momento, en la única persona capaz de salvarla de cualquier eventualidad.

Las semanas siguientes fueron de una normalidad absoluta y los rayos de sol de junio empezaron a calentar Barcelona con un bochorno pegajoso y tardes de luz eterna.

Recuerdo un día que regresaba de una conferencia de una filósofa del barrio en el Teatre Lliure y me llegó un mensaje al móvil. Pensé que debía de ser un error, porque decía, textualmente: «Hay alfombras muy polvorientas. Mejor no sacudirlas».

CAPÍTULO 12

El chalet era un edificio elegante de dos pisos, propiedad de la familia Vidal y con la entrada principal en la calle Manacor. Cuatro columnas dóricas simétricas de color crudo presidían un pórtico accesible tras cinco escalones flanqueados por arbustos que hacían la fachada más discreta y menos discernible. A la izquierda de la entrada había dos ventanales de casi dos metros y medio de alto y uno y medio de ancho que daban al salón principal. Las contraventanas, de color verde oscuro, estaban casi siempre abiertas, entraba luz por la mañana y Loreto se quedaba ahí embobada cuando no tenía otros quehaceres.

El recibidor disponía de un espacio solemne y generoso que acogía algunas pinturas, flores de temporada del jardín y algún mueble de madera maciza sin ninguna utilidad, estrictamente decorativo. En esa misma planta, las puertas de arco de medio punto daban amplitud y espacio a un chalet moderadamente ostentoso para la época. El salón, a mano izquierda, integraba un espacio mayor con una mesa larga de madera y sillas de color cedro rojo para formar el ágora de la vivienda. Los marcos opulentos y bañados en oro, de temática diversa, atestaban unas paredes que denotaban clase y servían como separadores de hileras de estanterías llenas de novelas y enciclopedias. Espejos de formas caprichosas y tamaños diversos reproducían cenefas, a veces ininteligibles, de formas marítimas y réplicas florales. Las butacas de piel color burdeos eran el lugar preferido del señor Carles, que solía elegirlas para echarse una siesta y descansar un buen rato.

Las baldosas hidráulicas de color carmín con un dibujo blanco fino y discreto configuraban todo el suelo de la casa, incluso en el piso superior, donde, además de la habitación principal, había una gran biblioteca, dos salas adyacentes y tres baños. Se accedía por una escalera de madera oscura, que se veía, al final del recibidor, junto al arco para acceder al salón principal. La cocina era muy espaciosa y estaba situada a la derecha del recibidor. La puerta, de arco, solía estar cerrada para que ni los olores ni la vida diaria del servicio se mezclaran innecesariamente con la de los señores de la casa. La cocina tenía salida al jardín y las idas y venidas eran

constantes. No se podía acceder desde el salón, que era donde tanto Loreto como el señor Carles hacían vida.

Las cristaleras del comedor eran espectacularmente grandes y absorbían toda la luz que se colaba entre los árboles frutales del extenso jardín, con laureles, lilos y limoneros, del cual se encargaba única y exclusivamente el servicio del chalet. Las plantas y los árboles brotaban y crecían bajo la atenta mirada diaria de quienes no solo se ocupaban del interior de la casa, sino también de aquel espejo que representaba, de puertas afuera, la aparente buena salud de todas las flores. Trabajaban con ahínco porque sabían que las malas lenguas eran implacables y no tenían piedad.

El jardín acogía una explosión de primavera cada mes de mayo con unos lilos y unas hiedras que trepaban, descoordinados y competitivos, por las paredes traseras de la casa. Las dalias, de follaje siempre armónicamente perfecto, florecían de todos los colores y alimentaban diariamente a mariposas hambrientas que las dejaban secas y deshidratadas. Las camelias, sencillas y elegantes, dibujaban en la parte más retirada del jardín la frontera invisible de la propiedad. Los rosales, principalmente rojos, de mata media y de un vigor titánico año tras año, flanqueaban los márgenes de los caminitos que llevaban a un pequeño estanque de nenúfares que flotaban en un agua cubierta de verdín.

Hasta pasada una semana de dormir en esa casa, Loreto no fue medianamente consciente del futuro al que sus padres la habían condenado. «Señorita de compañía» era el término que se había acordado usar para designar lo que sería su vida a partir de entonces. Parecía que hablar de contratos y matrimonios rozaba una dureza indeseable y que, por lo tanto, había que acuñar con ímpetu el concepto de «señorita de compañía». Había que contrarrestar la crudeza de lo que estaba por venir. Y también, tal como había recalcado su madre, presentar aquella nueva condición como una clara y necesaria voluntad de servicio a una familia que los había elegido para ayudarlos. Lo más importante era reafirmarse en unas razones de bondad que liberaran a los padres de cualquier sentimiento espontáneo de culpa. Naturalmente, acordaron mantener bajo secreto sumarísimo los cambios favorables de su nuevo estatus que repercutirían en sus padres. Ambos decidieron que ni se hablaría ni se mencionaría ni se haría ninguna ostentación de los efectos de aquel intercambio. Cuanto más discreta fuera la

nueva situación, más fácil sería mantener a raya las conciencias, traidoras, que los asaltarían a menudo y con violencia.

La inocencia de sus doce años permitió a Loreto entender ese cambio radical y repentino como un mero trabajo que le habían conseguido sus padres. Su madre, tras largas charlas e instrucciones, acabó diciéndole que tuviera a aquel señor feliz, cuidado y querido.

El señor Carles presidía la mesa de un almuerzo inaugural que daba la bienvenida a Loreto a la calle Manacor y daba paso oficialmente a la nueva realidad. La señora Vidal y su marido se encargaron de la logística de aquel primer acontecimiento y, junto con Emília, que dispuso los cubiertos y platos en riguroso orden protocolario, organizaron una comida deliciosa. Loreto estaba sentada a la derecha del señor Carles Vidal y los separaban, aparte de un espacio físico evidente, treinta y ocho vueltas de la Tierra al Sol. Ella lo observaba como quien mira a un maestro, con respeto, admiración e inocencia. Él, por el contra, veía a su lado lo que nunca había tenido: una señorita joven, aparentemente inofensiva y en proceso de convertirse en mujer. La señora Vidal y su marido bebían y proponían distintos brindis a la salud de toda la familia. El señor Carles se ponía de pie y levantaba una copa que rebosaba felicidad, igual que Enric y Paulina, inmersos y mimetizados a la perfección con los lujos de aquella comida de gala.

La señora Vidal entró en el comedor con un vestido de color verde estridente y un peinado con complementos de tendencia arriesgada que se mantuvo intacto durante toda la comida. La señora llevaba un corsé tan estrecho que le comprimía los pechos de forma poco natural y menos saludable. Paulina se puso un vestido de color azul oscuro que le llegaba por debajo de la rodilla con mangas tres cuartos que le estilizaban los brazos. Loreto lucía una falda con volumen hasta la rodilla con una blusa de manga corta y acabados de encaje. El cuello de solapa le confería una formalidad adulta, a pesar de ser una niña. Unos pequeños ribetes de seda le cubrían los botones de la blusa y los zapatos y calcetines de encaje le acentuaban la figura inocente que encarnaba. Si bien es cierto que la señora Maria Vidal se encargó personalmente de que recibieran aquella ropa hecha a medida, Paulina la revisó y metió un poco la cintura a las dos vestimentas para que realzara, tanto en ella como en su hija, la delantera. La señora también les mandó un impoluto traje negro hecho a medida y una corbata azul de seda para Enric. El gozo y un gusto particularmente fino planeaban sobre una

mesa decorada con flores naturales que Emília había recogido y distribuido en ramilletes. El olor de las flores y el perfume de las telas convergían y a ratos creaban un aroma realmente cargante.

Emília conocía a la familia Vidal desde hacía muchos años. Cocinaba para ellos cuando estaban en casa, les fregaba los suelos cuando no y lavaba a mano las manchas de las sábanas. Conocía las vicisitudes y casi todos los secretos familiares, no solo porque siempre tenía la oreja puesta, sino porque era, sin matices, la fiel confesora de la señora Vidal. También con pocos matices fue ella la mente que tramó y organizó aquel nuevo arreglo firmado por contrato con la esperanza de liberar a la señora Vidal del sufrimiento y la angustia por la salud de su hermano. El señor Carles ya había entrado en la cincuentena y era un hombre inteligente y amante de las artes, cultivador y cuidador obseso de la mente, hedonista y amante esporádico de mujeres que le proporcionaban placer. De corazón robusto e impenetrable y con una salud menoscabada y atacada ocasionalmente por la epilepsia, veía a menudo amenazada su aparente fortaleza. Avisos que, a pesar de su condición aparentemente indestructible, lo hacían ser consciente de la triste vulnerabilidad humana.

Tenía buena planta; siempre con sombrero y con un bigote medio emblanquecido por el paso de los años, se perfilaba como una persona seria y leal. Tenía las manos grandes y carnosas y una mirada entre profunda y temerosa atenuada normalmente por una prudencia y circunspección que le hacía mantenerla gacha y tímida. Químico de formación y rata de biblioteca de vocación, tenía una cifra casi inacabable de volúmenes de autores que seguramente poca gente conocía. Siempre decía, medio en broma, medio en serio, que necesitaría dos vidas más para satisfacer la curiosidad que le despertaban los libros, las pinturas y las artes en general. Emília y su hermana Maria lo miraban y pensaban que aquella obsesión por aprender ni era normal ni podía ser buena. Emília a veces lo miraba y le decía que le estallaría la cabeza. La confianza hacía que rieran juntos y que el señor Carles le prestara, también medio en broma, medio en serio, algún ensayo para que lo hojeara.

En el chalet de la calle Manacor trabajaban, en primer lugar, Fina, la gobernanta y encargada de comprar los víveres y repasar las cuentas con el señor Vidal. Organizaba con diligencia las comidas de la semana y mantenía la despensa bien surtida. Era una mujer con mucho carácter que la hermana

del señor se había ocupado y preocupado de elegir a conciencia. Elección que, naturalmente, recibió la bendición y aprobación necesarias de Emília. Luego estaba Rosa, que se encargaba de la limpieza del chalet, sola y sin protestar, agradecida por vivir a cuerpo de reina. La ropa y los platos los lavaba siempre a mano en unos lavaderos de la parte posterior de la casa. El polvo lo quitaba siempre a partir de las once y los suelos los fregaba a mano a primera hora para que tuvieran tiempo de secarse antes de que nadie los pisara. La cocinera, Consol, buena amiga de Emília y trasladada a la calle Manacor después de haber trabajado siempre en casa de la señora Vidal, recibió instrucciones claras: cocina saludable y abundante para hacer crecer con vigor a aquella niña y conservar en la medida de lo posible la salud delicada del señor Carles. Loreto recuerda que en el chalet comía siempre producto fresco y de temporada. El pollo, de corral y criado en el campo, que cocinaba Consol cada domingo. Había tomates dos veces al año, momento en que ella pedía, siempre por favor y con escrupuloso respeto, ensaladas abundantes. Josefina salía una vez a la semana con un par de hueveras de alambre para llenarlas y aprovechaba para comprar naranjas en invierno, higos en primavera y melocotones en verano. Cuando llegaba Fina, Consol la esperaba para ordenar todo el surtido. Mientras, Fina aprovechaba para hacer números y echar cuentas con el señor Vidal. Consol, de manos prodigiosas y vestida siempre con una bata impoluta a pesar de ser la cocinera, conservaba los alimentos y preparaba unas mermeladas y compotas fabulosas. Loreto sacaba el cuchillo para untarse mermelada de higo en corruscos de pan que sacaba del cajón. El servicio libraba los jueves por la tarde y las chicas aprovechaban para ponerse al día con sus novios y para visitar a sus madres. La casa funcionaba como un engranaje perfectamente diseñado para que cada pieza llevara a cabo la tarea encomendada y viviera y se ganara la vida dignamente. La felicidad de los trabajadores repercutía en el buen funcionamiento del chalet y permitía que Loreto pudiera dedicarse exclusivamente a cuidar, acompañar y dar cariño al señor Carles.

Salían a pasear por las inmediaciones del chalet, circulaban por el Putxet y a veces bajaban hasta el Farró. Él, hombre respetado por los vecinos y siempre saludado por las vecinas, la dio a conocer ante el vecindario como una chica cercana y de confianza. Aunque los primeros días recibieron miradas de escepticismo y curiosidad, la gente del barrio se acostumbró a

verlos juntos. Miraban escaparates, estudiaban su reflejo en los cristales y hacían muecas y se metían en la farmacia o en la pastelería cuando tenían algún recado que hacer. Empezaron a acudir a algún restaurante en cuanto todo el mundo estuvo al tanto y enterado de la relación de confianza que se tenían. Ella parecía feliz, a pesar de que, de vez en cuando, preguntaba por sus padres.

Durante el primer año, el señor Carles permitió, ante una insistencia natural en una niña enmadrada, una visita que los padres aceptaron algo a regañadientes. Sus ruegos acabaron en seco cuando se hizo algo más mayorcita y se dio cuenta, con todo el dolor de su corazón, de que sus progenitores la habían vendido y abandonado.

CAPÍTULO 13

Para mis padres, bajar a Barcelona suponía un auténtico desafío. Les requería un esfuerzo ingente: lo decidían una semana antes, se mentalizaban y dibujaban en un pedazo de papel un mapa del recorrido. Venían muy de vez en cuando y a veces ni me avisaban. O me encontraba con un mensaje que decía: «Hola, Xavi. Hemos bajado a Barcelona y ya estamos en casa». Rápidos como un relámpago. La cantinela de siempre es que en su casa estaban más tranquilos y que en Barcelona había mucha gente y muchos coches. Eran francamente exagerados. Hay gente que se hace muy pequeña y se encuentra con que las ciudades resaltan cruelmente sus miedos e inseguridades. Mi madre culminaba todas las discusiones con «No me gusta y punto». Sea como fuere, ese sábado vinieron a verme tras años de intentar que entendiera la idea de que no era justo que las visitas fueran exclusivamente unidireccionales. Los tenía en casa y eso me hacía inmensamente feliz.

Ese mes de julio se hizo inhumanamente largo. Un bochorno terrible que ni la triste brisa que enfilaba Gran de Gràcia conseguía mitigar. Los geranios se marchitaban y las plantas que presidían mi balcón quedaron totalmente chamuscadas. Por más agua que les echara, morían asadas. Algunas mañanas, acalorado y en busca de algo de aire ante el ventilador, contestaba mensajes y respondía notas de voz atrasadas. La mayoría eran de hacía semanas y, sinceramente, los había ignorado con toda la desidia del mundo. Revisando los mensajes, me topé con el anónimo de la semana pasada. A pesar de creer que se trataba de un error y, por lo tanto, ni responder ni darle más importancia, decidí, algo curioso, tratar de averiguar quién era el remitente. Marqué el número desde el que me había llegado el mensaje y llamé. Tres veces, dejando un intervalo prudencial entre una y otra, y nadie respondió. Añadí el número al WhatsApp para ver si tenía foto. Ni tenía foto ni tenía WhatsApp. Arranqué mi Mac y tecleé el número en la barra de búsqueda de Google. Ningún resultado. Imaginé, ante la huella digital inexistente, que pertenecería a un señor mayor con un móvil paleolítico.

Dimos cuenta de un opíparo almuerzo y, aprovechando que mis padres

estaban echando una plácida siesta en el sofá, les agarré el móvil y fui a la galería. Marqué aquel número ilocalizable en su teléfono y dejé sonar la llamada unas cuantas veces.

—¿Sí? —respondió una voz masculina al quinto timbrazo.

—Sí, hola, ¿con quién hablo? —pregunté, consciente de que quien debía presentarse era yo.

—Ha llamado usted, ¿no? —respondió la voz hábilmente.

—Me llamo Xavi y hace una semana recibí un mensaje en el móvil desde este número y quería saber quién era —respondí con sinceridad.

—No sé quién es ni de qué me habla —respondió la voz en tono aparentemente también sincero.

—Sí, un mensaje que decía que hay alfombras que es mejor no sacudir porque están llenas de polvo —dije, recordando el mensaje que, a aquellas alturas, casi me daba risa.

Se hizo un largo silencio. Parecía que la comunicación se había cortado porque no se oía nada. Miré la pantalla para cerciorarme de que la llamada seguía activa. Me puse de nuevo el teléfono al oído y, al cabo de unos segundos, me pareció que mi interlocutor volvía en sí.

—Caray, usted debe de ser el vecino de la señora Loreto Juncadella —dijo una voz que parecía haber recorrido mentalmente todos los vericuetos posibles.

—Exacto. ¿Y usted quién es? —pregunté, de repente con mucha curiosidad.

—Cuánto lo siento. Mi mujer me trajo un papel con su número y me dijo que buscaba información sobre su vecina. —Efectivamente, pensé, el marido de Carme, de la mercería Santa Ana.

—Sí, me dijo que usted tuvo mucha relación con ella y que quizá me podría contar algo —expliqué, para dejar muy claro el motivo del contacto.

—Vaya, lo que sucedió es que me grabé su número y, como no sé usar mucho el móvil, le mandé un mensaje que no era para usted… —dijo el hombre con voz arrepentida.

—Ya me lo pareció, la verdad, pero tenía curiosidad por saber de quién se trataba —añadí, medio riendo.

—Sí, perdone, resulta que tenemos a una chica nueva para limpiar en casa y, como mi mujer no la avisó, le recordé yo lo de las alfombras con un mensaje.

—Sí, sí, ningún problema —dije, aceptando su excusa.

—Disculpe la confusión, no sé qué debí tocar. Discúlpeme —dijo el hombre con un arrepentimiento notable.

Entre tanta disculpa, recordé que la encargada de la mercería se había referido a su marido como Gabriel y que, al parecer, había interactuado mucho con Loreto. Aprovechando la ocasión, decidí abusar un poco de aquel señor que parecía tan afligido.

—Tranquilo, no pasa nada. Ya puestos, aprovecho para preguntarle por la señora Loreto, ya que parece que era buena clienta de ustedes y, según su mujer, tuvieron buena relación —dije, dispuesto a oír cualquier respuesta.

—A ver, la conocemos, son muchos años, pero tampoco sabría qué decirle… —respondió él, entre prudente y taimado.

—Ya lo entiendo, lo que pasa es que somos vecinos y, tras unos episodios bastante preocupantes, me gustaría saber si hay alguien de su familia que le eche un ojo —repetí por enésima vez.

—Que yo sepa, no.

Se hizo otro largo silencio, que al final decidí interrumpir con otra pregunta:

—Y ustedes, que tan buena relación han tenido con ella, ¿la cuidan, van a verla? —pregunté, sirviéndole el tema acerca del cual quería que me respondiera.

—Mire, yo solo puedo decirle que la señora Loreto ha tenido una vida muy convulsa… Y le aconsejo que no se meta. —Se hizo un largo silencio, pero entonces añadió—: Estoy seguro de que puede cuidarse sola y no necesita a nadie.

—Perfecto, perfecto pues, gracias… —respondí, ciertamente impresionado.

Lo más curioso es que toda la cordialidad de sus disculpas se emborronó de repente en cuanto colgó el teléfono en seco. Fue brusco y violento. Por primera vez sentí que alguien que no era mi padre o mi madre me daba, con gran sutileza y amabilidad, un aviso. Un aviso que, a decir verdad, no sabía si quedaba más cerca de ser un consejo o una amenaza. Sentía, también por primera vez, que mis preguntas eran incómodas y generaban animadversión. Tampoco quería ser un exagerado, pero en cierto modo tenía la sensación de que me adentraba en un terreno del cual se me recomendaba que me mantuviera alejado.

No pude darle más vueltas porque, al terminar el sueño, a mi madre, como era de esperar, le entraron las prisas. Vino a la galería y, aunque las contraventanas estaban cerradas, arañó el cristal y me hizo señas y muecas para que entendiera que, si no entraba rápido, ellos ya se iban. La conciencia de haber pasado más de un par de horas fuera de casa, en Barcelona, más concretamente, la había asaltado con violencia. Entré, primero porque ya había terminado la llamada y segundo porque sabía que, una vez que tomaban la decisión, agarraban y se iban sin más. Borré la llamada del registro de su teléfono y lo devolví a su sitio.

Nos dimos un fuerte abrazo y los acompañé a la puerta. Se quedaron, como siempre, en la zona de rellano entre mi puerta y la puerta maciza de la escalera. Ahí nos volvimos a despedir con un abrazo. Da risa la de veces que nos llegamos a despedir. Abrieron la puerta de la escalera y, completada y repetida la despedida, salieron escopeteados. Los vi marchar escaleras abajo y, como siempre, me dio ternura observarlos mientras pensaba que a la próxima me tocaría a mí ir a visitarlos, cosa que haría encantado.

—Buenas tardes, joven —oí justo cuando me disponía a cerrar la puerta.

—Hola. Disculpe, no lo había visto —dije, con mis padres aún en mente.

—Pensaba que este piso estaba vacío, no te había visto nunca entrar o salir —me dijo un señor mayor.

—¿Usted también vive aquí? Yo tampoco lo había visto nunca… —dije yo sin sorpresa ninguna, ya que aquella comunidad era un ir y venir constante de gente.

Aquel hombre respondía a la imagen de un señor de Barcelona. Llevaba boina, pantalones de pinzas, un jersey de cuello de pico por el que asomaba una camisa de estampado vichí azul marino y unos zapatos de vestir. Iba con La Vanguardia doblada bajo el brazo y parecía regresar de un buen almuerzo, rodeado de un leve aroma a coñac. No lo había visto nunca, aunque parecía que la gente de aquella finca mutaba o aparecía de la nada.

—Sí, fui hace unos años el presidente de la escalera, por antigüedad, no se vaya a pensar. Miro siempre los pisos por si hay gente o por si están vacíos… Ya sabrá que se meten en todas partes… —dijo.

—Hace ocho años que vivo aquí, pero tengo horarios tan fijos que, si coincidiéramos, coincidiríamos siempre y, si no, no coincidiríamos nunca.

—Antoni, encantado —dijo, tendiéndome la mano.

—Xavi, igualmente —respondí, estrechándosela.

—Cualquier cosa, estoy en el primero A, al otro lado del rellano —dijo, señalándome la puerta de enfrente.

—Muchas gracias, igualmente —dije, mientras él enfilaba la escalera.

Se me ocurrió que ese señor vivía delante de la señora Loreto y que, si hacía tantos años que residía en la finca, debía de conocerla.

—Perdone una cosa —dije, medio gritando—. Quisiera preguntarle por… —Y señalé con el dedo el piso de encima del mío.

Antoni se giró, bajó los peldaños que había subido y se plantó de nuevo ante mi puerta. Me miró y no sabría decir si estaba más serio de la cuenta o no, pero el caso es que se me acercó mucho. Seguramente, pensé, porque quería susurrarme algo.

—¿Puedo pasar? —me preguntó, señalando hacia el interior de mi piso con una sonrisa.

Me quedé perplejo, sin saber qué decir y qué hacer, aunque algo me decía que, si aquel hombre quería entrar, era por pura discreción.

—Adelante, pase —dije, mirándolo fijamente.

—Estas paredes son tan curiosas que se enteran de todo —añadió mientras se metía en mi casa con un guiño.

Se adentró por el pasillo. Quedaba claro que la estructura de todos los pisos era igual y no se sentía nada perdido. Al llegar al salón, se sentó en una silla y esperó a que yo hiciera lo mismo. Sobre la mesa, que seguía puesta, había una botella de licor de arroz del Delta que a mi padre le encantaba. El resto de las cosas, mi madre se había encargado de llevárselas a la cocina.

—Veo que también le gustan los licores —recalcó el «también», dando a entender que yo había podido apreciar el olor a coñac que despedía.

—A mí este no mucho, pero han venido mis padres a comer y un día es un día —repliqué, neutralizando las confianzas que él se permitía.

—Yo no diría que no, si me pusiera una copita con un poco de hielo… —me pidió, atrevido.

Tenía clarísimo que, si la copita de licor era el precio que tenía que pagar por lo que fuera que no había querido contarme en la escalera, le pondría una, dos y todas las que quisiera.

—¡Salud! —dije, una vez le llené media copa, por lo menos—. Le dejo aquí la botella por si quiere ponerse otra. —Reí para mis adentros mientras pensaba que el alcohol era infalible para hacer que alguien contara la verdad.

—¿Sabe lo que pasa? Que mi vecina, que también es la suya, ha tenido una

vida, por lo poco que sé, bastante complicada —explicó, mientras daba un traguito—. Y tampoco quisiera que se enterara de que voy hablando de ella… —añadió, para justificar el haberse autoinvitado a mi casa.

—Me lo he imaginado, con los gestos que hemos intercambiado —respondí, repitiendo la mímica que habíamos cruzado.

—La señora Loreto es modista, eso ya lo sabrá usted, y desde muy pequeña vivía aquí, en el mismo piso donde vive ahora, con sus padres. Cuando creció y dejó de ser una niña, desapareció de repente… No la veíamos entrar ni salir… Ya no vivía aquí —dijo mientras leía la etiqueta del licor para constatar que, efectivamente, estaba hecho en Deltebre.

—¿Y qué fue de ella?

—No lo sé, pero hasta que sus padres fallecieron no regresó y entonces ya se quedó para siempre —explicó en tono de absoluta normalidad—. Fallecieron, o se suicidaron, si atendemos a las malas lenguas… Yo no lo sé.

Pasaron unos segundos antes de que yo formulara la pregunta obvia y obligada, dejó la botella en la mesa y me miró.

—No me pregunte por qué se suicidaron porque no lo sé. Fue hace muchos años y yo con ellos tenía poca relación y no estábamos al tanto de las respectivas vidas —dijo, frenándome en seco y dejando poco margen para entrar al trapo.

—No, no… Esto son cosas muy personales —mentí—. Yo solo preguntaba por ella porque la conocí no hace mucho y la veo mayor y, si me lo permite, creo que desvaría un poco… Por si sabía de alguien que cuide de ella o la ayude…

—Me parece que no… De toda la vida veo que suben y bajan chicas que se esperan en el rellano —dijo, levantando el brazo y señalándolo a distancia—. Por lo que dicen las paredes, vienen a que les haga el vestido de novia —añadió, evidenciando lo finos que eran los tabiques.

—Sí, trabaja muy bien —dije, con una risotada ante el sarcasmo que él había introducido.

—También suben chicos, no crea… —Yo no creía nada, la verdad, pero él continuó—: Creo que le traen telas y recados, qué sé yo… —Lo sabía perfectamente y era evidente y manifiesto que andaba siempre pegado a la mirilla.

—Acábese la botella, que queda muy poco —le dije a Antoni después de que apurara la copa de un trago.

—Muy bueno y muy dulce, joven —dijo, lamiéndose los labios.

—Llévese la botella, así cuando se lo acabe sabrá la marca y podrá comprarse otra —le dije cuando pareció que se le hacía tarde y se levantó de repente.

Antoni desanduvo el camino por el pasillo con la misma diligencia con la que había entrado. Esperó educadamente a que le abriera la puerta, me estrechó de nuevo la mano y se marchó. Al parecer, ese domingo los ataques de prisa eran comunes entre toda la gente que venía a verme.

Con la puerta cerrada y sentado en el sofá, llegué a tres conclusiones básicas pero bastante determinantes: Loreto no tenía familia, era huérfana desde hacía muchos años y la soledad la había acompañado durante gran parte de su vida. Llegados a ese punto, solo me quedaba esperar que las adversidades que ya dos personas me habían mencionado la hubieran convertido en una mujer fuerte, valiente y audaz. Lo esperaba y, por otro lado, estaba seguro de ello.

CAPÍTULO 14

El señor Carles vivía con displicencia. Todo le suponía un esfuerzo ingente, le faltaba energía y no sabía de dónde sacarla. Loreto representó un fuerte impulso que lo sacó de un pozo íntimo y oscuro. Esclavo solitario de una sabiduría insaciable y de una epilepsia que podría sepultarlo sin piedad en un momento, vio en ella un aliciente, una razón para vivir. Las preguntas infinitas, la curiosidad más estrambótica y el ansia natural por aprender de aquella niña lo convirtieron en un auténtico Pigmalión. No se trataba de continuar una educación escolar usurpada por los azares familiares, sino de transformarla en una señorita culta y refinada y crear un modelo de mujer que encajara con sus ideales de belleza y perfección. Una niña huérfana que se convertiría, pasados los primeros meses de convivencia, trato y adaptación, en el proyecto vital del señor Carles Vidal.

Ella se sentaba ante él por las mañanas para escuchar atentamente sus lecciones de Astronomía, Matemáticas y Filosofía. Tenían lugar en el patio, acompañados del sol reconfortante de primavera y rodeados de lilos y hiedras que colgaban como almas en pena de los muros altos de la parte trasera del chalet. Ella empezó a autogestionarse una selección de libros de los filósofos más importantes y de historia universal elegida por él, que la observaba y se le acercaba para complementar explicaciones siempre que ella, igual que hacía en el colegio, levantaba la mano cuando tenía dudas. Leía a una velocidad lo bastante considerable como para avanzar con rapidez y para empezar a alternar la lectura con clases de ajedrez. En cuanto aprendió los movimientos de las piezas, el señor Carles le puso a trabajar la lógica y la estrategia hasta el día en que ella, viva como una chispa, acabó dando jaque mate al maestro.

Algunas noches, cuando decidían cenar en casa, él le enseñaba a disfrutar de una buena mesa y de buenos vinos. Le contaba el orden de los platos y de los modos que debía tener una señorita en la mesa. Fina y Consol los observaban de lejos y los escuchaban a hurtadillas. Veían y percibían a un

Carles expansivo y espléndido, atento y entregado, cuando siempre había sido un señor que nunca antes se inmutó casi por nada ni por nadie.

Ella creció entre algodones, con una conciencia cada vez más sólida de quién era, dónde estaba y qué hacía.

Al cumplir los catorce, aparte de un servicio que le dispensó todas las atenciones del mundo, él la invitó a su palco del Gran Teatro del Liceu. Se puso uno de los vestidos hechos a medida que Emília le había hecho llegar por medio de Fina, unos guantes blancos de seda a juego con la diadema y un fino cinturón que le realzaba la figura.

Elegantes y alegres, fueron juntos Rambla abajo. Se enamoraron del teatro, de las pinturas que presidían los techos, de las lámparas de araña y de los vestidos divinos de las señoras. Poco a poco, a la niña se le fue despertando una fuerte admiración por las telas y los vestidos y la costura que exhibía la sociedad con la que el destino la había hecho coincidir. Él le tocaba suavemente el hombro cada vez que ella se detenía en mitad del pasillo, absorta ante tanta exuberancia.

Las visitas asiduas al Liceu le permitieron, en primer lugar, normalizar aquella opulencia y familiarizarse lo suficiente para no quedarse boquiabierta cada dos por tres y, en segundo, adentrarse en el mundo selecto y distinguido de la música clásica y la ópera. Él se quedó perplejo y emocionado cuando, al cabo de los meses, pudieron empezar a departir y discutir sobre la calidad de las adaptaciones de las tragedias griegas, de la danza escenificada por el ballet de la Ópera de París o de la voz y la interpretación de sopranos como Renata Tebaldi o Gianna D'Angelo.

A pesar de que la regularidad de sus días no pasaba por asistir a teatros lujosos o a cafés emblemáticos de la ciudad, sí que intentaban que la rutina y la tranquilidad del chalet no acabaran enterrándolos en un pozo de cotidianeidad e indiferencia.

Los dulces hacían enloquecer a Loreto. Él, al enterarse, empezó a invitarla algunas tardes a tomar chocolate caliente en la calle Petritxol. Aunque ella hubiera movido cielo y tierra por un buen chocolate, él era amante del café. Ambos sabían que, si bajaban al Gòtic, de regreso se detendrían en el café Oro del Rhin, en Rambla Catalunya esquina con Gran Vía.

Aparte de esos pequeños placeres que alternaban e interrumpían la monotonía y las comodidades del chalet, Loreto recordaba la primera vez que comió marisco en El Cantábrico, un restaurante emblemático de la

ciudad en un callejón junto a los Almacenes Jorba. Celebraron el cincuenta y tres cumpleaños del señor Carles rodeados de todas sus amistades, que interactuaban con ella con absoluta naturalidad y la veían como una señorita de compañía de confianza que había traído luz a la vida cada vez más oscura de aquel hombre.

Al recordar aquellos años de abundancia y bonanza personal, recuerda también las noches de aquellos años en el Ritz. El hotel se había convertido oficialmente en el lugar en el que el señor Vidal celebraba y festejaba las noches de sus fechas más señaladas. Loreto recordaba especialmente una noche que pernoctaron en la habitación 108 del hotel y que, años más tarde, se haría eternamente famosa porque Dalí mandó traer hasta ella un caballo disecado como regalo para su querida Gala. Al ver la noticia y las imágenes de una habitación que prácticamente no había cambiado, le hizo entre ilusión y gracia, a pesar de todo.

Ella cumplió quince años el 20 de junio de 1959 y el señor Carles le propuso un viaje a París. En una España inmersa en ya casi veinte años de dictadura, París representaba, para las familias bien, un espacio de libertad. París. Además de ser la ciudad del amor, era su ciudad preferida y quería compartirla con ella.

La primera visita a París representó para ella la apertura al mundo del lujo y el dinero. Él le regaló un vestido precioso de Pierre Cardin y le sugirió adquirir lencería fina de seda en una tienda exclusiva muy cercana a la plaza Vendôme. El vestido tenía una falda de tubo larga hasta los pies, de crepé de seda de color crema. El detalle más bonito imitaba una estola que cubría los hombros y cruzaba el pecho.

Se pasaban las tardes caminando por aquellos bulevares infinitos y dormían normalmente en un chalet de la avenida Montaigne, donde él solía alojarse durante sus estancias en la ciudad.

La noche que Loreto cumplió los quince fue muy especial: el señor Carles le pidió que se pusiera el vestido que le había regalado porque tenía otra sorpresa preparada. Ella, emocionada y un poco triste porque nadie más se había acordado de felicitarla, apareció radiante en el pasillo del hotel. Él la esperaba con una cajita que le entregó en cuanto ella levantó la cabeza para mirarlo con una sonrisa. Le había comprado un collar de plata con piedras preciosas que ella contempló antes de abrazarlo. Devolvió el collar a la cajita y regresó a la habitación para ponérselo. Tardó tanto que él tuvo que llamar

a la puerta para avisarla de que tenían un taxi en la puerta del hotel esperándolos.

El trayecto hasta Montmartre fue corto y allí vieron un espectáculo de cabaré. Hacia el final de la actuación, Loreto se quedó dormida. Él la despertó antes de que cayera en un sueño profundo. El taxi no se había movido del punto en el que se habían apeado y los devolvió a su hotel. Había sido un día sin duda agotador y lleno de emociones que ella aún conserva y recuerda. Y, a pesar de todo, todavía se emociona un poco al acordarse.

Al llegar al hotel, medio adormilada, subió por la escalera agarrada del brazo de él. El collar le brillaba tanto que le iluminaba los ojos con el maquillaje corrido, agotados y muy necesitados de un descanso después de tantas emociones.

Cansada pero inmensamente agradecida y con una conciencia de soledad vital, llegaron a la habitación y ella miró fijamente al señor Carles. Solo estaban encendidas unas lucecitas pequeñas que iluminaban tenuemente una habitación francamente grande.

—Muchas gracias, señor —dijo ella con una vocecilla fina que parecía quebrarse—. Muchas gracias por todo —añadió mientras se ponía delante de él y le agarraba las manos para estrechárselas como gesto de agradecimiento.

Tanto en el chalet como cuando dormían fuera de casa, tenían camas separadas. Esa era la magia que la embrujaba y la tranquilizaba, dado que era consciente, más aún desde la experiencia de sus quince años, de la existencia de situaciones donde era fácil confundirse y de hombres que transgredían con facilidad. Durmieran donde durmieran, cada uno tenía sus propias rutinas nocturnas. A veces se leían mutuamente en voz alta fragmentos de libros y el señor Carles la llamaba con cariño la pequeña Simone de Beauvoir. A ella eso le hacía gracia y respondía, de forma espontánea y natural, que a ella algún día también le gustaría tener muchos amores contingentes.

Esa noche, la única luz que quedó encendida fue la lámpara del antepecho de la ventana, que él apagó cuando le entró sueño.

Hacía rato que ella dormía envuelta en unas gruesas sábanas blancas que la protegían de la oscuridad de la noche. Fue justo a medianoche cuando despertó de una pesadilla espantosa. Tomó conciencia de las adversidades de la noche y notó una mano que se le deslizaba suavemente por la

entrepierna. Cerró los ojos y, muerta de miedo, tomó aire para ponerse a gritar.

CAPÍTULO 15

A pesar de la inmensidad de la ciudad y de la infinidad de posibilidades existentes, el destino, obstinado y caprichoso, me tenía preparada una sorpresa.

Por lo que contaba Loreto, los martes era su día sagrado. Con la excepción de una causa de verdadera fuerza mayor, Marta y ella se pasaban juntas todos los martes por la tarde. Hacía años que Marta Turró acudía a buscarla y esperaba pacientemente que Loreto bajara los cuarenta y tres peldaños. Llamaba al timbre para avisarla de su llegada y aprovechaba su demora para admirar los modelos nuevos en el escaparate de la zapatería del edificio. Hacía solo una semana que no se veían, pero se abrazaban, se besaban y se echaban piropos. El martes era el día de arreglarse y hacerse reproches si alguna aparecía un poco menos endomingada. Emperifolladas y casi siempre rodeadas de un aura de perfumes caros, bajaban del brazo por Gran de Gràcia. Se contaban todo lo que habían olvidado contarse por teléfono y Loreto tenía a Marta avisada: si acaparaba la conversación, la interrumpía y se ponía a hablar. Se miraban y, evitando siempre las lamentaciones sobre la salud típicas en señoras de su edad, rehacían el recorrido de cuando eran jovencitas traviesas.

La vejez les hacía recordar la inmensa felicidad de aquellos días en los que desconocían los avatares y sorpresas que la vida les tenía preparados. Los martes celebraban que, a pesar de los pesares, seguían viéndose, cuidándose, queriéndose.

Loreto recibía mensualmente el boletín del Teatre Lliure y, a principios de mes, marcaba con un rotulador lo que le interesaba. Si caía en martes, Marta siempre la acompañaba y, si no, la avisaba con tiempo y asistía también si podía.

Aquel martes de julio bajaron acaloradas y desafiando el poco tiempo que les quedaba para no llegar tarde. Torcieron por la calle Montseny y llegaron al Lliure con el tiempo justo para validar sus entradas. Daban la segunda conferencia de un ciclo llamado «Escuela de Pensamiento», un tema que apasionaba especialmente a Loreto. Durante una hora y media, se creaba un

espacio de diálogo, crítica y debate sobre los grandes conflictos del presente. Las dos seguían las reflexiones con entusiasmo y, al terminar, intercambiaban los respectivos puntos de vista. A menudo sus perspectivas coincidían, pero otras acababan medio enfadadas porque pensaban cosas diametralmente opuestas. Esa era, entre otras cosas, la magia de su amistad.

Era el segundo martes que yo asistía a las charlas del Lliure. Muy de vez en cuando tenía alguna semana de vacaciones y me quedaban libres todas las tardes. Desertaba del piso y aprovechaba para disfrutar de la agenda barcelonesa, que exprimía al máximo. Aquel martes, no sé si a causa del calor, había llegado con tiempo al teatro para tomarme un agua con gas y encontrar mi butaca sin prisas. Una música ambiental de piano y violín acompañaba la entrada de los asistentes. La luz tenue y amarillenta creaba un entorno íntimo y una atmósfera de paz y serenidad. En el escenario había dos butacas de color crema para los dos interlocutores. El minimalismo del espacio convergía con la sencillez elegante de todo: de los invitados, del lenguaje y de un atrezo inexistente. No había nada en la sala que desviara la atención de lo que ahí era lo más importante: la palabra. A menudo pensaba que, en una sociedad como la nuestra, sumergida en una crisis de valores, referentes, excelencia y con una ilusión y una fe atropelladas, los sueños y las ideas eran los únicos que nos podían salvar de un inevitable naufragio colectivo.

La sorpresa no tardó en llegar. Antes de que se apagaran las luces y quedara solo una pequeña encendida, vi que se alzaba un brazo en mitad de la quietud y homogeneidad de la grada que tenía enfrente. Un brazo y una mano que se movían de un lado a otro y que, contrario a lo que debía pensar su propietaria, se hacían notar a la perfección. Era Loreto, que iba acompañada de otra señora que también agitaba el brazo para ayudarla a captar mi atención. Sonreía de lejos y se veía que hablaba, gesticulando y en voz baja, con su amiga. Debía de estar contándole que era su vecino.

Al apagarse las luces dejamos de vernos y todo quedó negro. No fue hasta el final del acto, cuando las encendieron de nuevo, cuando volvimos a vernos.

El teatro estaba sumido en una larga e intensa oleada de aplausos, mientras Loreto me miraba de lejos, no sé si nerviosa o curiosa por mi presencia.

Imperiosa como siempre, pero con una sonrisa, me hizo señas con la mano para que me acercara.

—¿Me sigue usted a hurtadillas? —me preguntó con una sonrisa a lo lejos.

—No sabía que compartíamos estos gustos, la verdad —respondí con otra sonrisa en tono claramente distendido.

Su amiga, exuberante y elegante como ella, me tendió la mano.

—Mucho gusto. Marta —me dijo con aire coqueto mientras me miraba fijamente.

—Igualmente. Xavi. Imagino que ya le habrá contado quién soy —advertí, dirigiéndome a Loreto.

Una vez hechas las presentaciones y las muestras claras de complicidad y afecto, Loreto tomó las riendas de la conversación.

—¿Quiere subir a almorzar mañana? Tengo una sorpresa guardada y, al verlo, me he acordado —dijo con una sonrisa y creando a las claras un momento de intriga.

—No me asuste innecesariamente —le supliqué con una mirada que pretendía darle a entender que ya habíamos tenido suficientes sorpresas.

Marta, de quien yo desconocía absolutamente todo, se echó a reír, no sé si como gesto inocuo de complicidad o como conocedora de los fundamentos de mi amistad con su amiga.

—¿Le viene bien sobre la hora del almuerzo? —me dijo mientras agarraba a Marta del brazo y hacía ademán de irse.

—Sí, nos vemos mañana.

Nos despedimos con dos besos. Me fijé especialmente, a modo de curiosidad, en el perfume de Marta. Sencillamente majestuoso, a pesar del sudor de junio que seguramente lo aguaba y desvirtuaba un poco.

Subí por Torrent de l'Olla y, a la altura de la plaza de les Dones del 36, compré, sin arriesgarme a elegir lo primero que pillara en un lugar cualquiera, una hamburguesa de un lugar conocido y reconocido.

Ellas debían de ir andando despacio porque, al llegar al portal y mirar hacia arriba a los balcones, no vi luz en su casa, aunque las contraventanas estaban abiertas. Caía la noche, las parejas subían y bajaban del brazo por Gran de Gràcia y los restaurantes empezaban a cerrar sus puertas. Al mirar arriba ya se veía la estampa de los veranos de Barcelona: ventanales abiertos de par en par y balcones en los que los vecinos buscaban corrientes de aire que aliviaran el bochorno.

El día siguiente llegó enseguida y aproveché la mañana para quitar las flores y hojas muertas de las macetas, regar mis plantas de interior y grabar un vídeo para el cumpleaños de una amiga rusa. Esto último no fue ni fácil ni rápido, porque mi ruso se estaba convirtiendo en una especie de lengua híbrida sin sentido.

Al terminar, cuando se me abrió el apetito, el instinto me llamó a apagar las luces, agarrar las llaves y subir al primer piso. Interesado por la sorpresa que me aguardaba, no quise demorar más la espera.

—A los buenos días —me saludó ella al abrir la puerta mientras se quitaba un delantal.

—Buenos días, Loreto, ¿qué tal está? —la saludé con la misma ternura con la que saludaría a mi abuela.

—Adelante, cierre la puerta.

Fue a la cocina, donde tenía una bandeja humeante tapada con papel de aluminio que parecía recién sacada del horno. Me miró y me dijo que la esperara en el salón.

Me adentré en el piso hasta llegar a la altura de la habitación que precedía al salón. La puerta estaba abierta y la luz, encendida. Por lo que parecía, recordando la vez que coincidí ahí con Clara, ahí era donde hacía las pruebas de vestidos.

Vi de nuevo las fotografías colgadas en la pared y me fijé bien: eran cuatro jovencitas sonrientes, puestas en fila con marcos blancos de madera muy finos, iluminadas por una velita pequeña y discreta. Debían de ser clientas, pensé, porque no se parecían en nada.

Antes de que ella se diera cuenta de aquella fugaz intromisión, me dirigí al otro extremo del pasillo, donde estaba el salón comedor, y me dejé caer en una silla.

Loreto me anunció desde la cocina que ya venía, sufriendo por mi soledad en un salón que prácticamente conocía como el de mi casa.

—¿Trae hambre? —me preguntó a voces a lo lejos.

—La engañaría si le dijera que no —respondí.

La mesa del comedor estaba puesta, cuidadosamente preparada como uno hace cuando espera invitados y sabe que el trabajo en la cocina será entretenido y laborioso.

Loreto enseguida apareció en el comedor con una cazuela de barro que, a juzgar por los trapos y manoplas que usaba para sujetarla, acababa de

apartar del fuego. La puso en medio de la mesa y regresó a la cocina a por una jarra de agua fría, que dejó también en mitad de la mesa, junto a un ramillete de flores azules algo resecas.

—Hace días que quería preparar este plato, pero hacerlo para mí sola me daba pereza. Por eso pensé en invitarlo a comer para así poder prepararlo de una vez.

—Muchas gracias. ¿Qué vamos a comer? —pregunté, con ganas de retirar el papel de plata que cubría la cazuela.

Ella la destapó, dejando salir una humareda.

—Estofado de patatas con sepia —dijo, mientras hacía un gurruño con el papel de plata y me miraba con satisfacción.

—¡Qué buena pinta! —exclamé, con ganas de dar cuenta de aquel festín.

—Es uno de mis platos estrella —explicó la cocinera, visiblemente contenta—. Consol me enseñó a hacerlo y me mostró el secreto para que la sepia quede bien tierna.

Hundió un cucharón en la cazuela para remover. El olor era formidable y se me hizo la boca agua. Estábamos sentados de frente, como una abuela feliz ante su nieto. Me sirvió un plato generoso y esperé a que se llenara también el suyo.

Nos miramos mientras ella seguía hablando de cómo ablandar la sepia, aunque lo que yo quería era empezar a comer. El estofado ardía, pero tomé una cucharada de sepia con un trozo de patata y un par de guisantes y soplé para enfriarlo un poco.

—¡Buen provecho! —dijo ella, desafiando la comida humeante por la impaciencia de saber cómo le había salido.

Sin exagerar, estaba muy rico. La sepia se me deshacía en la boca y la patata y los guisantes combinaban fenomenal. Mientras comíamos y acompañábamos el plato con un poco de pan, carraspeó y, con una curiosidad desmedida, procedió a interrogarme:

—No sabía que en La Vanguardia trabajaran policías —me soltó, como si yo debiera sentirme interpelado por esa frase.

La miré sorprendido.

—¿Cómo dice?

—No sabía que se dedicaba usted también a la labor de policía —insistió.

—Yo, ¿policía? ¿Qué quiere decir? —pregunté. Eso me confirmaba a las claras que aquella mujer estaba perdiendo la cabeza.

—Los policías investigan y recogen información. Y eso es lo que hace usted, ¿verdad?

—No entiendo por qué lo dice ni a qué se refiere —añadí, sintiéndome totalmente perdido y desubicado.

—Me han avisado que anda usted pidiendo información sobre mí —me dijo con una mirada desafiante a la vez que dejaba la cuchara en su plato.

Me quedé sin palabras, atrapado en un silencio eterno. No concebía que el principio de aquella broma hubiera desencadenado una acusación directa de intromisión en su vida privada. En ese preciso instante me di cuenta de que alguna de las personas a quienes yo había recorrido para averiguar si aquella mujer tenía familia debía de haberle comunicado que yo la investigaba a hurtadillas.

—Perdone, pero de ninguna manera… —salté, tratando de aclarar el motivo real de protección que me había impulsado a hacerlo.

—Perdóneme usted a mí —me cortó en tono grave y claramente de advertencia antes de continuar—: Si hay algo de mí que quiera saber, me lo puede preguntar directamente, para eso le invito de vez en cuando a comer.

—Escuche —dije yo, tratando de cambiar el rumbo de aquellas acusaciones mientras intentaba explicarme—, déjeme que…

—Soy muy celosa de mi intimidad y me parece inaceptable que vaya usted por ahí preguntando si tengo familia —sentenció ella, visiblemente afectada.

—Ya me perdonará, pero, si me deja hablar…

—Dígame. —Finalmente me dio permiso para intervenir.

—He pedido a…

—Ha pedido al marido de Carme, de Santa Ana, si me conocía lo suficiente para saber si yo tenía familia —me soltó Loreto, revelando así su fuente.

—Exacto. A raíz de ese primer episodio nocturno que usted seguramente ya ha olvidado y al cual seguramente no da ninguna importancia, además de temas totalmente inconexos que me saca, pensé que era importante saber si tiene usted familiares que la cuiden —dije, cogiendo carrerilla, muy serio.

—Me cuido sola perfectamente, y creo que eso Gabriel también se lo dijo.

Nuestros platos quedaron prácticamente intactos sobre la mesa. Inmóviles, tal vez a causa de la tensión intensa y evidente, ya ni echaban humo. Lo que acababa de pasar era incómodo, sobre todo por el tono que había usado ella

y porque me había hecho notar, igual que había hecho Gabriel, que estaba a punto de cruzar una línea roja.

—No me venga con esa cara —me dijo, después de sacar la artillería.

—No pongo ninguna cara, pero me sorprende la agresividad con la que usted me habla después de oír mis motivos —concluí, evidenciando mi perplejidad.

—De acuerdo, dejemos el tema. Pero lo dicho: a partir de ahora, si usted tiene alguna inquietud, me la pregunta a mí —sentenció antes de agarrar de nuevo la cuchara.

El estofado se había enfriado. Ya no hervía ni quemaba la lengua y se podía comer sin tener que recurrir a rituales de refrigeración con los labios. Los dos nos concentramos en comer, evitando en todo momento levantar la cabeza por miedo a cruzar la mirada. Parecía que el ambiente se calmaba poco a poco y que esos instantes de quietud eran obligados y necesarios para neutralizar las pequeñas explosiones que se habían producido entre nosotros.

Se levantó y fue a la cocina, pero no se llevó los platos vacíos. Me fue muy bien para apartar un poco la silla de la mesa y relajarme. Regresó con una tetera de porcelana blanca que puso sobre la mesa. De un armario bajito sacó un par de tazas y platos también de porcelana.

—Hoy no tengo café, pero he preparado una infusión muy buena. A ver si le gusta, lleva jengibre, piel de naranja y vainilla —me dijo mientras me llenaba la taza.

—Me apetece mucho —dije, aún con la mirada gacha.

—La preparo yo con unas hierbas que me traen del Pirineo, que seco para preparar la mezcla. Todo natural, hasta la vainilla —matizó.

Por fuerza tenía que estar buena, y así fue. No quería hacerme repetitivo ni adulador, pero ahí donde Loreto ponía las manos salían auténticas delicias. No sé si fue la infusión que nos relajó, pero ella volvió a hablar en un tono más conciliador y amable.

—Efectivamente, me hago mayor y me duele en el alma, pero estoy cosiendo mi último vestido de novia —dijo mientras removía su taza con los ojos puestos en el líquido.

—¿Lo dice con pena o es una decisión que la hace feliz? —pregunté para saber cómo afrontar aquella conversación.

—Me da pena porque es lo que llevo toda la vida haciendo, pero una

retirada a tiempo es una victoria —dijo, entre irónica y sincera.

—¿El vestido de Clara será el último? —pregunté.

—Así es, será el último.

—¿Cuántos años hace que cose?

—En 1969 confeccioné mi primer vestido y en 2022 voy a hacer el último.

—Son… cincuenta y tres años de coser, coser y coser.

—Cincuenta y tres años de trabajar con ahínco y de tratar con novias, madres, familias, proveedores… Ya he hecho todo lo que tenía que hacer, ¿no cree?

—Se ha ganado un buen descanso, con tantos años trabajados, ¡madre mía! —respondí, mientras pensaba que yo no quería trabajar tanto.

—Tengo otra prueba con Clara el próximo lunes y pronto terminaremos —dijo, contando con los dedos los días que faltaban.

—Le faltan unas pocas semanas y… ¡jubilada! —dije en tono eufórico.

—Sí, jubilada, pero no inactiva —sentenció, perfilando el tipo de jubilación que deseaba.

De repente, el teléfono interrumpió la conversación que había querido compartir conmigo y ella corrió a responder. Lo tenía sobre una mesilla de cristal. Era un teléfono de cable, pero no de una antigüedad ridícula.

—Sí, ¿dígame?

Enseguida anunció a quien fuera que llamaba que estaba acompañada de un vecino con quien se había citado para almorzar. No sé si ese fue el motivo, pero la conversación se volvió monosilábica hasta concluir en una despedida que denotaba una clara complicidad y un tono entre entrañable.

—Gracias, Gabriel, hablamos pronto.

Colgó el teléfono y se acercó a la mesa. Se sentó y apuró la poca infusión que le quedaba. Al terminar, me miró y en la cara se le dibujó una sonrisa entre cínica y feliz.

—¿Lo ve, como velan por mí y me vigilan? —dijo, con toda la intención del mundo.

CAPÍTULO 16

A sus ojos, Loreto ya no era una niña, y por eso esa mano imprudente e impúdica la asaltó en plena noche. El viaje a París permitió al señor Carles ver a Loreto como una mujer por primera vez.

Cuando la miraba, los ojos se le iluminaban y una imaginación indomable lo transportaba a escenas de amor intenso y sexo apasionado. Se emocionaba y era consciente de la suerte que lo rodeaba, con esa belleza tan tierna y educada, tan inocente y tan culta a su lado. Con él y para él. Ya no era una niña. Era una mujer. Una mujer, pensaba, con una conducta y unos modales aprendidos, trabajados, corregidos. Una mujer apta y presentable como mujer, como pareja y, seguramente, como madre. Él tenía muy claro cómo debían transcurrir los acontecimientos, aunque el éxito de su proyecto dependería, en gran medida, del grado de sumisión de ella.

Aquella noche en París, ella se sintió atrapada y completamente violentada. Tomó aire y, con la espalda sobre el colchón y proyectando una mirada de terror al techo, gritó muy fuerte. Tan fuerte que ella misma se echó a llorar por el miedo y la rabia que sentía. Él, con la otra mano, le tapó la boca con suavidad, como quien corrige un comportamiento inadecuado o una actitud impropia. Poco a poco, empezó a recorrer todos y cada uno de los rincones de un cuerpo virgen e impoluto.

Ella mostró objeciones claras y notorias que él ignoró y corrigió, imponiendo una sumisión innegociable. Ella cerró los ojos, inmóvil y aterrorizada, como si toda la fuerza que había acompañado su grito se hubiera esfumado. Él la agarraba como un animal hambriento y desbocado y la zarandeaba sin piedad. Y ella entendió, poco a poco, el precio de los regalos, el precio de unos libros robados y el precio de todos los días vividos a cuerpo de reina. Trataba de contener el llanto, aunque se le escapaban algunos sollozos descontrolados. La mente se le desconectó del cuerpo. Para protegerse del dolor y para que acabara rápido. Entre inconsciente y totalmente vejada, intentó abrir los ojos. Se sentía sucia, denigrada y culpable.

Poco a poco, empezó a ser consciente de la agresión. Estaba agotada, como

si la vida la hubiera atropellado, aplastada, hecha trizas. Notaba que estaba sola y la memoria parecía incapaz de ayudarla a recordar de dónde había salido tanta y tanta guerra.

El señor Carles parecía más tranquilo, amansado tras un placer concluido y satisfecho. En una habitación inundada de un silencio sepulcral, los dos cuerpos yacían inertes sobre una cama que había aguantado y presenciado un acto impuro y deplorable. Dos cuerpos que ni se movían ni se miraban. El de él descargado y consumado y el de ella celebrando el retorno a la vida.

Loreto empezó a mover las manos y los brazos. Se notaba la piel sudada, aún húmeda y con un hedor repugnante en el que se mezclaban un perfume muy fino de noche con un sudor fuerte de hombre. Recordaba un aliento desagradable que le impactaba con fuerza en la cama, y cómo había intentado esquivarlo conteniendo la respiración.

Una vez que sus brazos fueron recuperando el movimiento, trató de mover los pies en círculo, como quien regresa poco a poco de un largo viaje. Muy lentamente, se puso de pie. Al ver que no le fallaba el equilibrio, a pesar de la debilidad que sentía, se levantó y, completamente avergonzada por aquel espectáculo, encendió la luz. Entonces se dirigió al baño. Quería huir de la escena, cerrar la puerta y mirarse al espejo y tratar de recomponer su pobre cuerpo.

Él, aún tumbado en la cama, la miró con satisfacción, orgulloso de haber respondido como Dios manda, de haber inaugurado una nueva etapa. No parecía arrepentido. Tampoco afligido por haber sometido a otra persona a un acto contrario a su voluntad. Estaba desnudo sobre el colchón y, al ver que ella se movía, se puso las manos detrás de la cabeza y le pidió que regresara a la cama. Ella, herida y sin darse la vuelta, se quedó quieta. Quieta, sin saber si ir hacia delante o hacia atrás.

Él se lo volvió a pedir en un tono imperioso que la obligó, sin resistencia posible, a acudir a su lado. Con pocas fuerzas para oponerse y rebelarse, se giró y, con la cabeza gacha, la mirada clavada en el suelo y las manos cubriéndole un rostro desdibujado, regresó a la cama. Se tumbó, muerta de pánico y con el cuerpo temblando como una hoja, y él la abrazó con fuerza. La miraba con una ternura entrañable y ojos de enamorado.

Ella cerraba los ojos para intentar que el cerebro no retuviera ninguna imagen de aquel momento. Él la observaba sin parpadear y, cuando casi no quedaba ni un triste milímetro de separación entre sus narices, le pidió que

abriera los ojos. Ella no lo oyó, seguramente abstraída de aquel instante. Él insistió y entonces ella los abrió. La miró y, alternando besos breves sobre unos labios amoratados y fríos, le dijo: «Feliz cumpleaños, princesa».

Loreto se sentía ausente, incapaz de dar las gracias ni de pronunciar ninguna palabra de agradecimiento. Él la tenía abrazada y no podía moverse, solo intentaba simular a la perfección que también se había quedado dormida. Cerraba los ojos momentáneamente y la asaltaban con crueldad imágenes violentas. Con el alma inundada de lágrimas, lloraba para sus adentros en riguroso silencio y se sentía culpable por no haber previsto y evitado aquella situación. Lo único que esperaba y deseaba era que los primeros rayos de sol se filtraran entre las cortinas para dar comienzo a un nuevo día.

Aunque los minutos y segundos se hacían eternos, empezaba a clarear y Loreto tomó aire y, sin pronunciar palabra, se retiró de la escena. Al mediodía debían tomar el avión para volver a casa. Fue al cuarto de baño y cerró la puerta. Se desnudó, se quitó la ropa interior manchada y rasgada y la tiró a la papelera. Sola y desnuda, no fue capaz de mirarse al espejo y reencontrarse. Abrió el grifo de la ducha, se puso bajo la alcachofa y dejó que el agua le resbalara, muy caliente y humeante, por todo el cuerpo.

Después de unos minutos de agua purgativa, se llenó las manos de jabón y se frotó la piel. Se restregaba suavemente las partes que, poco a poco, iban despertando. Tenía el cuerpo dolorido y sabía que había perdido algo que nunca podría recuperar.

Débil, como una flor marchita, salió a una habitación que apestaba. Aún creía oír los sollozos que rebotaban sin encontrar salida por las paredes de la estancia. En el ambiente reinaba una tensión fácilmente palpable.

Él se dirigió a la ducha que ella acababa de desocupar y, al pasar por su lado, le tomó la mano y le plantó un beso en la cabeza. Ella, muda y con movimientos lentos, recuperó poco a poco una conciencia perdida mientras miraba por la ventana y oía cómo caía el chorro de agua en la ducha.

Lejos de aquella bestia se sentía tranquila y en calma y, entre muchas otras cosas, traicionada y desilusionada. Nunca hubiera imaginado que las reglas del juego pasarían por escenas como la de la noche anterior ni, desde luego, que sus quince años representarían formalmente el inicio de una relación de aquella naturaleza.

Abatida por dentro y por fuera, se limitó a esperar de brazos cruzados en

una banqueta de terciopelo rojo. Estrenaba una camisola blanca, limpia y planchada. Fina le había recomendado llevarse ropa interior de más por si tenía algún imprevisto.

Al salir de la ducha, el señor Carles, desnudo, le dedicó una sonrisa que claramente buscaba reciprocidad, pero ella ni lo miró y él, en apariencia ajeno a su estado, le pidió que se vistiera. Ella se levantó, ignorante del día y la hora que era, e hizo lo que le mandaba.

Enseguida la informó de que tenían un taxi esperando y debían apresurarse. Muy arreglados los dos, muy probablemente sin pensar en la poca comodidad de aquellas prendas para el viaje, él se le acercó y le dio un beso en la frente. Cerró la puerta de la habitación y, pasándole el brazo por los hombros, le recordó que el fin de semana tocaba a su fin y ella aún no le había dado las gracias.

CAPÍTULO 17

Clara subía los peldaños de la escalera de dos en dos. Entre emocionada y nerviosa, ese lunes acudía a una de las últimas pruebas antes de tener el vestido listo para el día de la boda. De personalidad fuerte y con una moral íntegra para transgredir las tendencias de sus amigas, nunca quiso que su madre la acompañara a la modista ni que nadie viera el vestido que le estaba confeccionando. Ni quería ni necesitaba la opinión de nadie, por más que su madre insistiera en pagárselo y las amigas la acribillaran a preguntas cada vez que la veían.

—Pasa, Clara, está abierto —dijo una voz.

—Estoy muy nerviosa —respondió ella casi sin saludar.

—Pues no hace ninguna falta, guapa, porque ya casi lo tenemos —repuso Loreto, tranquilizadora.

—Desde la despedida de soltera tengo los nervios a flor de piel —dijo la chica mientras se atusaba el pelo y se frotaba la cara con las manos.

—¡Es verdad, te fuiste de despedida! —exclamó Loreto al recordar la última conversación que mantuvieron.

Clara le habló del fin de semana en Ibiza, lleno de vestidos blancos, collares turquesa y sombreros de paja. Sus amigas le vendaron los ojos y la hicieron aterrizar en plena cala Xarraca, en una casita blanca donde pasaron un par de días de fiesta y desenfreno. Sin entrar en detalles que hubieran podido escandalizar a la modista, le contó algunas de las sorpresas que sus amigas le habían preparado. Mientras, Loreto le presentó el vestido hilvanado por piezas y con algunas costuras aún por cerrar para que Clara, ya en ropa interior, se lo probara.

La falda de tul por encima de la rodilla y el corpiño de encaje le daban un aire divino y angelical. El encaje le perfilaba la figura, perfectamente ajustado a la piel. Aunque el vestido reflejaba un gusto muy personal, alejado de los vestidos de novia tradicionales, Clara quería un velo corto para que su abuela se enorgulleciera al ver que le había hecho caso. En honor a ella y a todas las fotos de su boda que le había enseñado cuando era pequeña.

Una vez vestida, Loreto le puso el velo corto de tul atado al recogido del

pelo y acompañado de una corona de flores naturales fina y discreta. Un ángel, pensaba Loreto cada vez que se retiraba un poco para verla de cuerpo entero.

***

Yo había pasado una semana dedicada única y exclusivamente al culto a mis placeres. Hedonista como era, el mejor regalo era dedicar un tiempo infinito a todas las cosas que me encantaba hacer. Me sentía preparado para volver al ruedo laboral y a los dolores de cabeza que pudiera traerme.

Desde la cocina, mientras cortaba fruta para mezclarla con cereales y un poco de yogur para desayunar, puse una lista llamada «Infinite Acoustic» en el reproductor. Sonaba My City of Ruins, adaptada por Wesley Schultz cuando, de repente, se oyó un gran estruendo. No venía de debajo ni de los lados. El estrépito se había producido en el piso de arriba, como si hubiera caído algo pesado justo encima de mi comedor. Los golpes no pararon y, aunque no fueron tan fuertes como el primero, eran impactos contundentes y constantes contra el suelo. Y gritos, hasta oí gritos fuertes y conversaciones ininteligibles. Era la voz de Loreto.

Con las manos heladas y como si tuviera un déjà-vu, agarré las llaves, cerré la puerta y subí corriendo, literalmente.

Fue una experiencia tan reveladora como atroz ver a Clara salir a toda prisa al rellano del primero con aire de estar muy asustada. Tenía un velo en la mano y contemplaba la escena con gran confusión.

—¿Qué ha pasado? Clara, ¿qué ha pasado? —le pregunté, haciéndome el héroe, aunque estaba totalmente turbado.

Clara, sorprendida, casi sin palabras, me dijo que Loreto había sufrido un ataque.

—¿Cómo un ataque?

—Me estaba probando el vestido y, de repente, ella se ha puesto un velo de novia en la cabeza y ha empezado a gritar el nombre de una señora que yo no sé quién es. He intentado calmarla, pero ha caído al suelo, como si le hubiera dado una bajada de tensión. Se ha chocado con unos jarrones de porcelana que se han hecho añicos —explicó ella.

Se hizo un silencio.

—No paraba de decir que se llamaba Agnès mientras se tocaba el velo —

añadió, con cara de espanto.

Transcurridos cinco minutos de aquel episodio surrealista, Clara, entre asustada y dudosa, me miró fijamente para hablarme.

—Qué pena, por favor —me dijo con los ojos llorosos.

Le rogué que se calmara y, en cuando la vi más sosegada, le pedí que me contara con todo detalle lo que había pasado.

—Yo llevaba el vestido, con el velo, la corona y los zapatos puestos. Me ha acortado las mangas y me ha ajustado la cintura y, de repente, se ha echado atrás para verme de cuerpo entero y, con una mirada fija casi ausente y la cara inexpresiva ha empezado a decir: «Sagnier, Agnès Sagnier»… —me contó Clara.

—Pobre Loreto.

—Me he asustado mucho —añadió—. Estaba totalmente fuera de sí y se me ha acercado alargando las manos, como si quisiera abrazarme, con la mirada perdida.

—¿Y tú qué has hecho?

—Me he echado atrás porque no entendía lo que me decía, pero se me acercaba cada vez más, aunque yo pensaba que se detendría… Entonces me he escapado de la habitación, chocándome y tropezándome con lo que había por medio. Ella me ha seguido y, cuando la tenía a medio centímetro y yo sufría por si me hacía daño, ha perdido el equilibrio y se ha caído al suelo. Quizá me haya confundido con otra persona, no lo sé.

Seguíamos de pie entre las dos puertas del rellano.

—No te muevas —le dije, y fui a investigar la entrada del piso de Loreto.

No veía a nadie, reinaba una quietud absoluta. Se respiraba una calma silenciosa, como la que sigue a una fuerte tormenta. Avancé con cautela y asomé la cabeza por el pasillo. Clara se quedó algo rezagada, asustada y perturbada. El piso volvía a ofrecer una imagen funesta: jarrones hechos añicos, un pedazo de encaje en mitad del pasillo entre flores y fragmentos de jarrón. La parte visible del salón también parecía un campo de batalla, aunque no se veía bien. Loreto estaba dentro, aunque no sabía exactamente dónde, ni cómo estaba, ni si aún tenía fuerzas, ni cuáles eran sus intenciones. Reculé, dejé las puertas ajustadas sin cerrarlas y vi que Clara, algo más calmada, me observaba a cierta distancia.

—Tendrás que disculparla, Clara, tendrás que disculparla —dije con voz resignada—. No es la primera vez que le pasa.

—Pero ¿qué le pasa?

—Es mayor y es lo que tiene la edad. A veces, los ancianos pierden la cabeza de forma violenta y cruel. Mezclan nombres, se imaginan realidades que no existen… A saber cómo acabaremos nosotros.

—Loreto estaba fuera de sí, convencida de que yo era otra chica, o señora, quien sea la tal Sagnier —añadió Clara, preocupada y nerviosa.

—Tranquila.

—Yo estoy muy tranquila —dijo Clara con pinta de estar muy afectada.

—Ya te he dicho que no es la primera vez que sufre un ataque como este… Y es una pena, pero hay que ayudarla y disculparla.

Era evidente que Clara tenía prisa por marcharse y dejar de formar parte de aquella situación. Desaparecer, esfumarse. Lo que pasa es que se había dejado las zapatillas y el bolso en el interior del piso.

Con cautela y atento a las sorpresas del destino, entré de nuevo. Una vez superado y esquivado el desaguisado del pasillo, encontré a Loreto en el salón, sentada en el suelo, contra la pared, con la cabeza gacha y los ojos cerrados. Me dio mucha pena. Recogí las zapatillas y el bolso de Clara, que estaban en la habitación donde se había cambiado, y salí al rellano a dárselas para que pudiera irse. Le dije que Loreto la llamaría pronto y que no se preocupara.

Se había quedado sin fuerzas, desorientada, incapaz de articular palabra ni de explicar lo que acababa de suceder. Se la veía pensativa, con los ojos prácticamente cerrados que solo abría muy de tarde en tarde, en el suelo, agotada y abatida.

Fui a la cocina a buscarle un vaso de agua que ella apuró con avidez. Le pregunté si tenía hambre y ella negó con la cabeza, y entonces le pregunté si quería levantarse y sentarse en el sofá, a lo que recibí una nueva negativa.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, ante su rechazo a todo lo que le ofrecía.

Ni me respondió ni se inmutó, así que lo intenté de nuevo.

—¿Qué tal se encuentra?

—Lo siento —respondió mientras alzaba la cabeza y establecía, al menos, un mínimo contacto visual.

Ahí en el suelo, parecía una alma dejada de la mano de Dios.

—¿Puedo ayudarla a levantarse?

Asintió. Entonces me agaché y, agarrándola fuerte por las axilas, tiré de ella

para ponerla en pie. Sollozó un poco, como si le doliera algo, pero conseguí hacerla avanzar pasito a pasito hasta el sofá para sentarse.

—Respire hondo y descanse —le mandé.

Se quedó allí sentada con los ojos cerrados. El suelo estaba lleno de cosas, de modo que, para que visualmente no pareciera todo tan traumático, fui a por la escoba para empezar a ordenarlo todo. Recogí un montón de pedazos de encaje y una falda de tul y lo guardé todo en el cuarto de costura. Con el suelo barrido y las cosas en su sitio, regresé al salón, desde donde ella, con los ojos entornados, me observaba de reojo con timidez.

—¿Se encuentra mejor? —le pregunté mientras me sentaba a su lado.

Ella empezó a hablar, pero no tenía muy claro qué había pasado. Se disculpaba constantemente y parecía arrepentida, aunque yo no podía asegurar que su emoción fuera sincera.

—Estoy muy cansada, pero no me duele nada —dijo con voz suave y débil.

—¿Quién es Agnès Sagnier? —le pregunté sin rodeos.

—No lo sé —respondió ella, cerrando los ojos.

—¿Ha visto hace poco a Agnès Sagnier? —le pregunté para ponerla un poco al límite.

—No lo sé —repitió.

Se estaba quedando dormida como una niña chica, incapaz de mantener los ojos abiertos.

—¿Me permite que la acompañe a la cama? —le pregunté.

No respondió.

—¿Puedo acompañarla a la cama? —insistí. Entonces ella asintió—. Si duerme un poco y descansa, se recuperará.

La acompañé a su habitación del brazo. Ella se aferraba a mí y, con la mano libre, repasaba la pared.

En la cama y bien arrebujada bajo la sábana, daba la sensación de haber sido rescatada, atendida, salvada. Al entrar al piso, parecía una colilla tirada y arrinconada, una imagen ofensiva y degradante. Al menos, la dejaba descansando, con el piso limpio y ordenado. Lo que hubiera que hablar, ya lo hablaríamos al día siguiente.

—Llámeme cuando se levante —le dije, y la cubrí de nuevo con una sábana fina y blanca que ella se había apartado hasta las rodillas.

Asintió con los ojos cerrados y, seguramente porque se sentía protegida y

fuera de peligro, los abrió de nuevo y me miró.

—Lo siento. Quiero terminar el vestido de Clara —dijo, sin dejar espacio a una posible réplica. Se hizo un silencio y volvió a hablar—: Gracias por subir.

Dejé la puerta de la habitación entreabierta para que los hilos de luz que entraban por los ventanales de la calle no le impidieran descansar ni la molestaran. El ataque había sido un gran susto para Clara, para mí y, seguramente, para ella también. Por dantesca que volviera a ser la situación y por mucha paz y concordia que yo hubiera querido ponerle, de repente tenía otra cosa muy clara: empezaba un nuevo día y en el mapa de aquella historia aparecía un personaje nuevo que sin duda tenía mucho que contar. Si cerraba los ojos y me esforzaba por recordar, por suerte o por desgracia, no era la primera vez que oía el nombre de Agnès Sagnier. Estuviera donde estuviera y fueran cuales fueran sus circunstancias, estaba seguro de que acabaría encontrándola y de que los dos tendríamos muchas cosas que contarnos.

CAPÍTULO 18

Las conversaciones que acompañaron la mañana en el avión hacia Barcelona fueron más bien escasas y profundamente incómodas. Por un lado, el señor Vidal no parecía ni inmutarse ante el estado visiblemente mustio y apagado de Loreto. Al parecer, él se limitaba a ejecutar con total normalidad un plan minuciosamente escrito y descrito. Por otro lado, ella se mostraba incapaz de procesar el giro brusco y violento que había adoptado su maestro.

Estaban sentados juntos y él osó, franqueando la distancia prudencial que había respetado hasta ese momento, agarrarle la mano. La incomodidad de ella era más que evidente, aunque ni apartó la mano ni la movió para expresar desaprobación alguna.

Desde el momento del despegue, el silencio se convirtió en un grito muy fuerte. A aquel silencio no se le podía tapar la boca, a pesar de lo escandalosamente revelador que era.

Al llegar a Barcelona, más concretamente, al chalet, Loreto descubrió que la bata y el delantal de Fina, la mujer que se encargaba de gestionar la casa, estaban lavados, planchados y doblados sobre la mesa. El señor Carles la informó de que, a partir de aquel momento, ella, como mujer y compañera suya que era, se encargaría de llevar la casa. Rosa continuaría activamente con sus tareas de limpieza del chalet y Consol y sus manos seguirían llenando y enamorando a todos los estómagos exigentes de la casa.

Entendió que los libros habían terminado y que la condescendencia con que él la trataba también había llegado a su fin. La niña se había hecho mujer.

A medida que avanzaban las semanas, se iba perfilando una nueva realidad que para Loreto evocaba a su madre. Y no solo a Paulina, sino a la retahíla de amigas de su madre que blasfemaban todas las tardes del matrimonio y de sus maridos.

Al cabo de los meses, al verse cada vez más limitada y acorralada, planteó al señor Carles la posibilidad de empezar como aprendiz en un taller de costura cerca de Gràcia. Incluso expresó una voluntad decidida y sólida de

aprender una lengua extranjera. Le daba igual cuál y como argumento de peso esgrimía que podría ayudar a la señora Vidal con la internacionalización de La Sedeta.

Todas sus peticiones fueron amablemente denegadas, ya que la fina intuición del señor Carles previó que aquellas propuestas no harían otra cosa que brindarle una peligrosa libertad económica y de movimiento. Sabía que darle carta blanca, a la larga, podía ir en contra de la moral y las buenas costumbres. Efectivamente, ella sabía tan bien como él que coser fuera de casa le aportaría ingresos y que volver a clase le permitiría recuperar espacios y momentos de libertad.

El sábado siguiente a su regreso de París se celebró un almuerzo familiar en el chalet para celebrar su cumpleaños. La señora Vidal y Paulina Safont llegaron del brazo ataviadas con sendos vestidos muy finos de tartán y cachemira, respectivamente. Loreto las vio llegar por la ventana de la cocina pensando que aquel par eran las principales culpables de su desgracia.

Fue una comida incómoda, sobre todo a causa de los silencios de Loreto, provocados por la falsa complicidad entre dos mujeres unidas por un triste objetivo. Las miraba de reojo, intercalando sorbitos de vino con bocados de unos lomitos de atún deliciosos. Las dos, sentadas codo con codo, hablaban, gesticulaban y se escuchaban.

A Loreto a ratos se le perdía la mirada y pensaba, sin darse cuenta de lo mucho que se hería, en aquella noche en París. En todo el dolor que había sentido y que la acompañaría por siempre jamás.

A pesar de haberse prometido guardar lo sucedido como un secreto inconfesable, la debilidad y la vulnerabilidad que sentía la llevaron a querer forzar un momento de diálogo íntimo con su madre. Estaba sola en el comedor y, aunque casi no había saludado a su hija a su llegada al chalet, ella se levantó de la mesa y se le acercó con discreción. La miró a los ojos fijamente un buen rato, de hija a madre y, a continuación, le explicó, sin florituras, lo sucedido en París.

Paulina, cuyo sentimiento de culpabilidad la hacía parpadear con nerviosismo, escuchó todo lo que su hija le narraba y se limitó a quitarle hierro con una indiferencia y una insensibilidad impostadas. Serena y racional, mientras Loreto se empequeñecía y acababa de quebrarse, le dijo que no se preocupara y que debería sentir una felicidad inmensa por haberse convertido por fin en mujer.

Loreto sopló unas velas que se iban derritiendo sobre el delicioso azúcar quemado de la tarta. Voces cínicas cuyo origen ni recuerda gritaban al unísono: «¡Que pida un deseo!».

Consol apareció por detrás con un cuchillo y unos platitos blancos de cerámica. Cortó la tarta para repartirla entre todos los comensales. A Paulina, aparentemente golosa, le cayó un pedacito y se manchó la falda de nata. A Loreto se le escapó la risa y se topó con la mirada desafiante de la señora Vidal, que creyó que la mala suerte de la madre era fruto del deseo que acababa de pedir su hija.

A pesar de la vergüenza que pasó, Paulina sacó enseguida de debajo de la mesa una cajita con una cadena de oro y una medalla con la imagen grabada de una virgen de la edad de su hija. Le vino de maravilla para desviar las miradas y poner el centro de atención en el colgante. La señora Vidal le tendió una bolsa que contenía una caja envuelta en papel de regalo en la que iban unos zapatos negros de cuero preciosos con un poco de tacón.

Sorprendida por los obsequios que no se esperaba, Loreto hubiera preferido pasar sin regalos y recibir, a cambio, un poco de cariño.

Los primeros meses y, sobre todo, las primeras semanas de señorita de compañía fueron complicados. Ella imitaba lo que había visto hacer a su madre, se la imaginaba y actuaba como hubiera hecho ella. Desde el momento en el que ponía el pie derecho en el suelo por la mañana hasta que se acostaba por la noche. Paradójicamente, el corazón se le encogía cada vez que pensaba en ella, pero, por desgracia, era el único referente que tenía.

Vivía en una dualidad constante; se esperaba que hiciera de pareja y a la vez de madre de un señor cuya salud, después del impulso inicial, fue de mal en peor.

A menudo pensaba que a ella sí que le hacía falta una madre, seguramente no la suya, pero sí una figura que la guiara y la cuidara. No le quedaba otro remedio, sin embargo, que hacer de tripas corazón, cosa que marcó profundamente y para toda la vida una personalidad dura y reservada en extremo.

Aprendió a ser su propia confesora y a convivir muy íntimamente con sus sentimientos y secretos. El silencio se convirtió en su protección y se guardó para sí no solo la escena de París, sino también todos los placeres que debía encargarse de satisfacer, dictados por su condición de acompañante. Aunque

ella se había prestado a la situación, la vivía con profunda tristeza y depresión y, por encima de todo, no hacía otra cosa que preguntarse si aquella pesadilla duraría para siempre.

En los momentos de más tiniebla y angustia, se veía tentada de tomar las pastillas del señor Carles, engullirlas todas y tumbarse en la cama con los ojos cerrados. En algunos momentos, no deseaba más que acabar de golpe con el sufrimiento y la suciedad constante que sentía que la rodeaban.

Recordaba como si estuviera ahí de nuevo el día en el que harta de todo, sumida en una tristeza absoluta, tocó fondo y fue a la cocina a por un cuchillo. Habían pasado casi seis años de convivencia y no podía más. Estaba dispuesta a poner punto final a tanta ignominia. Lástima, recordaba siempre, que en aquel preciso instante entrara Consol, inoportuna como tantas otras veces, a preguntarle cómo estaba.

CAPÍTULO 19

Sentía un cosquilleo en el estómago que solo se me pasaría en cuanto satisficiera la curiosidad que me reconcomía. Encendí el ordenador, que arrancó más despacio que de costumbre. También como de costumbre, la tecnología era traviesa y revoltosa en los momentos más inoportunos.

Mis compañeros de trabajo iban llegando, saludaban y se llenaban las tazas con el café que nos mantendría vivos y activos a lo largo de la tarde.

Sílvia y Gemma llegaron pletóricas e irradiando felicidad, un sentimiento que, desafortunadamente, se iría disipando a medida que pasaban las horas y aumentaba el cansancio ante la pantalla.

Yo ya estaba sentado a mi ordenador y lo único que me interesaba de verdad en aquel momento era abrir la hemeroteca del periódico e introducir en la barra de búsqueda el nombre de una mujer. Para ser sinceros, las noticias o infortunios que trajera Sílvia ese día me traían sin cuidado. En ese momento, había un asunto que dominaba todo mi interés y había decidido, a pesar de las alarmas y los avisos con los que me había topado, que llegaría al fondo de la cuestión. Discretamente, pero llegaría.

El cielo nublado y el día gris me hacían aún más cuesta arriba el regreso al trabajo ese lunes de verano. La diligencia y el automatismo de todo el equipo frente a las pantallas daban el pistoletazo de salida a una semana que se preveía movida por diversos sucesos sociales y por la cobertura de una de las crisis internacionales de más impacto europeo.

Antes de que aparecieran los primeros textos para revisar, abrí la pestaña de la hemeroteca en la que constaban todos los periódicos desde 1881. Bastaba con introducir el día, el mes y el año y aparecían, con una calidad visual que dejaba bastante que desear, todos los periódicos publicados. No era hasta mediados del siglo xx, sobre 1955, cuando podía empezarse a buscar una palabra clave o algún sintagma que se refiriera a alguna noticia. Esa pequeña restricción a mí no me afectaba, ya que la información que buscaba correspondía al período de los años sesenta y más adelante. El trabajo que se había hecho era ingente y laborioso y el archivo era un banco excelente para documentalistas o, como en mi caso, curiosos aficionados a la

investigación. Si bien es cierto que Google podía llevarme a la hemeroteca pública de mi periódico y de cualquier otro, quería evitar la tediosa y obligatoria suscripción para acceder a cualquier contenido en línea.

Escribí «Agnès Sagnier» y en menos de tres segundos aparecieron siete resultados, seis de los cuales se referían a una aristócrata francesa. El séptimo relataba la desaparición de una chica de Barcelona. La noticia, fechada en 1969 y firmada por un periodista llamado Ricard Rigau, decía, textualmente: «Desaparece una mujer de veintiséis años en Barcelona tres días antes de su boda». A pesar del sensacionalismo que se palpaba al otro lado de la pantalla, Rigau añadía: «Sagnier, que iba a contraer matrimonio con el hijo de un destacado, reconocido y respetado señor del mundo de la banca, no regresó a su apartamento el miércoles por la mañana» y entre alguna pirueta lingüística acababa diciendo que «la modista de su vestido de boda podría formar parte del grupo de personas que su familia apunta que tenía que ver ese fatídico miércoles». La noticia hasta incluía una cita textual de la declaración de la modista: «Agnès llegó, hicimos la última prueba del vestido y se fue; concretamente dijo que le esperaba, cerca de plaza Molina, la chica a quien había encargado el ramo de flores de su boda». La noticia incluía también una imagen en blanco y negro borrosa de Agnès, seguramente frente a su casa, junto con unas declaraciones de su hermana Dolors que decían: «La familia está muy afectada y rogamos la cooperación de la ciudadanía para tener noticias de mi hermana».

Una desgracia, pensé, además de un trauma, no solo porque, transcurridos cincuenta años la muerte era casi segura, sino porque la desaparición es la peor de las reconciliaciones del duelo.

Una vez confirmada la desaparición, además de las palabras de la propietaria de Gratacós, la señora Marina Llobet, y del hecho de que Loreto pronunciara el nombre de Agnès Sagnier en un momento de debilidad y de pérdida de facultades, dejaba a las claras que ese era un hilo del que había que seguir tirando.

Me puse a trabajar con un texto, más concentrado que nunca, y avancé con diligencia con el trabajo que iba llegando. Con Sílvia y Gemma tenía distintos códigos, y uno era respetarnos los días de silencio y compensarlos al día siguiente, sin rencores, con una atención más intensa.

Mientras esperaba a que saltara el próximo aviso que indicara la llegada de un texto nuevo, aproveché para introducir, tal como aparecía en la noticia, el

nombre de Dolors Sagnier en la barra de búsqueda de Google. Esperaba y deseaba que la vida de la hermana de Agnès hubiera sido más favorable y que esa mujer siguiera viva para poder conocerla.

Google es a la vez infalible y peligroso, pero, una vez tecleado el nombre y descartados unos primeros resultados equívocos, encontré, en un directorio de teléfonos fijos en el que también constaba la dirección, que Dolors Sagnier vivía en la calle Córcega, 241 y que tenía, como era de esperar por los más de ochenta años que le echaba, un teléfono fijo en el que localizarla.

Teniendo en cuenta que presentarme en Córcega, 241 a preguntar por la señora Sagnier hubiera sido un asalto a la calma y a la tranquilidad de una persona mayor, tomé nota del teléfono.

Aprovechando la pausa inexcusable del segundo café, la llamé. No escondí el número ni cambié el nombre, pero sí que mentí: le dije que era periodista de La Vanguardia y que necesitaba hablar con ella con cierta urgencia.

Curiosa e incapaz de entender lo que habría llamado la atención a un periodista de su vida silenciosa, opaca y monótona en un piso de Barcelona, aceptó sin objeciones quedar para desayunar al día siguiente en una cafetería que quedaba justo debajo de su casa. Satisfecha mi petición y resuelto en un tiempo récord lo que pensaba que se alargaría tediosamente en el tiempo, regresé a mi mesa.

A las ocho y media pasadas abrí la bolsa de la cena. Gemma y yo intercambiamos una sonrisa con la que ella, sin querer meter la mano ni las narices en los días de silencio que puntualmente nos llegaban a todos, se aseguraba de que estaba bien. Las amistades también son eso: respeto por lo que no se entiende.

A la mañana siguiente, puntual como un reloj, Dolors me esperaba en la cafetería, sentada con las piernas cruzadas y las manos entrelazadas con un traje chaqueta marrón y unos zapatos de tacón bajo que le daban un aire muy elegante. Relajada pero atenta, observaba la calle desde una mesa pegada a la ventana. Miraba buscando de dentro hacia fuera y yo, de fuera hacia dentro.

Sin saber quién era el otro, nos reconocimos e intercambiamos una sonrisa. Aunque la situación hubiera podido acabar en un chasco, me dirigí al interior del local y, al acercarme a su mesa, me detuve para mirarla desde una distancia prudencial.

—¿La señora Dolors Sagnier? —pregunté, plenamente consciente de que

tal vez estaba metiendo la pata.

—Servidora —dijo con una formalidad excesivamente pronunciada.

—Soy Xavi, de La Vanguardia. ¿Me permite? —me presenté y señalé la silla vacía que ella tenía en frente.

—Faltaría más, siéntese —dijo Dolors sin perder la buena educación en ningún momento.

Los formalismos de las presentaciones fueron típicos y tópicos, sin gran cosa que destacar. Era justo, aunque yo ya supiera quién era ella, que ella también supiera mínimamente quién era yo y qué me había llevado a citarla para hablar con ella.

Agradablemente sorprendida por el hecho de que alguien se interesara por un caso que había quedado enterrado más de cincuenta años antes, Dolors transmitía una pena tristemente digerida y una serenidad lo bastante cómoda para hablar de Agnès.

Mentí y le dije que me encontraba en pleno proceso de investigación de un caso bajo secreto sumarísimo y que, por lo tanto, no podía darle justificaciones justas y honestas de las preguntas que quería hacerle.

Generosa y colaboradora, me dijo que, a esas alturas, ni las quería ni las necesitaba y que estaba preparada para contarme todo lo que recordaba de lo sucedido en su familia, concretamente sobre la desaparición de su hermana, su amiga, su ángel de la guarda.

Compungida a ratos y exultante a otros, presentó a su hermana como una mujer fuerte y locamente enamorada. En pareja y comprometida desde muy jovencita, el matrimonio representaba para ella, pero, sobre todo, para la familia de su marido, el punto máximo de la unión, la aceptación de un compromiso y la firma de un contrato para siempre, irremplazable e irrenunciable. Agnès estaba locamente ilusionada por un hombre que le prometió la luna y la cuidaba como a una princesa. Fue a presentárselo a su madre y a su hermana muy jovencita, seguramente inconsciente de las incompatibilidades que tanto la una como la otra vieron tan pronto como el chico entró en su casa. Al verbalizarlas, Agnès se ofendió profundamente y dijo que el amor no debía ser lógico, ni racional, ni meditado.

Dolors aún pensaba en aquella Agnès deseosa de abandonar su barrio del Clínico de toda la vida para irse a vivir a un chalet en Vallvidrera con el hijo de un banquero. Pero no llegó a tiempo. Gemela de Dolors y, por lo que me contaba, casi idénticas físicamente, parecía que por fin podía poner cara

nítidamente a un nombre que me aportaría mucha luz y me ayudaría a esclarecer la curiosidad que me movía y me conmovía.

Una vez presentados y roto el hielo de formalidades protocolarias, empezamos a hablar como les gusta a los periodistas de verdad: de forma relajada y a corazón abierto. Parecía que los años jugaban a favor de poder tener una conversación sincera, sosegada, profunda y, a ratos, dolorosa.

Dolors empezó a contarme algunos pensamientos que acompañaron a la familia después de la desaparición injusta y cruel. Pensamientos legítimos, tal vez equivocados, pero igualmente válidos para encontrar una explicación, un motivo, una razón. Finalmente, me quedé sin palabras cuando compartió conmigo las suposiciones que la acompañaron durante casi toda una vida. Suposiciones que, aunque no eran más que eso, ayudaban a apaciguar un duelo y a llenar un vacío.

Me miró, extrañada por mis expresiones de estupefacción, de sorpresa y de desconcierto y me dijo que, si uno quería escuchar historias, tenía que estar preparado. No podía estar más de acuerdo con ella, pero la contundencia y la fuerza mental y verbal de aquella mujer de ochenta años me aturdían a la vez que me maravillaban. Dolors me preguntó si de verdad quería que continuara, porque casi no había empezado.

—Dispare —dije, convencido.

De repente, desconozco si para concederse unos minutos y seleccionar la información que deseaba compartir o simplemente porque estaba hambrienta, Dolors levantó la mano para llamar la atención del camarero. Al vernos, el joven se acercó haciendo automáticamente un gesto de disculpa.

—Perdone, pero hace media hora que estamos aquí y no nos ha atendido nadie —dijo Dolors.

El joven, que se tomaba muy a pecho todas las exigencias y observaciones de los clientes, se disculpó un par de veces hasta que Dolors lo cortó y le pidió un café solo y un sándwich mixto. Yo pedí un café y una trenza de crema que había visto al entrar.

—Enseguida —dijo el camarero.

Efectivamente, voló y en menos de dos minutos ya lo teníamos todo en la mesa. Dolors, ansiosa por disparar, empezó tras dar un buen mordisco a su bocadillo.

—Mi madre no tenía duda de que la modista, por motivos que nunca supo explicar, tenía algo que ver con la desaparición de Agnès. No sé si mi

hermana le había explicado algo, pero había cosas que a mi madre le extrañaban.

—¿Cosas como qué?

—Agnès se estaba haciendo el vestido a escondidas con Loreto. Solo lo sabíamos mi madre y yo. El resto de nuestra familia y, sobre todo, la de su futuro marido pensaban que estaba en manos, como no podía ser de otra manera, de Gratacós —explicó Dolors.

—¿Y eso por qué?

—Porque un vestido de Gratacós era tan desproporcionadamente caro que Agnès, convencida por nosotras, tuvo que buscar una alternativa más económica. Le juramos y perjuramos que le guardaríamos el secreto.

—¿Y eso qué tiene de raro?

—Eso nada, pero una madre es una madre, y la nuestra siempre dijo que no se fiaba mucho de esa modista.

—¿Su madre la conocía?

—Mi madre no conocía a Loreto, pero Agnès, al regresar de las pruebas, le hacía comentarios y le contaba anécdotas y mi madre, ni imagino basándose en qué instinto, siempre pensó que no era trigo limpio.

—¿Y usted qué opina de esas suposiciones?

—Creo que estaba absolutamente equivocada —dijo con toda la seguridad del mundo.

—¿Está segura?

—Totalmente. Es más, yo siempre he tenido claro quién hizo desaparecer a mi hermana.

—¿Quién? —le pregunté, asombrado.

—Quien veía a Agnès como un gran deshonor —concluyó ella.

CAPÍTULO 20

El señor Carles detestaba muchas cosas, sobre todo el calor que hacía en verano en Barcelona. Por eso Esterri d'Àneu se convirtió en su pequeño oasis. No llegaba el bochorno y el aire tórrido tampoco le azotaba las mejillas al entrar y salir de la Fonda Agustí.

A excepción de años puntuales en los que se había ausentado, iba a menudo a quedarse estancias cortas que le permitían alejarse de la ciudad y gozar de la naturaleza del Pirineo. La fonda se convirtió en su segunda casa y la señora Margarida se encargaba de servirlo y cuidarlo.

Margarida se extrañó al ver que el señor Carles llegaba, en aquella ocasión, acompañado no del chófer que lo llevaba siempre de Barcelona, sino de una jovencita a quien presentó como su nueva pareja.

Consciente de que sus servicios a partir de ese momento deberían adaptarse y limitarse a las nuevas circunstancias, observó a la chica con mucha curiosidad. Loreto, agotada y mareada del viaje de casi un día entero desde Barcelona, llegó desmejorada y con ganas de descansar. Sin aliento ni ánimo para cordialidades a aquellas horas intempestivas, Margarida siempre dejaba la llave bajo el felpudo para los clientes que llegaban más tarde. La primera noche solían caer redondos en la cama, agotados y rendidos por aquel trayecto tan largo y la carretera infinita.

Por lo que había oído contar al señor Carles, Loreto anticipó que Esterri sería un lugar habitual en el que harían estancias prolongadas. Por eso, al levantarse después del día de viaje, se arregló y se maquilló antes de dejar la habitación para salir a pasear por la fonda y por la plaza del pueblo.

Obedeciendo a un instinto que no solía fallarle, imaginó que sería el centro de miradas curiosas y que daría trabajo a las malas lenguas. Sabía que los juicios de pueblo eran contundentes e implacables y que solo tendría una oportunidad para causar una primera impresión.

Al señor Vidal no le gustaba conducir y, además, lo tenía contraindicado. A pesar de que la medicación le mantenía los ataques epilépticos a raya, a lo largo de los últimos meses se le habían descontrolado y los episodios se repetían con asiduidad. Como conducir suponía una temeridad, los recursos

económicos de los que disponía le permitieron encontrar una alternativa para poder seguir haciendo una de las cosas que más le gustaban: veranear en el Pirineo.

Loreto, obligada a presenciar y gestionar sin ayuda situaciones límite de salud, se vio sometida a broncas monumentales que la acusaban de ser la responsable de cada recaída por no darle todas las pastillas que necesitaba.

Dado su frágil estado de salud, él pagaba generosamente al señor Miró para que lo llevara a la montaña al empezar el verano y lo recogiera a finales de agosto. Era fundamental respetar la necesidad de soledad que buscaba el señor Carles, aunque a partir de aquel verano, Loreto empezó también a formar parte de aquellas expediciones. Aunque las palizas más fuertes las recibió en Esterri, Loreto regresaba siempre a Barcelona habiendo respirado aire puro rodeada de árboles, plantas y prados floridos.

Ante unos ataques epilépticos cada vez más recurrentes y una medicación que parecía poco eficaz para controlar convulsiones y espasmos, el señor Carles decidió recurrir a las hierbas medicinales como remedio alternativo y esperanzador.

Las mañanas soleadas, una vez engullido el opíparo desayuno que les preparaba Margarida, salían a pasear por la montaña. La experiencia y la familiaridad con el entorno hacían que él se conociera todos los rincones y adversidades del terreno y que ella, durante algunos años, se familiarizara con los caminos, senderos y plantas de aquel lugar. Miraba atrás y pensaba en todos los días en los que él la castigaba y la dejaba encerrada en la habitación. Encerrada y consumida por unos rayos de sol que entraban con fuerza por la ventana y por unas montañas enormes que la hacían sentir más pequeña e insignificante todavía.

Los días en que él recurría a castigos y sanciones, ella esperaba pacientemente encerrada a cal y canto a que él regresara para sacarla de su prisión. Recordaba el primer castigo y la astucia con que consiguió engañar a Margarida para que le abriera la puerta de la habitación, aunque, teniendo en cuenta la admiración y respeto que Margarida profesaba al señor Carles, era posible y más que probable que acabara yéndole con el cuento de la trampa que Loreto le había tendido.

Siempre que él consideró que era preciso castigarla o corregirla, ella aprendió a quedarse inmóvil y a esperar con paciencia, ahí encerrada. Tenía

claro que no quería volver nunca más a tener cardenales que tardaran dos semanas en desaparecer.

Margarida pegaba la oreja a la puerta de madera de la habitación de matrimonio cuando oía chillidos y, entre curiosa y atemorizada, escuchaba los insultos que él profería. Aunque ella fue siempre una buena esposa a quien su marido nunca tuvo necesidad de domar, entendía, por lo que le llegaba del otro lado de la puerta, que Loreto se oponía a algunas de las propuestas de él y las rechazaba. Aunque a veces la compadecía y se estremecía por lo que oía, pensaba también que ella nunca hubiera osado mostrar oposición de ningún tipo. Cuando veía a Loreto paseando por la plaza del pueblo pensaba, por un lado, que era una jovencita imprudente, indisciplinada y revoltosa. Por otro, sentía una extraña e incómoda sensación de admiración y libertad. Juntas, le generaban un gran desasosiego y, a veces, sola y sumida en sus propios pensamientos, pensaba qué hubiera sido de su vida si hubiera sido un poco más valiente. Esos atrevidos pensamientos de complicidad que se entretejían inconscientemente por su cabeza la llevaban a imaginar todo lo que hubiera podido ser de su vida si alguna vez hubiera vencido al miedo. Loreto representaba el reflejo de un espejo incómodo y agitador. Un espejo impertinente e insumiso, pero empoderador.

A Loreto le descolocaban los mensajes y actitudes veleidosas en él: tan pronto la estrangulaba en pleno orgasmo como la cubría de besos que conseguían, inexplicablemente, enternecerla.

Ella se observaba, sobre todo al término de conversaciones sosegadas con el señor Carles, y era consciente de que convivía con una dualidad desconcertante. A menudo le daba por pensar que era ella la culpable de las discusiones y la agresividad con la que él la trataba. Pensaba con sinceridad, sumida en un enredo de emociones y sentimientos, que estaba enloqueciendo.

En los momentos de más paz y comprensión salían de buena mañana y, armoniosos, se iban a caminar por la montaña. Subían por los prados y, desde la fonda, veían a lo lejos cómo él le señalaba árboles, plantas y flores para hablarle de ellos. A pesar de la sumisión silenciosa y constante que la consumía y la desintegraba por dentro, parecía que de él salía de nuevo una actitud amable, instructiva y paciente. Con un libro en la mano, identificaban juntos las flores y las hierbas medicinales que florecían en

verano. Ella recordaba buscar, como si fuera un juego, flores de valeriana que él arrancaba para hacerse infusiones. Margarida le contaba y le aseguraba que lo ayudarían a amainar los fuertes ataques epilépticos.

La naturaleza era abundante y generosa, y los días que salían a pasear regresaban con bolsitas cargadas de flores. Incluso en esos momentos, ella sentía miedo e inseguridad y, por lo tanto, continuaban siendo momentos tensos que no respondían en absoluto a una voluntad real y libre.

Margarida, mujer de montaña y gran defensora de las hierbas para curar y equilibrar el cuerpo, les ayudaba a elegir las ramitas más floridas para secarlas y llevárselas a Barcelona. A Loreto le llamaba la atención el culto a la naturaleza y la confianza de aquella gente en las montañas y en las flores. Estaba atenta a todas las conversaciones que Margarida mantenía con el señor Carles y se quedaba embobada escuchando y descodificando aquel acento que oía por primera vez, tan distinto al que oía por Barcelona.

—¡Ni hablar! —exclamó ella—. Cuando la vean, apártense —recalcó con un gesto del brazo.

Él le había preguntado por el acónito y Margarida respondió con contundencia:

—Esta, ni tocarla. Puede matarlos en el acto —sentenció.

Loreto procesaba y almacenaba todo el conocimiento que Margarida compartía tras acumularlo y trabajarlo a lo largo de los años. La propietaria de la fonda, menuda, rechoncha y con un delantal que no debía de quitarse ni para dormir, les preparaba tortilla de ortigas o sopa de berros. A pesar de que le salían del alma algunos remilgos, a Loreto le gustaba escuchar historias y comer platos que Margarida y su familia preparaban con los recursos de su entorno.

Para Loreto, Esterri representó su primer contacto con la naturaleza y con todo lo que traspasaba los límites de la ciudad que la vio nacer y crecer. Lástima, pensaba siempre, que entre las paredes de la habitación de aquella fonda hubiera recibido las palabras más insultantes y las vejaciones más graves. Todo siempre en nombre de la unión forzosa que había secuestrado su vida.

—¡Señor Vidal, teléfono! —exclamó Margarida.

La señora Vidal, siempre omnipresente y con un deber a buen seguro heredado de su madre, marcaba de memoria el número de teléfono de la fonda dos veces cada verano. No se olvidaba de velar por un hermano, como

decía ella, lleno de excentricidades y que, de no ser por ella, se hubiera quedado para vestir santos. Sin embargo, una vez lo tuvo bien colocado con una señorita a quien se había encargado explícitamente su cuidado, Maria podía dedicarse a la fábrica y recuperar todas las horas de sueño y dolores de cabeza que había tenido que consagrar a su hermano.

—Me cuidan bien, no te preocupes —le repetía el señor Vidal.

La interacción fluía, pero él no era ni extremadamente simpático ni extremadamente locuaz. Cuando consideraba que la conversación se alargaba de modo innecesario, se despedía, le decía que la quería mucho y colgaba. Todo siempre, claro, bajo el oído atento de Margarida, que los primeros años rabió al creer que él tenía una amante. Aunque, con cierta desconfianza, Margarida acabó aceptando que, efectivamente, quien llamaba era su hermana y no una señora cualquiera…

Durante el verano en Esterri, algunos días el señor Vidal prefería quedarse al sol leyendo las novelas que se llevaba de su biblioteca de Barcelona. Se encendía una pipa y, desde el balconcito de su habitación o en el jardín de la fonda, se pasaba horas y horas ingiriendo literatura. A veces Loreto le hacía compañía y otras le pedía permiso para salir a pasear por el pueblo. No pasaba muy a menudo, pero, aprovechando sus momentos de más serenidad, ella gozaba de los ratos de libertad que él le concedía. Margarida solía abordarlo cuando él, solitario y maniático, se sentaba en el jardín a disfrutar del silencio.

Aprovechando un día en que la fonda parecía desierta y le habían dado permiso para salir, Loreto agarró un tarro de cristal, unas tijeras de la cocina y los guantes gruesos que Margarida utilizaba para podar los rosales. El sol picaba y fue cuesta arriba por la calle hasta llegar a las primeras colinas que precedían la entrada del bosque. Inmersa en esos instantes de libertad y la naturaleza, reconocía plantas y flores gracias a las conversaciones entre el señor Carles y Margarida y, ya llegando a los primeros prados, desde donde podía contemplar Esterri desde las alturas, oteó una planta azul de flores acampanadas que se levantaba derecha y firme como una torre. A pesar de que no estaba segura de si era acónito o saxífraga, se puso los guantes, cortó cuatro brotes y los guardó en el tarro. Para sus adentros pensaba que, si el azar, frívolo e injusto, le planteaba retos aún más crudos, era más que justo y razonable tener a mano herramientas para despedirse de la vida.

Ciñéndose a las dos horas que parecían un tiempo prudencial que a él no

lo disgustaba, Loreto regresó al pueblo. Margarida, como una madre que espera a su hija, la recibió en la puerta con una sonrisa. Ella la saludó y fue a la habitación a guardarse el tarro en su bolsa de viaje, tras lo cual bajó al jardín y vio que el señor Carles seguía leyendo.

—¡Ya estoy de vuelta! —exclamó, alegre.

Normalmente, la fiesta mayor coincidía con su estancia en Esterri y a él le gustaba ver el baile desde la ventana de su habitación.

El primer año con Loreto bajaron hasta la plaza y sintieron una calidez que en Barcelona era inexistente. A pesar de su condición de forasteros, los saludaban, los invitaban a beber del porrón y a sentirse como en casa. Ella, triste, mustia y siempre en estado de alerta, contemplaba a los niños que correteaban por la plaza y jugaban a perseguirse, caían al suelo entre risas, indestructibles y libres, sonrientes y felices. Él la miraba con disimulo, convencido de que se acercaba el momento en el que, poco a poco, se iría despertando en ella el instinto natural y previsible de querer engendrar vida.

Fue esa misma tarde cuando Margarida, sorprendida por unos ruidos procedentes del piso superior, decidió pasar por encima de la privacidad y el respeto que siempre había intentado mantener, agarró la llave de la habitación cuatro y subió corriendo por la escalera. Antes de que tuviera tiempo de llegar, oyó un fuerte portazo y vio que el señor Carles salía de su habitación furioso y casi delirando.

Ella se pegó a la pared y él le propinó un empujón al pasar para abrir de un tirón la puerta principal de la fonda. No la echó abajo, pero sí hizo saltar un puñado de astillas y cayeron al suelo un par de listones desprendidos a causa del portazo.

Margarida, nerviosa y pillada totalmente por sorpresa, echó la llave en la puerta principal y subió a la habitación, donde estaba segura de que encontraría, quién sabía si viva o muerta, a aquella jovencita.

Loreto yacía en la cama bocabajo y con la cabeza bajo la almohada. No había sangre, pero en la habitación reinaba el caos. Se intuía el desenlace de una batalla que había desvelado la siesta ceremoniosa que Margarida se echaba todas las tardes en la butaca de la entrada de la fonda. Consolada, sudada y arrancada de una pesadilla atroz, Loreto, sentada con la espalda apoyada en la pared y con la cara descompuesta de tanto llorar, miró a Margarida y le dijo: «No sé si quiero ser madre». Ella dio un paso atrás y parpadeó con perplejidad.

De repente, la recorrió un escalofrío extraño que le puso la carne de gallina. La miraba invadida por una sensación molesta entre la compasión y el desdén. Una sensación que ya la había avasallado anteriormente y le había dejado una profunda incomodidad.

Venciendo normas y miedos, Margarida dio un paso al frente para abrazar aquel cuerpo roto y tembloroso, aún enrojecido por los golpes.

Aquellas migajas de calor humano impulsaron a Loreto a narrar y compartir escenas, incidentes y episodios que tenía grabados a fuego. De ese día, principalmente, pero también de tantas otras ocasiones.

La mirada de Margarida era fija y profunda, pero totalmente seca e infranqueable. Escuchaba con atención los relatos feroces e inverosímiles hasta que, seguramente superada, se echó atrás y, desde una distancia prudencial, la miró a los ojos y le dijo:

—Escápese. Huya y no vuelva nunca más.

Loreto, como siempre sucedía al llegar esos momentos, se debilitaba y se empequeñecía. Sentía, sin saber explicarlo, un fortísimo vínculo emocional con el señor Carles, a quien, además, tenía mucho miedo. Sabía que solo lo tenía a él; ni amigos, ni dinero, ni un sitio donde ir. Sus padres le habían dicho que con él estaría mejor que con nadie y que no le faltaría nunca de nada. Ni a ella ni a ellos. Y ella se debatía moralmente entre la decisión y las represalias de escapar y abandonar al hombre que se lo había dado todo y se lo había enseñado todo. A pesar de que muchas veces la ridiculizara y la hiciera responsable de su conducta hacia ella, Loreto sentía algo que no era capaz de explicar, una cosa que la imposibilitaba de verdad dar un puntapié al tablero de juego. Sabía también que, llegado ese momento, el desenlace no sería ni sencillo ni ordinario ni discreto. Sería épico.

El regreso a Barcelona fue mudo. Nadie tenía nada que decir y un único pensamiento ocupaba la mente de Loreto: cómo sobrevivir.

CAPÍTULO 21

—Un deshonor para una familia de renombre de Barcelona —prosiguió, tomando aire—. Una familia únicamente eclipsada por la belleza de Agnès y nada más. La veían como un maniquí al que exponer, todos presumían de su físico espectacular. Un día, la que iba a ser su suegra la echó de un almuerzo y la llamó perdularia.

—Y la dignidad de Agnès, ¿dónde queda, en todo esto?

—De viaje —bromeó Dolors, rebajando la dureza de sus palabras—. Agnès estaba profundamente enamorada, no había más razones.

—Y el novio, ¿qué decía? —pregunté. La figura de él quedaba totalmente desdibujada en el relato.

—Lluís era banquero, como su padre, alto como un pino, atractivo, inteligente y honesto. Una persona sana y alejada de las pretensiones y los complejos de su familia.

—Y a Agnès, ¿la quería?

—La adoraba, pero la presión que recibía de su familia era tan intensa que no se lo pusieron nada fácil. En ese mar de opulencia, frialdad y apariencias que lo rodeaba, él era el único que la quería.

—¿Y usted cree que la familia pudo tener algo que ver con la desaparición de Agnès?

—No lo creo, lo sé —dijo con rotundidad.

La contundencia de Dolors era muy exagerada. Yo tenía mis dudas acerca de si la seguridad con la que hablaba respondía a un análisis objetivo y sincero de los hechos o no era más que un relato lleno de rencor y resentimiento que ella, con los años, había abocetado, dibujado y construido. Fuera como fuese, me parecía un relato perfectamente creíble y no tuve ningún inconveniente para seguir prestando oídos a la biografía de una señora que desapareció el día que había subido por la escalera de mi casa.

—Él, íntegro y noble, a diferencia de la gente que tenía alrededor, nunca dejó de querer a Agnès. La amaba y le regalaba muchas flores. Le dijo a su madre que se casaría con ella porque era la mujer de su vida.

—Y la madre, ¿cómo reaccionó?

—Le dijo que se pensaba que la mujer de su vida era ella —replicó con sorna—. Y que la belleza, si no iba acompañada de clase, ni era belleza ni sería bienvenida en su casa.

—Clasismo recalcitrante —sentencié.

—Y falso, porque nosotros no éramos ricos como ellos, pero las dos recibimos una educación exquisita y teníamos unos padres excelentes —dijo, indignada—. Y le aseguro que, lo que es educación, no nos faltaba.

—Es injusto, pero me imagino que la batalla de clases era mucho más evidente en los años sesenta que ahora.

—Y suerte tenemos de que el amor ya no deba pasar por el colador del dinero ni del horrendo honor.

Yo asentía sin parar porque lo que acababa de oír era un parlamento de una lucidez y sinceridad apabullantes. La miré. Ella parecía cansada. Apuró el café que le quedaba en la taza de un trago.

—Por lo que me dice, deduzco que para usted fue la familia de él la responsable de hacerla desaparecer tres días antes de casarse —le dije.

—Sí, para mí es muy evidente, pero, como nunca se encontró su cuerpo, no se ha podido analizar ni demostrar nada —concluyó con evidente resignación.

La situación era francamente triste, a pesar de la entereza con la que la relataba. Como tampoco nombró a su padre en ningún momento, decidí tratar de esclarecer un poco el callejón sin salida al que parecía que habíamos llegado.

—¿Y alguien más de su familia, amigos o conocidos aportó algún dato, otro punto de vista? —pregunté.

—Inmediatamente después de la desaparición no, pero a lo largo de los años setenta hubo otros casos de chicas muertas o desaparecidas pocos días antes de su boda y mucha gente de nuestro entorno, hasta yo misma en algún momento, alimentados por una prensa que dibujaba la figura de un único asesino o secuestrador, lo creímos.

—¿Y en qué quedaron todas esas elucubraciones?

—En agua de borrajas. Bien sabrá usted que los métodos policiales de los sesenta, setenta y ochenta no tenían nada que ver con los de ahora. Aunque muchas eran futuras novias, de las desaparecidas ya no se supo nunca más, y

de entre las que aparecieron muertas, algunas habían sido violadas o decapitadas, mientras que otras fueron halladas intactas…

—Es decir, que la policía no encontró un patrón común —deduje.

—A pesar de que creo que ni la eficiencia ni la eficacia eran la razón de ser de la policía de entonces, diría que no.

—Casos cerrados y sin resolver y familias como la suya que han tenido que llevar a cuestas un duelo muy duro.

—Exacto, no había nada más que hacer. Nosotros en particular no podíamos acusar a nadie, porque no teníamos nada más que sospechas e intuiciones. Hasta conozco un par de casos de chicas a las que se indujo a casarse con hombres a los que ni querían ni deseaban y que, de repente, desaparecieron.

—¿Se escaparon?

—Sí, se fueron muy lejos, y bien que hicieron, a pesar del sufrimiento de las familias.

—Ya la entiendo, ya. La infinidad de posibilidades era enorme —pude concluir.

—Sí, recuerdo que mi madre, en algún momento de desesperación, llegó a imaginarse y hasta a creer que Agnès se había fugado, cansada y agotada de tantos desprecios por parte de la familia de Lluís, y se convenció de que tarde o temprano volvería —explicó, con los ojos empañados.

—Pero no fue así —supuse.

—Han pasado exactamente cincuenta y tres años y, como entenderá, hace tiempo que se nos agotó la fe y se nos murió la esperanza.

—Lo siento muchísimo, pero le agradezco su sinceridad —le dije de corazón—. Me parece usted una persona excepcional. Para lo que necesite, ya tiene mi número.

Echamos atrás las sillas y nos dimos un abrazo. Se había creado una situación muy especial entre nosotros, ya que yo percibía que Dolors se había abierto en canal con la única intención de compartir su historia con alguien que había mostrado interés por una persona a quien ella amó y admiró hacía más de cincuenta años. Altruista y sincera como se había mostrado a lo largo de toda la conversación, lo único que me quedaba por hacer era pasar por caja y pagarle el desayuno de muy buena gana.

Nos despedimos con brevedad y salí de la cafetería para seguir la calle Córcega hasta Diagonal para tomar el metro hasta mi casa. Aún quedaba

gente sincera, noble y desinteresada en un mundo de locos, cosa que me parecía una noticia excelente.

Aún era pronto y me quedaba algo de tiempo antes de ir a trabajar. Una cosa en particular de lo que me había contado Dolors me rondaba por la cabeza y quería comprobarla. Me parecía cuanto menos curiosa la normalidad que suponía el hecho de encontrar a chicas muertas y desaparecidas a lo largo de tantos años y que, por lo que ella contaba, los indicios o puntos en común fueran tan diversos que se hubiera descartado la idea de un nexo y un culpable. Aunque era posible, me había llamado la atención lo bien que recordaba aquella sucesión de muertes o desapariciones de jóvenes.

Pensé que la prensa, una vez más, podría ayudarme a situarme y a matizar lo que acababa de oír. Tendría que recurrir de nuevo a la hemeroteca de La Vanguardia. Crucé los dedos y me prometí que ese día, igual que el anterior, acabaría satisfaciendo la curiosidad que me desbordaba.

Sílvia y Gemma captaron rápidamente que ese día también era una jornada de silencio. No solíamos concedernos días consecutivos, pero les conté brevemente el punto en el que me encontraba. Empáticas y generosas como siempre, me dijeron que ellas podrían ayudarme a hurgar en las hemerotecas en busca de algún indicio. Agradecido, les dije que no hacía falta y, siguiendo los mismos pasos que el día anterior, tecleé en el buscador «chicas jóvenes desaparecidas en Barcelona» y «caso chicas muertas en Barcelona».

Desafortunadamente, había muchas noticias de chicas violadas, asesinadas o desaparecidas. Desde los inicios cronológicos de la búsqueda, las noticias aumentaban exponencialmente con el paso del tiempo. Desconozco si siempre hubo tanta violencia o si, sencillamente, con el paso de los años se venció el miedo de denunciarla y visibilizarla.

Me pasé literalmente una hora y media leyendo y releyendo noticias, crónicas y reportajes desde los años setenta hasta la primera década de los dos mil. La lamentable ferocidad atroz y destructiva del ser humano era infinita y llenaba páginas y más páginas de inagotables historias trágicas.

Al constatar que no lograría dar con nada concluyente, pensé que seguramente mi búsqueda fuera demasiado amplia y debía acotarla. A pesar de que Dolors no lo creía en absoluto, modifiqué y ceñí la búsqueda a uno

de los rasgos en común de todos los casos y escribí «caso novias desaparecidas o muertas en Barcelona».

La prensa apuntaba, aunque sin unanimidad y tampoco de forma flagrante, que, a pesar de la falta de indicios, coincidencias y hechos objetivables, podía tratarse de un único asesino. Sin embargo, las noticias que empezaron a aparecer a partir del 2000, muy probablemente tras no lograr dar con un perfil concreto durante más de treinta años, siguieron denunciando asesinatos puntuales de chicas con la idea, cada vez más desdibujada, de un único asesino.

Después de entrar y registrar prácticamente todos los resultados de la búsqueda que contenían los sintagmas que yo había introducido, me topé con un anuncio publicado en La Vanguardia el 3 de febrero de 1976 que decía: «Se busca a Mireia Mundet, desaparecida en Barcelona el 25 de enero», con una fotografía a gran tamaño en blanco y negro de la chica y debajo, un apunte revelador en forma de pregunta que claramente apelaba a la conciencia colectiva del momento: «¿Otra víctima más del asesino de novias de Barcelona?». Junto al cartel, un número de teléfono que debía de remitir a otra familia llena de esperanza que buscaba respuestas. El cartel fue para mí un revulsivo y un indicador útil de dónde debía dirigir mi mirada y atención. Puse de nuevo los ojos en la cara de Mireia Mundet y supe casi a ciencia cierta que no era la primera vez que la veía. No sé exactamente si me resultaba familiar sin más o me la había cruzado en el pasado. Exprimiendo a fondo el recuerdo difuso y turbio que me rondaba por la cabeza, conseguí recordar dónde había visto aquella cara. Tenía que regresar a Gràcia de inmediato.

CAPÍTULO 22

La quietud del otoño, con los árboles deshojados y el frío que empezaba a abrirse paso, compensaba la intensidad de un verano especialmente frenético y convulso. El otoño en la ciudad era plácido y tranquilo. En el chalet de la calle Manacor reinaban la paz y el silencio. Al parecer, las turbulencias estivales habían desencadenado una tregua de las estridencias verbales y los actos violentos.

Loreto se dedicaba a escribir un diario que se convirtió en su gran confesor. Levantaba la cabeza y pensaba, oyendo la música que él tenía puesta de fondo, que hacía ya seis años que estaba junto a aquel buen hombre y, cumplidos los diecisiete, la vida que imaginó en su niñez no tenía nada que ver con todo lo que había vivido hasta ese momento.

Entre triste y melancólica por un otoño de cielos grises y de llovizna suave, él se le acercó por detrás, en silencio, con suavidad, y le puso las manos sobre los hombros.

Ella cerró el cuaderno apresuradamente para esconder lo que se escribía y se movió, tratando de zafarse de unas zarpas que la incomodaban.

Rosa, con su sempiterna diligencia, limpiaba todas las mañanas sin falta el chalet de arriba abajo. Desde la cocina, Consol la miraba y le decía que no sabía para qué limpiaba tanto si al día siguiente volvería a estar todo patas arriba. Cuando el señor Carles anunciaba cada año que el chófer Miró venía a recogerlo para marcharse a Esterri, ellas sabían automáticamente que empezaban sus vacaciones. Los ojos les hacían chiribitas ante la perspectiva inmensamente feliz de pasar de librar un día a librar treinta. Se abrazaban con fuerza, lanzaban sus batas y delantales por los aires y franqueaban la puerta, ansiosas por recuperar la vida que se les escapaba.

El final del verano era cuando la vida regresaba al chalet y cuando Loreto observaba a Rosa y Consol compartiendo como buenas amigas las penas y alegrías del mes que habían pasado separadas. Aunque Loreto era la señora de la casa, hubiera deseado, aunque fuera solo unos instantes, derrumbar las barreras que las separaban y compartir algo de vida con ellas. Rosa, siempre tan atenta como discreta, no pudo resistirse.

—¿Se encuentra bien? Hace días que la veo muy pálida —le preguntó.

—Estoy algo mareada, pero me encuentro bien, gracias.

Los mareos y las náuseas se apoderaron de un cuerpo que poco a poco iba dando señales de que albergaba otra vida en su interior. La discreción de Loreto era total y absoluta y se ocupaba de buscar todos los momentos de soledad que podía para no tener que compartir con nadie su rostro macilento ni la necesidad constante de ir al baño.

Ante la evidencia de que aquel cuerpo engendraba una vida, el señor Carles, seguramente incapaz de afrontar lo que moralmente era inaceptable, la rehuía. Aterrorizado por una realidad inexorable, llegó un punto en el que algunos días solo coincidía con ella en el momento de acostarse.

Desnuda, sola y desamparada, ella acudió a él antes de dormirse y, asegurándose de que la puerta estaba cerrada, lo miró, se sujetó la barriguita incipiente y le dijo:

—Estoy embarazada.

—Baja la voz —imploró él sin mostrar sorpresa alguna.

A ojos del señor Carles, el embarazo consolidaba y fortalecía su relación, aunque su nuevo estado se convertiría en el secreto mejor guardado del chalet. Debía imponerse el mutismo y Loreto tendría que ocuparse personalmente de comunicárselo a Consol y a Rosa bajo la amenaza de despedirlas si alguna de las dos revelaba lo que hubiera podido convertirse en la deshonra familiar y en la mayor impudicia de su vida.

Alrededor del señor Vidal predominaba una calma tensa, una felicidad truncada por unos acontecimientos que se producían a destiempo.

—Tenemos que casarnos —exigió él.

Ella permaneció en silencio, en pie frente a la cama, acariciando con sus manos suaves y pequeñas lo que hacía algunas semanas que intuía. Se sentía viva, después de muchos meses. A pesar de toda la violencia acumulada en ese cuerpo y esa alma, la naturaleza era una fuente de vida imparable.

—¿Me has oído? —insistió él.

—Sí.

—Y tendrá que ser pronto, para no dar que hablar.

Loreto seguía en silencio, abstraída por una realidad que la emocionaba y la inquietaba a la vez. Le atormentaba en cuerpo y alma pensar que, después de tanta, tantísima oscuridad, la primavera, testaruda y valiente, aún tenía fuerza para abrirse paso. Lo miraba en un silencio riguroso mientras

pensaba que rechazar el matrimonio era el último fragmento de su dignidad quebrantada, si aún conservaba un ápice. Sabía, estaba absolutamente convencida de que prefería morir antes que formalizar religiosamente aquella unión pactada.

—No sé si quiero casarme —dijo, con una voz tímida y raída.

Él se giró hacia ella, sorprendido por la desvergüenza y la indecencia de aquellas palabras atrevidas e ignorantes de la moral y la ética que siempre habían acompañado y guiado la vida de la familia Vidal.

—Si no nos casamos, no podrás ser madre.

Ella, físicamente cansada y psicológicamente rendida, entendía por sus aseveraciones que el matrimonio era la única vía para dar a luz a la vida que llevaba dentro. Agachó la cabeza y las lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas.

—No empecemos —dijo él, visiblemente nervioso, pero, cuando Loreto empezó a bramar con fuerza, él se le acercó para gritarle muy fuerte al oído —: ¡He dicho que no empecemos!

Por la mente del señor Carles discurrían todas las posibilidades del mundo, aunque sabía a la perfección que, a pesar de saber que la edad mínima para casarse eran los dieciséis años, la mayoría de edad se alcanzaba a los veintitrés. Reflexivo y sumido él también en una nebulosa de pensamientos, era consciente de que necesitaría el permiso firmado de sus padres para poder contraer matrimonio.

—Necesitamos la colaboración de tus padres —dijo, mirándola—. Necesitamos que te den permiso, porque eres una criatura —añadió, con rabia.

A lo largo de las dos semanas que siguieron a la noticia, Loreto se pasó la mayor parte del día tumbada y descansando. Aunque seguramente aún no habían pasado ni dos meses en su nuevo estado, se palpaba la barriga con inocencia en busca de señales de vida y se emocionaba. Tras un primer momento de agitación y pánico, se acariciaba el vientre y sentía que empezaba a nacer un vínculo que sería eterno y para siempre.

Consol, conocedora y cómplice de su hermetismo, le cocinaba dieta blanda para recuperar aquel cuerpo débil que parecía desintegrarse poco a poco. Él, apático por naturaleza, había recuperado una energía exangüe y se paseaba de arriba abajo con papeles en las manos y la angustia reflejada en el

rostro. En ese momento nacía un reto emocionante que cambiaría para siempre la vida de Loreto. Y también la del señor Carles.

Rosa y Consol habían recibido órdenes de cuidar única y exclusivamente de ella, que seguía abatida y desanimada, seguramente a causa de aquella semilla que crecía y por toda la guerra que su cuerpo acarreaba.

El señor Carles nunca permitió que un médico visitara el chalet para corroborar lo que la sabiduría popular había determinado que era un embarazo. Los verdugones que Loreto tenía por todo el cuerpo eran tan explícitos que Consol acabó por aconsejarle que fuera a que le miraran aquel problema grave de coagulación.

Paralelamente a las semanas monótonas dedicadas a recuperarla en cuerpo y alma, el señor Carles llamaba a personas de su confianza para pedir consejo y ver de qué forma debía proceder en un intervalo relativamente breve de tiempo.

Lamentablemente, un martes de octubre, Loreto despertó por la noche con fuertes dolores de barriga. Recordaba, concretamente, unos cólicos estremecedores y unos calambres en la zona lumbar. Él encendió la luz y la observó mientras ella se retorcía y gritaba de dolor. A ratos paraba, pero entonces los pinchazos regresaban con tanta intensidad que ella cerraba los ojos con fuerza para que se le pasara rápido y pudiera volverse a dormir.

Fueron exactamente dos noches de dolores atribuidos a unos primeros meses difíciles de embarazo, aunque ella, por la mañana, inocente e inconsciente de la tragedia que estaba por venir, entró en el baño, cerró la puerta e, igual que aquella pequeña vida que tanto amaba y deseaba, se sintió morir.

Él ya tenía el camino trazado y prácticamente todos los papeles y trámites a punto para consumar un matrimonio que diera amparo a una vida que había llegado demasiado pronto. Desayunando frente a frente en la mesa principal del chalet, Loreto, ante un dolor que parecía reproducirse sin fin, se quedó mirándolo fijamente. Después de asegurarse de que el servicio estuviera distraído en la cocina, le dijo, con los ojos bien abiertos mientras todas las escenas de violencia le desfilaban por la mente: «Eres un asesino».

CAPÍTULO 23

Era un día especial porque Clara regresaba, después del episodio del que Loreto todavía se avergonzaba profundamente, para probarse el vestido de novia. Se casaba en tres días y era la última prueba. Nervios e ilusión a partes iguales. En días como ese, Loreto sabía que no podía fallar. Y no solía hacerlo.

***

—¿Eres Xavi? —me preguntó ella.

—Sí, ¿qué tal?

—Xavi, gracias por subir el otro día —me dijo por enésima vez.

Loreto tardó tres días en llamarme para decirme que ya se había recuperado del último susto y que había hablado con Clara para disculparse. Por lo que me contaba, fue una conversación larga, pero la chica había aceptado las disculpas y se había compadecido de los estragos de la edad y el estado senil que empezaba a afectar a la modista.

—Cuídese y ya sabe dónde estoy —dije—. Por cierto, ¿cuándo es la boda de Clara?

—El sábado —respondió ella con emoción—. Y hoy viene a hacerse la última prueba.

—Fantástico, y haga el favor de comportarse —respondí en tono jocoso, a lo que ella respondió con una carcajada.

Sonó el timbre y apareció Clara oculta tras unas gafas de sol de forma triangular y con una camisola blanca. Esbelta y guapa como era, subía la escalera con una bolsa en la que llevaba los zapatos que se pondría el día de la boda para probárselos con el vestido acabado y ver brillar a la princesa que llevaba dentro.

Apareció sola de nuevo, sin necesidad de la aprobación de nadie para las telas o el velo que había elegido, y llamó al timbre. Loreto la recibió con los brazos abiertos. Tenía preparada una pequeña tarima en la sala. Las novias se encaramaban a ella y Loreto repasaba los largos y sobre todo comprobaba,

siempre tres días antes del gran día, si las telas se habían dado de sí por su peso gravitacional.

—No sé si pedirle que me acorte un poco la manga derecha —dijo Clara.

—No, porque no quiero que, al abrir los brazos para abrazar a los invitados, parezca que el vestido te queda corto —replicó ella mientras la inspeccionaba.

—Tiene razón.

Se puso los zapatos de la boda y Loreto colocó, como siempre hacía en las pruebas finales, dos espejos en un ángulo obtuso frente a la novia para que pudiera verse bien desde todos los ángulos. A Clara el vestido le iba que ni pintado, no hacía falta ningún retoque.

—Precioso —decía para sí mientras se miraba y se daba la vuelta para verse por detrás.

—Eres una princesa —le decía Loreto de brazos cruzados mientras la observaba a una cierta distancia.

Clara se quitó el vestido y Loreto se lo guardó en una funda para que se lo pudiera llevar sin que se arrugara. La joven volvió a vestirse con su ropa y los zapatos de calle. Pletórica y radiante, se acercó a Loreto y la abrazó fuerte. Concluía en ese momento un proceso largo y bonito de creación y expresión personal. Y todo de la mano de una señora de gusto fino, exquisito y moderno.

—Muchas gracias —dijo, aún estrechándola entre sus brazos—. Soy muy feliz.

—Yo también, preciosa.

Cuando deshicieron aquel abrazo sincero, Loreto, frente a Clara, le agarró las manos y la miró a los ojos.

—¿Estás convencida de casarte? —le preguntó, cosa que la dejó un poco descolocada.

—Convencidísima —respondió ella entre risas—. Con el vestido terminado, ya no hay marcha atrás.

Loreto le soltó las manos y le pidió que se sentara a la mesa. Encima había un jarrón con tres hortensias de color azul cielo que desprendían serenidad y acogida.

—¿Cómo le pago la parte que falta? —preguntó Clara.

Loreto se había ido a la cocina y regresó al momento con una tetera blanca de porcelana, visiblemente llena, a juzgar por el esfuerzo con que parecía

sujetarla. Puso sobre la mesa dos tazas de té y dos platitos. En una de las tazas, la suya, había puesto una rodaja de limón. La otra la puso frente a la novia. Clara cubrió la taza vacía con la mano mientras juraba y perjuraba que no quería tomar nada. Aun así, la modista, insistente, consiguió llenársela con una infusión fresca que tenía preparada.

—De verdad, no sé si son los nervios, pero no me entra nada —dijo Clara.

—¿No me dejarás ni invitarte a té con pastas? —insistió Loreto mientras sacaba una cajita redonda de un mueble bajo.

Como gesto de agradecimiento por todo el proceso de diseño y confección, Clara dio un bocado a una galleta de mantequilla reblandecida recubierta de azúcar. Era tan dulce que tuvo que mojarse los labios con la infusión que había preparado Loreto.

—Qué rica y que dulce —comentó.

—Para pagar lo que falta, dejemos que pase la boda y luego ya echaremos cuentas.

—¿Y si me escapo y no vuelve usted a verme nunca más? —bromeó Clara.

—Te encontraría, no creo que vayas a ir muy lejos —respondió Loreto con una contundencia extraña.

Estaban sentadas la una junto a la otra, las dos con las piernas cruzadas, las manos sobre el regazo y hablando de los detalles de la boda. Era un tema que Loreto dominaba, puesto que era recurrente entre sus clientas que, a menudo, debido a su dilatada experiencia laboral, le pedían opiniones y consejos. Hablaban, concretamente, de las invitaciones, de los invitados, del banquete y, sobre todo, del futuro marido.

Clara estaba muy enamorada a pesar de su independencia, que, según expresó a Loreto, temía perder una vez casada. A ella le daba pena que chicas tan jóvenes y espabiladas como Clara quisieran, con tanta decisión y convencimiento, poner nombre a ese sentimiento y oficializarlo para siempre. El error que todas ellas estaban a punto de cometer y firmar sería la mayor condena de su vida. Y aquello no era invento ni exageración; era una lección que había vivido lo suficiente para aprender.

—Me llaman —dijo Clara, nerviosa de repente mientras se hurgaba en el bolso en busca del móvil.

Sin saber si se trataba de una llamada realmente importante, encontró el móvil en el fondo del bolso y vio el nombre de su futuro marido en la

pantalla. Emocionada por una sorpresa que se pensaba que no llegaría, respondió cuando él estaba a punto de colgar. Loreto la miraba muy rabiosa.

—Ya voy, ya voy. Sube un poco la rueda a la acera —le dijo Clara muy rápido—. Que ya bajo, sí, sí… —Estaba visiblemente conmovida.

Clara se levantó bruscamente. Recogió sus cosas, se ató bien los cordones de las zapatillas y metió sus enseres de cualquier manera en el bolso.

—Cuánta prisa de repente —le soltó Loreto, molesta.

—Me prometió que bajaría de Palafrugell a buscarme y no le creí —aclaró ella aquella aparición repentina.

—No te vendrá de un segundo. Haz el favor de terminarte el té —le ordenó Loreto mientras se levantaba para agarrar la taza y acercársela a la boca.

—¡Me esperan, tengo que correr! —respondió Clara antes de coger con delicadeza el vestido dentro de su funda del respaldo del sofá.

Loreto seguía de pie junto a una mesa que un momento antes había sido escenario de reflexiones y opiniones de mujer a mujer. Una mesa que había quedado abandonada de repente donde aún había una pastita mordisqueada y dos tazas de té, una prácticamente llena y la otra prácticamente vacía.

—Me voy, me voy, me voy… —decía Clara mientras recorría el pasillo y lanzaba besos a Loreto—. ¡Piense mucho en mí el sábado! Le guardaré un ramillete de flores de una de las mesas del banquete.

Clara cerró la puerta y Loreto oyó el portazo desde la sala. Todo había ido muy deprisa. Tan deprisa que no había tenido tiempo de darle un beso para despedirse. Afligida por el destino que la aguardaba, Loreto se compadeció de aquel ángel blanco y puro. Sin querer hacerse mala sangre, recogió la mesa aún puesta y ordenó la sala someramente. Se llevó las dos tazas a la cocina y las vació en el fregadero. Dio cuenta de la pastita mordisqueada y sacudió el mantel en el patio de luces al que daba la ventana de la cocina. Apagó la luz, regresó a la sala y, entre triste y enfadada, agarró el teléfono para marcar el número de Pau. Se lo sabía de memoria y normalmente él, al reconocer el número, respondía enseguida. En esa ocasión, sin embargo, esperó al cuarto timbrazo.

—Hola, señora Juncadella —abrió la conversación con su sempiterna broma.

—No hace falta que vengas. No ha ido bien —dijo ella, y colgó.

CAPÍTULO 24

Las últimas palabras que Loreto dedicó al señor Carles supusieron el mayor trance de su vida. Se levantó, seguramente consciente del precio de toda la violencia gratuita perpetrada y se encerró durante exactamente una semana en una habitación del segundo piso.

Era absolutamente injusto, a su parecer, que hubiera tenido que producirse una muerte para que terminara por completo la dinámica salvaje inaugurada en París. La tristeza rezumaba de las paredes de dos habitaciones cerradas a cal y canto en las que reinaba el silencio sepulcral del duelo que había invadido el cuerpo de una madre desolada. A pesar del disgusto de un padre indeseable, ella hubiera querido y hubiera amado a la vida que crecía en su interior. A él empezó a profesarle, de forma profunda y eterna, un odio infinito.

Aquel invierno de principios de los años sesenta, después de un otoño gélido y doloroso, el señor Carles se le acercó, prudente y, en apariencia, arrepentido, para pedirle perdón. Al rememorar la escena, ella tenía la sensación de que se le acercaba, después de años sin verlo, el Carles maestro, sensato y cuidadoso, el hombre que la había educado, querido y acogido tras el acuerdo cerrado con sus padres. Levantó la cabeza, consciente de que, a buen seguro, las miradas de las dos criadas curiosas se encontrarían en mitad del comedor, y rechazó su intento de agarrarle la mano. Cruzó las piernas y, clavándole la mirada en unos ojos hipócritamente enrojecidos, le dijo que ni se le acercara y que no lo perdonaría nunca.

Las semanas y los meses que siguieron a la tragedia trajeron una calma relativa, a veces tensa pero que, en general, suponía no vivir constantemente en estado de alerta. Fueron meses de reconstrucción, de soledad, de toma de conciencia de todo el daño, de comunicación constante, sincera y franca con el alma. De meditar y entender todo lo que había vivido en un período relativamente corto. De vivir y aceptar, en resumen, lo rota que estaba por dentro y por fuera.

Él entendió el proceso en el que Loreto se hallaba inmersa y, con la boca pequeña, pero haciendo gala de una empatía sorprendente, le informó de

que la boda se posponía a causa del infortunio que les había tocado vivir. Cínica y aguda como era, ella lo miró y le dio las gracias por respetar su voluntad de no casarse. Se dio la vuelta tras descodificar correctamente un agradecimiento fingido y lleno de rencor y volvió a encerrarse en la habitación en la que dormía, donde permanecería solo unos meses más. La herida era demasiado grande para fingir que no había pasado nada.

Aquellos meses le permitieron observarse y darse cuenta de que, a pesar de la fortaleza de un cuerpo que había resistido y de un alma que se había acorazado, estaba devastada. A causa de todos los abusos sufridos enmarcados en un supuesto pacto matrimonial que lo justificaba todo, vivía con una constante sensación de ausencia. Los bloqueos mentales y los estados de alerta permanentes habían desconectado su cuerpo y su mente por una cuestión de pura protección. Una desconexión tan necesaria, tan natural y tan humana que parecía imposible de reconstruir.

Los meses y los años que seguirían también le hicieron darse cuenta de su reticencia, cruel pero real, a aproximarse a un cuerpo y concretamente a unos genitales que la transportaban al horror. Triste y, a ratos, horrorizada, creía que el reencuentro y la reconciliación con el placer serían imposibles.

El chalet y la presencia del señor Carles no eran idóneos para empezar un proceso real de rehabilitación. Aunque la distancia entre los dos era tan visible como notable, Rosa y Consol salvaban los silencios y llenaban el vacío que se abría cuando estaban los dos juntos. Nunca le preguntaron por su estado, cosa que ponía de manifiesto que, ante ciertas evidencias, algunas preguntas eran innecesarias.

Si aceptar y aprobar su relación a pesar de la gran diferencia de edad ya se le hizo muy cuesta arriba, él prefería gobernar aquel nuevo contexto sin estridencias. Estaba dispuesto a concederle todo el espacio y el tiempo que necesitara, siempre que fuera bajo su mismo techo. Estaba confiado y convencido, sin embargo, de que la memoria era caprichosa y que, con el tiempo, todo volvería a ser como antes.

Una mañana de mayo estaba leyendo el periódico mientras desayunaba con un té verde con pedacitos de limón que Rosa le había preparado. El resol que entraba por los ventanales del jardín iluminaba las páginas del periódico y dibujaba su sombra silueteada en el suelo del salón. Loreto abrió la puerta de su habitación y, deslumbrada por el sol de un día radiante, lo observó desde una cierta distancia. Al levantarse algo más tarde que de costumbre, se

encontró el desayuno preparado en la cocina con una nota que decía: «Buen provecho, bonita». Recordó y, posteriormente, entendió, aún medio dormida y legañosa, que ese día era jueves y, por lo tanto, Rosa y Consol libraban. A las ocho de la mañana, puntualmente, salían por la puerta.

Loreto cogió el plato y dejó dos cazos medio llenos de agua calentándose en los fogones. Regresó al comedor y puso su plato con el desayuno frente al de él. Hacía exactamente tres meses que no se dirigían la palabra ni coincidían a una distancia de menos de cinco metros. Ella retiró la silla y él, sorprendido al verla franquear la distancia prudencial a la que ya se había acostumbrado, levantó la cabeza y se quedó mirándola.

—Buen provecho —dijo Loreto mientras daba el primer bocado.

—Igualmente —respondió Carles, desconcertado.

Los nervios y la perplejidad lo llevaron a seguir dando sorbitos de su taza, a pesar de que estaba visiblemente vacía, y continuara leyendo el periódico con aire de concentración.

Cuando tenía el desayuno a medias, se levantó y regresó a su habitación. Él, sin inmutarse, proyectando una indiferencia irreal, seguía leyendo las páginas del periódico inclinado sobre ellas.

Loreto salió de su habitación con el tarro en el que guardaba las hierbas y preparó una mezcla de tallos y flores que arrojó a uno de los cazos que hervían vivamente. El tarro volvió a guardarlo en su habitación. Al regresar a la cocina, contempló el estante en el que tenían expuesto todo un herbolario y cogió unas ramitas de romero, la hierba a la que siempre recurría para estimularse el apetito. Regresó al comedor y dio los últimos bocados a un desayuno que se notaba que hacía rato que estaba preparado. Al mirarlo a él de reojo y ver que parecía generarle muy poco interés, carraspeó y él levantó la cabeza.

—¿Le parece bien que hablemos? —preguntó, cosa que sorprendió a Carles.

—¿De qué tenemos que hablar?

—¿Quiere un poco más de té? —preguntó ella, agarrando su taza para comprobar que estaba vacía.

—Por favor.

Ella echó atrás su silla, se levantó y se llevó la taza a la cocina. Apagó el fuego bajo el agua, que hervía con tanta fuerza que salpicaba a su alrededor. A continuación, llenó las dos tazas y las llevó con cuidado a la sala para

ponerlas sobre la mesa. Se mantuvo el silencio durante unos minutos. Ella soplaba la superficie de su taza para que la infusión se enfriara más rápidamente.

—Gracias —dijo él al ver la taza llena de nuevo frente a él.

—¿Es consciente de todo el mal que me ha hecho? —saltó ella.

Él permanecía impertérrito, sordo y ofendido ante una interpelación que buscaba a las claras un intercambio verbal arriesgado.

—No lo es, ¿verdad? —siguió ella ante aquel silencio ensordecedor.

Tomó aire y empezó a enumerar de uno en uno los ataques violentos y abusos verbales recibidos, sin filtro y citando textualmente palabras que él había dicho y repetido. Le recordó también todas las ofensas por las que ella había tenido que pasar en nombre de una unión que ella nunca consintió. Y, naturalmente, le repitió, sin cortapisas ni escrúpulos, que era el asesino de su hijo. Añadió también, con una inconsciencia aparente, como si ya no tuviera nada que perder, que lo odiaba profundamente y para siempre.

Él, visiblemente conmovido y afectado por sus duras palabras y por los hechos incontestables, se echó atrás, levantó la mirada y se cruzó de brazos en una posición claramente defensiva. Al verse absolutamente identificado con unas palabras que destilaban dolor y con un ego que se había visto insultado por completo, decidió hablar.

—La amo —respondió, dando un trago a una taza que ya no ardía.

Ella lo contemplaba con atención mientras él daba sorbitos constantes a la infusión. Una vez que le había echado en cara todo lo que llevaba dentro, se sentía imperturbable a la respuesta provocadora de un hombre herido.

—No sé cómo se atreve usted a decirme ahora que me ama —dijo, furiosa.

—La amo —repitió él sin dejar de mirarla fijamente.

Ella tomó su taza y, sin quitarle los ojos de encima, entre desafiante y firme, decidió seguir hablando.

—Termínese la infusión, que tengo que enseñarle una cosa —dijo ella con ganas de darlo todo por terminado.

Él, con una obediencia sorprendente y proporcionalmente empequeñecido ante la fuerza que ella recobraba, apuró la taza de un trago y se levantó de la silla, curioso ante el anuncio que ella acababa de hacer. La siguió, cabizbajo y a cierta distancia, mientras ella cruzaba el comedor exuberante del chalet. Al llegar a su habitación, él esperó en la puerta sentado en una butaca. Se sentía entre indispuesto y sorprendentemente cansado tras caminar un puñado de

metros. Entonces ella salió con un documento enrollado y atado con una cinta de color rojo. Se le sentó delante, cara a cara, sus miradas conectadas e inexpresivas, para hacerle una última petición:

—¿Puede tirar de la cinta?

Él deshizo el lazo que cerraba el documento y, mientras este se desenrollaba, el señor Carles, atónito, con la cara desencajada, vio de qué se trataba. Entonces ella se apoderó hábilmente del documento. Profundamente ofendido y vejado, él se recostó en la butaca y, al hacer fuerza con los brazos para levantarse, constató que el cuerpo no le respondía. Con el rostro pálido y la respiración agitada, pidió ayuda a gritos a una Loreto que lo contemplaba impasible a una cierta distancia. Parecía una bestia herida y desbocada que pataleaba de dolor, movido a todas luces por un alma salvaje incapaz de aceptar la derrota. Después de tantos años enfermo, esquivando hábilmente los serios avisos que le mandaba su cuerpo, parecía haberle llegado la hora.

Antes de que el alma de aquella bestia se desvaneciera para siempre, Loreto agarró una cerilla, la prendió y, poniéndose delante de él para asegurarse de que su muerte inminente no le privaría de la contemplación de la escena, quemó las hojas una a una hasta que cayeron desintegradas a sus pies. Unos documentos que, con la firma y el consentimiento de Paulina y Enric, representaban los cimientos de su desventura y el secuestro de su libertad. Aquellas hojas integraban, en una palabra, la prueba de una transacción económica que degradaba y cuantificaba el valor de su vida.

El rostro de él, iluminado por el fuego que derretía las cadenas que la ataban a ella, se apagaba lentamente a medida que los ojos se le cerraban. Ella, satisfecha y descansada, lo observaba aspirar las últimas bocanadas de aire mientras veía cómo la vida se le escurría. Sentada lejos de él e iluminada por los tímidos rayos de sol que se filtraban intermitentemente por la ventana, pensó que el reto a partir de ese momento sería recuperar su cuerpo y reconstruirse como mujer. No sería fácil, no sabía si sería posible, pero la predisposición era una actitud indispensable para enterrar el pasado y avanzar.

Entonces, Loreto limpió la escena que parecía haber presenciado un ritual ayahuásquico y tendió su cuerpo en el suelo. Regresó al comedor y limpió y ordenó la mesa.

Una vez restablecido el orden meticuloso que imperaba siempre en el

chalet gracias a Rosa y Consol, procedió a comunicar la dolorosa noticia de la defunción del señor Carles a su familia.

La muerte del señor Carles supuso un mazazo para su familia, que quedó convencida de que la epilepsia, por fin, había dado un golpe duro y definitivo a su vida. La señora Vidal, a pesar de estar visiblemente afectada, manejó la situación con su fuerza innata y fue a hablar con un médico amigo de la familia, que se encargó de acudir al chalet a firmar el certificado de defunción.

Rosa y Consol aparecieron ese mismo día, compungidas y desconsoladas, y se encargaron, después de rezarle un poco, de lavarlo y vestirlo.

La familia organizó un velatorio discreto en la casa, con el cuerpo en su féretro sobre la cama.

Ella contemplaba la escena, que se le antojaba entre bella y funesta. Partícipe de unas escenas surrealistas que acababan de empezar, decidió mimetizarse con el profundo duelo de la familia, amigos y vecinos que se dejaron caer por el chalet. Todos, elegantes y afectados, se apiadaban del difunto y de la familia.

La noche, tediosa y larga, estrechó el vínculo entre la señora Vidal y Loreto; sentadas muy juntas y agarradas de la mano, velaban la muerte del hermano, la muerte del prometido.

El coche fúnebre se detuvo delante del chalet puntualmente a las ocho de la mañana y dos señores vestidos de etiqueta y con expresiones frías saludaron a la familia con palabras distantes y procedieron a cargar el ataúd con el difunto en el coche.

El cura, amigo íntimo de la familia y colaborador histórico de La Sedeta, se encargó personalmente, a petición de la señora Vidal, de celebrar una misa sentida que divinizaba la figura de su hermano.

Loreto escuchaba aquella hagiografía difícil de tragar, pero escuchaba y callaba, como había hecho durante tantos años. Miraba de reojo a sus padres, que, avisados por la señora Maria, habían decidido asistir a la despedida del señor Carles y se habían sentado discretamente en las últimas filas.

A pesar de la granítica oscuridad que la rodeaba, Loreto empezaba a ver, muy poco a poco, hilos de luz incipientes que dejaban ver otra realidad posible.

La familia al completo sin excepción, todos muy peripuestos y sin dejar de

cantar las alabanzas de aquel hombre, acompañaron el cortejo fúnebre hasta el cementerio de Can Tunis, en Montjuïc, donde los Vidal tenían un panteón. Lo abarrotaron de crisantemos y claveles blancos y rojos en una exaltación de la admiración y respeto que le profesaba toda la familia. Tras unas últimas plegarias en un círculo ordenado y perfecto de mantillas negras alrededor del ataúd, se dio por terminada la liturgia.

La señora Vidal, propietaria junto a su difunto hermano del chalet de la calle Manacor, dejó pasar una semana prudencial, tras la cual avisó al servicio de que quería el chalet limpio de arriba abajo porque iba a ponerlo en venta. Loreto se dio cuenta de que no podía contar con seguir viviendo ahí, aunque tampoco hubiera querido. Sin una unión formalizada ni bendita por la Iglesia, no tenía nada que pedir ni exigir.

Su mente, de nuevo en alerta por pura supervivencia, empezó a barruntar y dibujar posibilidades sobre su futuro más inmediato. Perspicaz y astuta, concluyó que, a pesar de que algunas puertas a las que podía llamar le resultaban antipáticas e incluso hostiles, siempre había caminos posibles para seguir avanzando.

A pesar de que hubiera sido más sencillo emprender cualquiera de esos caminos en son de paz, tenía claro que era hora de llamar a la puerta de quienes la vendieron. Y tenía claras otras dos cosas: ni él ni ella merecían aplausos ni un azar favorable. Se encargaría personalmente de ello.

CAPÍTULO 25

Tenía el piano arrinconado, desafinado y totalmente abandonado. No tenía claro si embarcarme yo mismo en la labor o si buscar a algún afinador paciente que me afinara las doscientas veinte cuerdas y las ochenta y ocho notas. Pensándolo bien, decidí que sí que recurriría a alguien, porque dudaba de poseer la paciencia ni las ganas de dedicarle tantas horas. Como todo en esta vida, el piano necesitaba un mantenimiento que yo, la verdad, no le había ofrecido.

Hice una búsqueda rápida en internet y llamé a un afinador del barrio. Acudió al día siguiente y me dejó el piano a punto. Recordé, de forma totalmente espontánea cómo, en una conversación mantenida con mi vecina, esta me hizo la firme promesa de regalarme un libro de partituras que tenía. Pensándolo bien, se me ocurrió que podía ser la coartada perfecta para presentarme en su casa y tratar de resolver todos los enigmas que iban surgiendo. Al topar con el anuncio de la desaparición de Mireia Mundet en el periódico en 1976, pensé que tenía que regresar a casa de Loreto. No por nada que ver con las partituras, sino porque estaba prácticamente seguro de que las facciones de la chica de la foto eran idénticas a las de una de las protagonistas de los retratos que ella tenía enmarcados y colgados en una pared. A pesar de que la coincidencia de la fotografía del periódico con la de la casa de Loreto me parecía hasta cómica, no quería dejar de comprobarlo.

—Buenos días, ¿qué tal está? —abrí la conversación.

—¿Xavi?

—Quería subir directamente a su casa, pero no sabía si estaría —justifiqué el motivo de mi llamada.

—Estoy en casa, pero ¿usted siempre madruga tanto?

—¿La he despertado? —sobreentendí un reproche.

—No, ¡si hace rato que estoy en pie! Un momento, que me llaman al otro teléfono.

No tardó más de treinta segundos en regresar.

—Lo he dejado descolgado, todo el mundo llama a la misma hora —dijo, indignada.

—Parece que viva usted en una centralita —añadí con una carcajada para hacerla reír—. Oiga, la llamo porque ayer dejé el piano a punto para volver a ponerme con él, no sé si aún tiene el libro de partituras que me dijo.

—Lo tengo, pero no sé dónde… Suba mañana y hoy intentaré dar con él.

La conversación llegó a su fin y quedamos en que subiría al día siguiente. Quería aprovechar también para informarla de la comunicación que había mandado el Teatre Lliure para posponer las charlas de la «Escuela de Pensamiento» un par de semanas, dando como motivo una indisposición. Pensé que así le ahorraría a Loreto la caminata y el desengaño si no estaba al corriente.

Como la memoria es finita y la retención visual en ese caso no podía fallarme, aproveché la tarde en el trabajo para hacer unas capturas con el móvil de la cara de Mireia Mundet. Aproveché también para seguir anotando detalles de aquella historia en mi cuaderno, donde documentaba sobre el papel el curso de aquellos sucesos. Pasados ya unos meses desde el inicio de todo aquello, había optado trazar sobre el papel y de forma constante aquella historia que había empezado como un mero seguimiento de protección y vulnerabilidad y que había virado hacia un caso absolutamente enigmático.

No sé si fue por las ganas que tenía, pero la mañana siguiente llegó en un santiamén. Abrí las contraventanas para dar comienzo al día, que empezó y acabó, como hacían todos, aunque de una forma distinta.

—¡Se me fue de la cabeza! —exclamó Loreto al abrirme la puerta, llevándose una mano a la frente al verme.

—No pasa nada —dije yo mientras me echaba atrás, haciendo ademán de marcharme—. Ya subiré otro día.

—Pase, pase… déjeme echar un vistazo en unas cajas que tengo en un rincón. Pase —insistió.

Le hice caso y ella se fue por el pasillo en dirección contraria al salón. Esperé en mitad del pasillo y, al oír que empezaba a remover cajas, pensé que aquello iba para largo.

—¿La ayudo o la espero en el salón? —le dije.

—Vaya, vaya al salón. Yo ya voy.

Me dirigí al salón y me vi una vez más recorriendo aquel pasillo. La habitación de las fotos quedaba a mano izquierda, pero pensé que era demasiado arriesgado entrar sin saber lo que tardaría ella en venir.

Una vez en la sala, al sentarme al sofá, vi, a pesar del sempiterno minimalismo imperante, un libro en la estantería de la mesita baja del sofá. Lo saqué. Tenía un marcapáginas en la página noventa y cuatro. Era una novela de José Saramago titulada Las intermitencias de la muerte. Me llamaba la atención aquella elección narrativa en alguien como Loreto, aparentemente interesada en la reflexión sobre el miedo a perder la vida. Lo hojeé rápidamente antes de volver a dejarlo en su sitio.

—He encontrado una guía de París polvorienta —me dijo ella a lo lejos—. ¿La quiere? —preguntó, asomando un brazo con la guía en la mano por la puerta de una de las habitaciones del fondo del pasillo.

—No, no, gracias —le dije mientras me levantaba—. No se preocupe, ya volveré otro día si no la encuentra.

—Déjeme abrir una última caja, es que tiene que estar aquí —respondió ella, convencida.

Oí con claridad cómo rasgaba el precinto que se usa para cerrar cajas que uno prevé dejar cerradas durante un tiempo. Pensé que, si no lo hacía ya, tendría que esperarme a otro día. Era arriesgado, pero no imposible. La oía afanarse en el otro extremo del pasillo.

Me levanté y entré en la habitación a oscuras donde, meses atrás, había visto de refilón aquellas fotos iluminadas por una vela, que seguía encendida. Saqué el móvil, enfoqué las fotos con la linterna y constaté que, efectivamente, de aquellas cuatro instantáneas la segunda por la izquierda era Mireia Mundet. Le saqué una foto con el móvil, aunque me temblaba el pulso. Entonces me fijé en los otros retratos: los cuatro pertenecían a chicas de edades parecidas.

La primera por la derecha, en blanco y negro, también me resultaba conocida. No sé si fue por los nervios, o si la paranoia se encargaba de eclipsarme cualquier dosis de racionalidad. Me acerqué más y, efectivamente, la reconocí: era Agnès Sagnier. Igualita a su hermana Dolors. Idéntica.

Estaba muy nervioso. La luz seguía apagada y de verdad que, de haber podido, en ese mismo instante y sin diplomacia ninguna, me hubiera largado. Hubiera salido por patas sin preocuparme por nada más.

—Que la puerta de las habitaciones esté abierta no significa que pueda meterse donde quiera —dijo Loreto.

—Lo siento —dije, nervioso, al ver peligrar mi integridad.

—¿No lo regañaban en su casa cuando era chico y no pedía permiso? —me preguntó, con el libro de partituras en la mano.

—Perdóneme, solo he entrado movido por la curiosidad —respondí, aturdido.

—Venga —me ordenó ella mientras se dirigía al salón.

Se sentó en una de las sillas que rodeaban la mesa y apartó otra para que me sentara yo. Dejó las partituras sobre la mesa, apoyó los codos y entrelazó los dedos. Me había pillado y pensé que ninguna excusa podría justificar una intromisión como aquella en un rincón de su casa. Me esperaba cualquier cosa y debía reconocer que la desazón por saber y avanzar había vencido a la prudencia.

Me miró, seria como ya la había visto alguna otra vez, y se quedó observándome. No sé si su objetivo era incomodarme, pero yo quería que me tragara la tierra.

—¿No le dije que, si tenía alguna duda, lo que tenía que hacer era preguntarme? —me endilgó. Yo no respondí—. Por lo que se ve, no le quedó lo bastante claro.

La situación se estaba poniendo realmente tensa.

—Si le digo la verdad, he visto una serie de cosas extrañas y por eso he actuado así —dije, con la mirada gacha.

Ella se echó a reír, como desacreditando la mención de aquellas cosas extrañas que yo supuestamente había visto.

—No me haga reír… ¿De qué «cosas extrañas» habla?

—Usted me asaltó en plena noche, me pidió auxilio, desesperada y ensangrentada, y me rogó que subiera a su piso. Lo hice, asustado y superado, y usted se puso a desfilar por este mismo pasillo con un velo de novia preguntándome si me parecía usted guapa —dije sin respirar—. Ese episodio, junto con alguna confusión de nombres y el relato de la escena en la que un tal Carles trepaba por la fachada me llevaron a pensar que sufría usted un problema mental grave. Ni era ni soy nadie para decirle qué tiene que hacer, porque quizá ya hay alguien a cargo. Pero yo eso no lo sé. Tenía que asegurarme de que realmente tenía algún familiar que cuidara de usted. Si se lo preguntaba directamente no podría confiar que me diera una respuesta creíble ni sensata, dados estos brotes. Por eso decidí aproximarme un poco a los entornos de los que usted habla puntualmente.

—Y se dio cuenta de que hay entornos donde no debe entrar. ¿O no lo

entendió? —me interrumpió, molesta.

—Sí lo entendí, pero es que, cuanto más tiraba del hilo, más curiosidad me despertaba —confesé.

—¿Y qué es lo que tanta curiosidad le generaba? —preguntó ella, abriendo la veda de las preguntas directas.

Se hizo un silencio que representó el preludio de un intercambio intenso.

—Ahora que veo ese periódico encima del mueble, quería comentarle que en La Vanguardia encontré un anuncio de 1976 que hablaba de la búsqueda de una novia llamada Mireia Mundet. Parece que la prensa lo convirtió en un caso mediático que recorrió el país entero. No sé si la conoce.

—Mireia Moret…, no la conozco. Aquí no ha venido nunca, eso se lo puedo asegurar —se apresuró a decir sin inmutarse.

—Mundet, Mundet, no Moret —la corregí yo.

—Mireia Mundet… —Hizo memoria—. Mireia Mundet… Hace muchos años que vienen novias, no me acuerdo, la verdad.

Parecía que su opción de defensa consistía en atribuir a la memoria la falta de conocimiento. Tenía que seguir insistiendo.

—¿Conoce usted a Agnès Sagnier?

—La señora Sagnier entró por esta puerta en 1969 para hacerse un vestido de novia y se casó con un señor de Barcelona.

—La señora Sagnier no se casó —repliqué yo, envalentonado—. La señora Sagnier hoy en día sigue desaparecida.

—¡Y usted qué sabrá!

—Sé que su familia sigue buscándola actualmente y quiere que vuelva a casa —dije, con una mirada afectada.

—Yo solo sé que de aquí se marchó feliz tres días antes de casarse.

—La señora Sagnier no se casó y ella sigue desaparecida —repetí—. Me sorprende que no lo sepa.

—Pues ya sabe más que yo —dijo ella, resignada.

La situación era de total incomodidad, pero habíamos llegado a un punto sin retorno.

—Lo más curioso es que conocí a Dolors Sagnier, hermana de una de las novias a las que usted vistió, y me contó el caso de Agnès. Husmeando en los periódicos, hasta leí declaraciones de usted. ¿Recuerda que la entrevistaron porque usted fue la última persona que la vio?

—¿A mí? No. A mí nunca me entrevistó nadie —dijo ella de nuevo sin

dejar espacio a más preguntas.

—¿No lo recuerda o lo niega?

—Lo niego rotundamente.

En ese momento saqué dos recortes de periódico, algo superado por el cinismo o desmemoria que ella exhibía. Por un lado, el fragmento de la entrevista que le habían hecho por ser la última persona en estar en contacto con Agnès Sagnier. Y por otro, el recorte en que los medios de comunicación de la época hablaban del caso de las novias desaparecidas o muertas. Los planté sobre la mesa y, después de acercárselos para que les echara un vistazo, disparé de nuevo:

—¿Siguen pareciéndole totalmente desconocidas estas historias?

—Sé que hace años hubo elucubraciones acerca de si habría un único responsable de las desapariciones y las muertes de las novias. Hablaban del tema en los medios y en televisión —dijo, de repente, según parecía, dispuesta a colaborar—. Pero también le diré que esas suposiciones no llegaron a ningún sitio, porque a las chicas que desaparecían las encontraron a algunas violadas, a otras intactas, a otras destripadas…

Loreto esgrimía exactamente el mismo argumento que había empleado Dolors Sagnier para desmentir la relación entre los distintos casos.

—¿No le parece curioso que dos de las chicas desaparecidas o muertas, Agnès Sagnier y Mireia Mundet, acudieran aquí unos días antes para hacerse la última prueba del vestido? —pregunté—. ¿Y no le parece extraño tenerlas a las dos en fotos enmarcadas en una habitación iluminada por una vela?

Era una pregunta directa que concentraba toda la información que había descubierto, reunido y, en última instancia, contrastado. Llegábamos, con una Loreto cada vez más acorralada, al final de una acusación documentada y expuesta.

—Es una curiosidad, más que una coincidencia, que el destino privara a estas dos jovencitas del matrimonio y de la vida… —respondió ella.

Sabía que, o bien la memoria le fallaba o mentía sin escrúpulos. La foto de Mireia Mundet colgaba en un marco blanco de la pared de la habitación. A Loreto le molestaba mi relato y le molestaba desmesuradamente mi intromisión franca y desinteresada en los entornos que podrían orientarme acerca de ella y su degeneración. Le molestaba hasta el punto de avisarme

sutilmente de entornos poco amigables. Había recibido llamadas explícitas que me pedían que no me metiera.

Ella no se veía incómoda ni inquieta, aunque para mí el momento era extremadamente delicado. Delicado por su cariz y porque tal vez me encontrara delante de alguien peligroso. Entre nervioso e inseguro, reuní un conjunto de información que ella no recordaba o rehuía. Tal vez la solución fuera meterme de lleno y formular una pregunta de sí o no para dejar que pasara lo que tuviera que pasar.

No sé si fue una imprudencia o no, pero el caso es que carraspeé, tomé aire y le solté:

—¿Tiene usted algo que ver con la desaparición y la muerte de las novias?

CAPÍTULO 26

El chalet de la calle Manacor quedó limpio y prácticamente vacío en cuestión de una semana. Loreto recogió todas sus cosas y se adjudicó algún objeto de una herencia imposible que nunca recibiría.

Luego de esa semana, tras presenciar visitas de futuros compradores, fue el momento de marcharse para siempre.

Bajó los tres peldaños de la puerta principal del chalet, entre feliz y confundida ante un futuro incierto. En mitad del jardín, con las maletas en el suelo, se giró y observó la hierba que trepaba por la fachada. Con la mirada perdida y el corazón latiendo con fuerza, recordó a la niña, inocente e ignorante, que con doce años había entrado a formar parte de aquella familia. Al salir con casi veinte, los recuerdos, incesantes e inmortales, le desfilaban de uno en uno por una mente totalmente descontrolada.

La familia de Carles, ausente e ingrata, ni siquiera se despidió de ella y prefirieron que, concluido su encargo, lejos de compasiones y empatías, saliera sola por donde había entrado.

La última imagen que conserva es la de Rosa y Consol desde el interior de la casa, haciéndole adiós y tirándole besos con la mano. Acostumbrada a realidades desagradables, la despedida no se le antojó especialmente traumática.

Había dispuesto de toda una semana para pensar cómo encarar los primeros días de un destino incierto.

Cogió las dos maletas de piel de color violáceo y empezó a callejear hasta llegar a la plaza de Lesseps. Impactada por una Barcelona que ella había vivido principalmente desde su enclaustramiento en el chalet, pasó por delante de la iglesia de los Josepets y, a la carrera, cruzó un paso de peatones con el semáforo en amarillo para llegar al parque central. Se sentó, dejando una maleta al lado de cada pierna, en un banco flanqueado por dos cipreses. Observaba cautivada la actividad constante de coches y el estruendo de cláxones que puntuaba la vitalidad de la ciudad. Cruzó las piernas y, durante cinco minutos bien buenos, contempló el cielo azul de la Barcelona de 1964.

Después se levantó, con ganas de llegar, cogió las maletas, se enderezó y echó a andar hacia la casa donde había nacido.

Testaruda y convencida, regresó y dejó las maletas en el suelo. Era en el primer piso, se acordaba perfectamente.

—Buenos días —dijo mientras llamaba con la mano a un inmenso portal de madera.

Se observaba y pensó que encarnaba a la perfección la figura de la joven que regresaba a casa tras un fracaso vital. Había, sin embargo, una gran diferencia: ella regresaba a un lugar de donde nunca hubiera tenido que marcharse.

—¿Perdone? —dijo la voz de un hombre que asomaba la nariz por la rendija de la puerta abierta.

—Buenos días. Soy Loreto, hija de Enric Juncadella y Paulina Safont. ¿Me abre?

El portero abrió la puerta y ella, entre pensativa y con dudas evidentes por si se topaba con su madre en lo alto de la escalera, hizo un último esfuerzo por arrastrar las dos maletas, que le habían dejado los brazos molidos. El portero tomó una y juntos subieron el equipaje escaleras arriba hasta el rellano del primero.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Paulina, superada, al abrirle la puerta.

—Regreso a casa —respondió Loreto.

De fondo, unos pasos lejanos se acercaron, curiosos, para averiguar con quién hablaba Paulina. Era Enric, serio e inexpresivo, que, al ver a su hija, le hizo gestos para que entrara en casa mientras indicaba a su mujer que se quitara de en medio.

Loreto cargó las maletas de nuevo, huérfana de ayuda, a pesar del largo camino recorrido, y las dejó arrinconadas en una pared del pasillo. Enric cerró la puerta y Paulina, visiblemente afectada, hizo un gesto para hacerla pasar al salón.

Se sentó en un sofá de un piso moderno que no reconocía. En cuestión de siete años, el cambio era espectacular. Disponía de lujos que, conociendo a sus padres, no hubieran querido ni podido permitirse con sus trabajos sacrificados en la fábrica.

—Bienvenida a casa —dijo Enric, que no le quitaba los ojos de encima.

Paulina le sirvió un vaso de agua que la ayudó a recuperarse de un

cansancio que no podía disimular. Al servírselo, sus manos se rozaron y Paulina se echó a llorar.

Por sus caras y sus gestos, además de un sexto sentido increíblemente desarrollado, Loreto notaba un fuerte sentimiento de culpa retenida. Con ganas de encarar unos días y semanas que usaría para verbalizar siete años de silencios obligados, miraba a su madre, que parecía incapaz de interactuar y se mostraba afligida y lagrimosa. Su padre, en apariencia fuerte y dispuesto a sobreponerse a la inverosimilitud de la situación, se atusó la americana y se decidió a hablar.

—Ni yo ni tu madre te queríamos viuda a los veinte —le endilgó.

Ella, impertérrita y dispuesta a escuchar lo que fuera para que le llegara pronto el momento de hablar, asentía y lo observaba mientras él empezaba a urdir su relato. Un relato que, por dispuesta y preparada que estuviera para escuchar, frenaría en seco si el grado de cinismo superaba el límite que estuviera dispuesta a aguantar.

—No había nada que indicara una vida tan corta y tan atropellada en un señor como Carles —dijo Enric con una mirada a Paulina—. Queríamos apartarte de los estragos de la guerra y de un futuro muy negro que te hubiera condenado a horas y horas de trabajo en la fábrica.

—Al señor Carles lo maté yo —interrumpió Loreto mirando fijamente a su padre.

El momento de tensión fue espectacular y, más que sorprenderse por lo que su hija acababa de decir, los dos se miraron con una evidente preocupación por su estabilidad.

—No puede ser —dijo Paulina, sobrepasada.

—Maté a un animal feroz que me hirió, me humilló y me lapidó durante siete años de mi vida. Me vendisteis con un contrato firmado por los dos para aseguraros una vida digna fuera de la fábrica que os aprisionaba. Habéis vivido siete años a cuerpo de rey a costa de mi persona y nunca habéis sentido culpabilidad ni malestar. ¿Qué padres arrancarían a una niña del colegio para entregársela a un señor de cincuenta años para que lo cuide y lo complazca? ¿Eh? ¡Responded! —dijo, ya gritando—. Me pegaba en todos y cada uno de los rincones de mi cuerpo, me tocaba, me sobaba y me hacía sangre. Me insultaba y me daba órdenes como si fuera una perra —explicó con lágrimas en los ojos—. Me violó en Barcelona, en París, en Esterri y en los lugares más inhóspitos de los límites de la imaginación. Me

vendisteis a una bestia imperiosa y violenta que me dejó embarazada contra mi voluntad —añadió, mirando a su madre con los ojos empañados—. Y él mismo, inconsciente y egoísta, se ocupó de destrozar, a golpes y palizas, la semilla que crecía en mi interior —concluyó, mientras las lágrimas empezaban a brotar.

Enric y Paulina se abrazaron y se echaron a llorar. La contundencia de las palabras era enorme y el relato de los hechos respondía a una situación engendrada y consentida por ellos mismos. Se notaba, a medida que los acontecimientos se sucedían, que tanto uno como la otra habían desarrollado, discretamente y en silencio a lo largo de los años, un inmenso sentimiento de culpa. Tan inmenso que a Loreto le resultaba imposible entender por qué nunca fueron a buscarla, a rescatarla. Quedaba demostrado que los límites de la ética y la moral eran estrictamente personales y subjetivos. Era imposible entender la debilidad que mostraban en ese momento, comparada con la frialdad con que la observaron durante el entierro del señor Carles. Una dualidad que le perturbaba la mente y la enfadaba tanto que la empujó seguir hablando.

—¿Para qué queríais ser padres de una hija a la que no quisisteis cuidar? —exclamó tras un silencio largo y tenso—. ¿Por qué me sometisteis a una existencia de sacrificios, dolores e imposiciones? ¿Tan poco vale mi vida? Me compadezco, yo sí, de vosotros y de la conciencia sucia y pesada que os acompañará el resto de vuestros días. Habéis sido cómplices indispensables de mi destrucción interna y externa, habéis aceptado que se me denigre y se disuelva mi alma. Ni tengo nada ni soy nadie y es todo gracias a vosotros, unos padres cegados por unas promesas de opulencia y abundancia que os convencieron para vender una vida. ¿No os da vergüenza? —acabó con una apelación directa de la cual no esperaba respuesta.

—Estamos muy arrepentidos —dijo la madre, sacudida por un profundo dolor.

Loreto estaba dispuesta a continuar.

—No decidiréis nada más en mi nombre. Nada más. Ni tenéis mi permiso, ni mi respeto, ni la admiración que la mayoría de hijos sienten por sus padres. Sois personas egoístas y ruines, habéis demostrado que os importa más vuestra vida que la de la persona que trajisteis al mundo. Os aprovechasteis de mi corta edad, de mi inocencia y de mi vulnerabilidad. Y

ninguno de los dos tuvo la decencia ni la dignidad de ponerle freno. Sois unos cobardes.

Se había creado una situación verdaderamente desagradable y muy dura. Los tres lloraban con desconsuelo, con la diferencia de que Paulina y Enric se abrazaban, mientras que ella resistía, fuerte e íntegra, el baño de realidad. Paulina se sonó la nariz antes de decir:

—¿Sabe la familia Vidal que lo mataste tú? —preguntó, exponiendo su verdadera preocupación.

—Ni lo sabe ni lo tiene que saber.

Lógicamente, Paulina estaba preocupada. Sabía que, si la verdad del relato llegaba a oídos de Maria y de la familia Vidal, ella y Enric podían salir muy mal parados y sufrir las consecuencias en sus propias carnes. Consecuencias en forma de represalias que cambiarían por completo su situación actual, que había quedado establecida y blindada por una de las cláusulas que Loreto había incinerado a los pies del difunto Carles.

Quedarse en casa de los responsables de su fortuna no hubiera sido su primera ni su segunda opción, suponiendo que hubiera una tercera. La tercera suponía vivir y dormir en la calle, así que, a pesar de la evidente desafección, quedarse con ellos era la única opción real que tenía. Ni Paulina ni Enric trabajaban. Ella era ama de casa y él salía tres veces a la semana, ataviado con trajes y corbatas elegantes, a hacer de mayordomo en La Sedeta. El ascenso laboral y social tenía a Loreto absolutamente turbada, así como la desaparición de todas las fotos de su niñez que antes su madre tenía enmarcadas y colgadas por toda la casa.

Recuperó la habitación que tenía de niña, que había sido convertida en un salón para tomar el té. Su madre, silenciosa y profundamente afectada, dispuso rápidamente una cama, una mesita y una lamparita.

La tensión que se vivía dentro del piso era muy intensa. El mal ya estaba hecho y las heridas no cicatrizarían de un día para otro. La distancia física seguramente hubiera aligerado una situación casi insostenible de odios, rencores y arrepentimiento.

Pasaron dos semanas y la pesadez e infelicidad con las que vivía Paulina, así como el desánimo con el que Enric volvía del trabajo, eran muy patentes. Los intercambios de palabras eran escasos y las conversaciones de lecho entre los dos, que Loreto escuchaba con la oreja pegada a la pared, eran largas y contundentes.

Aquellas primeras semanas no llegaron a hacerse insoportables, pero Loreto se temía que la explosión fuera fuerte y fatal. No se arrepentía de ninguna de las palabras que había pronunciado y pensaba constantemente que, si no fuera por la gran debilidad y vulnerabilidad que sentía, hubiera completado y verbalizado la contienda con dos o tres puntualizaciones más.

Habían pasado dos semanas y media desde su regreso a casa. Recordaba aquella noche de febrero de 1964 como si acabara de suceder. Eran las once y dormía plácidamente envuelta en unas sábanas que la hacían sentir tranquila y segura.

Como si fuera un aviso que no permitía dilaciones ni esperas, alguien que deseaba ser atendido con diligencia llamó al timbre. Ni Paulina ni Enric se levantaron a abrir y entonces se dio cuenta de que estaba sola en casa. Se levantó de la cama, recorrió el pasillo medio dormida y agarró el interfono para responder.

—Sí, ¿diga?

—Buenas noches, ¿es usted Loreto Juncadella? —preguntó una voz masculina.

—Sí.

—Agente Fuster del Cuerpo Nacional de Policía. ¿Me permite la entrada? —dijo el agente.

CAPÍTULO 27

—¿Qué significa «algo que ver»? —preguntó ella.

—Si está usted metida. Sea valiente y responda —puntualicé.

Se hizo otro largo silencio y ella se puso en pie. Temeroso de sus próximos pasos, ni me atreví a mirarla. Si lo pensaba con frialdad, acorralada como la tenía, podía pasar cualquier cosa. Se fue a la habitación donde me había pillado a oscuras y regresó con las cuatro fotografías enmarcadas, que puso sobre la mesa en el mismo orden en que estaban colgadas de la pared antes de volver a sentarse en silencio.

—Agnès Sagnier, Mireia Mundet, Aurora Oliver y Aina Fortuny —dijo, mientras las señalaba una a una con el dedo.

—¿Quiénes son estas chicas? —pregunté, rozando la obviedad.

—Eran todas novias y están muertas —respondió, firme.

—¿Las mató usted? —pregunté yo, muy nervioso.

—Sí —respondió sin dilatar la respuesta.

Fue un momento tenso y yo hice ademán de levantarme e irme. Loreto acababa de confesar la autoría de unos asesinatos que se habían sucedido desde 1969. Había burlado a la policía y a una prensa desorientada que daba tiros al aire. Tenía delante a la persona a la que tantas familias habían maldecido y a la que seguían buscando con desesperación. Ella era la responsable, no sabía si la única, de la desesperación y la angustia de todos los hombres que se quedaron sin esposa a los pocos días de casarse.

Lo dijo sin ningún miedo a las consecuencias. Sabía, de alguna manera, que estaba protegida. Sabía que, si yo lograba salir del piso, sería cuestión de tiempo que la policía fuera a detenerla y se le imputaran unos cargos delictivos acaecidos más de sesenta años antes. El escándalo sería tan grande, el alivio de las familias, tan inmenso, que seguramente acabaría su vida entre rejas. Intensamente conmocionado al ser testigo de su confesión, repetí el gesto de marcharme.

—No se levante —me ordenó—. Si ha llegado hasta aquí, será porque quiere saber más cosas —afirmó sin esperar una respuesta.

—Quiero saberlo todo —dije, mirando a la asesina.

—Estas cuatro son mis ángeles preferidos —empezó, refiriéndose a las chicas de los retratos.

—¿Quiere decir que hay más novias muertas? —preguntó, casi pisándole la respuesta.

—Sí —respondió ella, fría como el mármol.

—¿Dónde están? ¿Cuántos años hace que mata? —le pregunté con desconcierto.

—Coso vestidos de novia desde 1969 y hace unos días que terminé el último… —precisó con una entereza que daba a entender que el repertorio era largo y se extendía hasta la actualidad.

—O sea, ¿que nunca ha parado de asesinar a novias? —dije, para asegurarme de que la pregunta quedaba clara.

—Sí, nunca he dejado de hacer lo que vine a hacer —puntualizó.

—¿Y Clara? ¿Es otra de sus víctimas? —pregunté.

—Clara ya debe de estar casada y bien casada —respondió ella, cosa que me descolocó.

Llegados a ese punto, llegó un momento de desesperación e incomprensión. ¿Qué había venido a hacer, y dónde? Es más, de repente entendía la situación grotesca que había vivido Clara, la ferocidad que relataba la muchacha, las palabras que le dirigía y la escena de persecución en la sala en la que yo me encontraba en aquel momento. Eran lamentables todas las justificaciones que yo le había brindado, todas las excusas que había pedido a terceros apelando al estado de salud precario, degradado y senil de aquella mujer. Me arrepentía profundamente. Me sentía traicionado, engañado y objeto de un juego perverso, deliberado y malévolo. Al hacer memoria respecto a aquel último episodio absolutamente rocambolesco, recordé que Clara, una víctima a quien la muerte había rondado, se había compadecido de la persona que quería asesinarla. Era una gran locura, una realidad grotesca. Había que detener de inmediato aquel asedio y hacer pagar a aquella criminal por todo el mal que había hecho.

—¿Bien casada? ¿Cuál es su criterio para dejarlas con vida?

—Su capacidad de supervivencia —afirmó ella con gran frialdad.

—¿Y la de Clara era muy elevada?

—Clara no se escapó una vez, sino dos. El destino no quiso aliviarla ni liberarla —respondió, implacable.

Sus palabras me parecían tan extrañas como demenciales. ¿Aliviarla de

qué o de quién, liberarla de dónde y por qué? Loreto había perpetrado crímenes reales bajo un pretexto que ella creía firmemente justificable y que la hacía vivir y convivir tan tranquila con la realidad. Yo quería insistir en el caso de Clara, no podía dejar el tema abierto.

—La primera vez lo vi en primera persona. La segunda ¿se le escapó sigilosamente?

—La llamaron y se marchó de repente. El mensaje del universo era claro: ella no. Y, por mucho que le augure una vida triste, forzosa y oscura, el infierno, a veces, se impone —concluyó, repasando los puntos principales de su relato.

—No sé qué fuerza o qué poder moral la ha impulsado toda la vida a hacer lo que ha hecho, pero se lo preguntaré directamente: ¿qué hay peor para una persona que privarla de la vida?

Siguió un largo silencio. Sentada en la silla, apoyó de nuevo los brazos sobre la mesa y cerró los ojos. Como si estuviéramos llegando al tuétano de la cuestión y necesitara de toda su concentración para continuar. Se quedó en un estado casi meditativo hasta que no pude aguantar más y salté con brusquedad:

—No sé si es que no me ha oído o no me ha entendido.

—Le he oído y entendido —dijo, abriendo de nuevo los ojos con semblante serio—. Ahora le pregunto yo si quiere saber algo más.

No sé si esa pregunta tenía respuesta o, si la tenía, no podía compartirla, pero me parecía fundamental para entender, si tal cosa era posible, el origen de todas aquellas atrocidades. La tenía delante, parecía una entrevista policial de reconocimiento y aceptación de hechos delictivos, con algunas excentricidades menores, pero relataba, entera y convencida, lo que seguramente habían sido los episodios más salvajes de su vida.

—¿Dónde están los cuerpos de las chicas? —le solté. Era una de las mil preguntas que me asediaban la mente.

—Fueron retornados a la tierra —respondió.

—Me refiero a dónde están físicamente —puntualicé, sin saber si su respuesta era irónica o formaba parte del relato.

—Enterramos los cuerpos en la montaña o los arrojamos al mar.

—¿Usted y quién más? —pregunté, desconcertado.

—Dos personas que me han estado ayudando a recogerlos y llevarlos al mar o a las llanuras del Pirineo.

Acababa de revelarme que no había perpetrado sola aquellos delitos, sino que tenía dos cómplices.

—¿Son tres asesinos? —pregunté, asumiendo y por fin nombrando la realidad.

—Veo que se le ha despertado la curiosidad. Pensaba que, con todo lo que ha investigado, todo esto ya lo tendría claro —dijo, resentida y desafiante.

—No sé quién la ayuda, pero sí que es verdad que por el camino he encontrado personas que han tratado de disuadirme. Personas que han disimulado muy mal, ocultando de forma bastante chapucera sus identidades. Y, ahora que lo pienso, bien podrían ser sus ayudantes —le dije a la cara.

—¿Le falta alguna información para completar esta investigación tan profesional que ha llevado a cabo? —me provocó ella de nuevo.

—¿Qué relación tiene usted con Pau de Gratacós y Gabriel de la mercería Santa Ana?

—Son dos viejos amigos —respondió ella, seca.

—¿Pau no la llevaba a la montaña y regresaban a Barcelona con hierbas? —disparé a matar.

—Jamás de los jamases. Pau me traía telas, nada más.

—Su madre, Marina Llobet, a quien usted seguro que conoce, me dijo textualmente que usted y él regresaban a Barcelona, y cito textualmente, «habiendo dejado peladas las colinas del Pallars…» —tiré de nuevo a matar.

—Pobre Marina, no sabe ni lo que dice —añadió ella, negando con la cabeza.

—O sea, que la señora Llobet es una mentirosa.

—No hable así de ella… La señora Llobet se ha hecho mayor y desvaría —dijo, para intentar anular totalmente su testimonio.

—Casualmente, Gabriel, el marido de la encargada de la mercería Santa Ana, me dijo que no me metiera en su vida privada y que no necesitaba usted a nadie —dije, de carrerilla—. Lo más curioso es que lo hizo de forma anónima y descubrí que era él. Si me permite la pregunta, ¿a qué viene tanto hermetismo y tanta privacidad?

—Por lo que se ve, a usted le gustaría mucho que alguien se le metiera en casa y quisiera husmear por todas partes —dijo ella, irónica y sin perder el tono de enfado.

—Yo aprecio mucho mi intimidad, pero me parece que no tengo a nadie

que desvíe ataques contra mi persona ni que me proteja de la muerte.

—¿Usted no tiene amigos?

CAPÍTULO 28

Fue un salto limpio y de la mano. Un salto que ponía punto final a dos vidas condenadas por sí mismas a desaparecer para siempre. Faltaban cinco minutos para las siete menos cuarto de la tarde cuando alguien llamó e informó de la presencia de dos cuerpos que yacían cubiertos de sangre justo bajo el puente de Vallcarca. El agente Menéndez, que estaba de guardia y a cargo de responder a las llamadas al 091, hizo unas preguntas previas e informó de que se activaba en ese preciso momento el código de suicidio. No tardaron más de quince minutos en llegar tres coches de la Policía Nacional que expulsaron de la zona a cuatro señores mayores fisgones antes de acordonarla.

—No se pueden tocar los cuerpos hasta que llegue el juez —dijo un policía a sus compañeros.

—Parece un suicidio, pero hasta que el juez no ordene el levantamiento hay que protegerlos —añadió otro agente.

Estaba oscuro, era invierno y hacía frío. Las luces azules de una ambulancia se oteaban a lo lejos, y el escándalo de las sirenas sobresaltó a los vecinos de Vallcarca.

Vecinos, todo sea dicho, acostumbrados desde hacía años a actos fatídicos como aquel, que habían motivado que llamaran «el puente de los suicidios» al viaducto de Vallcarca.

—Aquí, aquí —indicaba con el brazo un policía para indicar a la ambulancia dónde tenía que aparcar.

Poco a poco fueron llegando todos los agentes que debían intervenir y gestionar las dificultades ingentes que presentaba una escena de suicidio. Dado el inmovilismo dictado por ley hasta el momento en que llegara el juez de guardia, los agentes de policía se limitaron a asegurar el perímetro para evitar que alguien franqueara la zona acordonada. Al llegar el juez, un hombre de mediana edad que vestía un traje, se desatascó automáticamente la escena detenida. El juez, acompañado de dos hombres de aspecto similar que iban pegados a sendas libretas, se arrodillaron junto a los dos cuerpos, de un hombre y una mujer.

Los cadáveres estaban separados por una distancia de un metro, bocabajo y con las manos a los lados, muy cerca. Dos grandes charcos de sangre prácticamente se mezclaban y venían a confirmar la hipótesis inicial de suicidio. Una vez inspeccionados los cuerpos, el juez dio permiso para levantarlos y trasladarlos al laboratorio forense para que les practicaran la autopsia, tras lo cual se dio aviso y se autorizó a la policía para que prosiguiera con el curso legal.

Mientras el juez se retiraba de la escena, tres agentes se aproximaron a los cuerpos para empezar a registrarlos. Sorprendentemente, en el bolsillo interior del abrigo nuevo de uno de los cadáveres hallaron dos documentos de identidad y un sobre blanco cerrado. Un agente los colocó discretamente sobre la carpeta que estaba usando para redactar el atestado y, en poco más de diez segundos, confirmó que las fotografías de los documentos de identidad se correspondían con las caras de los difuntos.

—Identidad verificada —dijo el jefe de los agentes—. Pueden llevarse los cuerpos.

El coche que acudía a recoger los cadáveres se acercó hasta el centro de la escena. Se apearon cuatro hombres que se encargaron de cubrirlos, colocarlos sobre un tablón de madera y depositarlos en el interior del vehículo. Cerraron la puerta de golpe y arrancaron en dirección a la montaña.

El agente jefe guardó en la carpeta los dos documentos de identidad y pasó a observar el sobre blanco que habían hallado en el bolsillo interior del abrigo negro de la señora. Desenfundó unas gafas y vio que no había ninguna inscripción en la parte frontal del sobre. Al darle la vuelta, encontró una dirección y el nombre de una señora en letra minúscula. El policía comprobó que la dirección del sobre se correspondiera con la de los documentos de identidad y, efectivamente, así era. El sobre iba dirigido a la señora Loreto Juncadella Safont, que, efectivamente también, compartía apellidos con los dos difuntos, Enric Juncadella y Paulina Safont.

El juez solicitó hablar con el jefe de los agentes, que le informó de la identidad de los cuerpos, que, horas más tarde, la autopsia confirmaría. A pesar de que había que esperar al resultado, el juez dio permiso para notificar la defunción y entregar, una vez finalizado el procedimiento, los cuerpos a la familia.

A pesar de que el resultado de la autopsia confirmó la muerte por suicidio

de los padres de Loreto, con el permiso de la autoridad judicial y después de comprobar varias veces la documentación y el atestado del juez, el agente Fuster se dirigió a la calle Gran de Gràcia, 233, para comunicar a la familia la defunción del señor Juncadella y la señora Safont.

—Buenas noches. Agente Fuster del Cuerpo Nacional de Policía. ¿Me permite la entrada? —solicitó el agente.

Loreto se quedó helada, invadida por un miedo que la paralizó. Sabía que la muerte del señor Carles podía acarrearle graves consecuencias y pensaba que aquella era la única explicación de la presencia del agente en su casa a esas horas. Giró la llave y abrió la puerta sin contestar. Veía su inminente detención y reconocía, si ese acababa siendo el verdadero motivo de la visita, que la habían vencido.

Loreto extendió un brazo para señalar el pasillo y franquear la entrada al agente, que se adentró en el piso delante de ella. Entre nerviosa y asustada, Loreto miraba fijamente la espalda del agente que recorría el pasillo hasta el salón de su casa. El agente Fuster se dio la vuelta para comprobar que lo seguía y, cuando se sentaron a la mesa, habló:

—Lamento profundamente tener que comunicarle que se han encontrado sin vida los cuerpos del señor Enric Juncadella y la señora Paulina Safont. —Se hizo un silencio—. Imagino que son sus padres.

—Sí —respondió ella agachando la cabeza.

Inmóvil e incrédula, mantuvo un breve intercambio de palabras con el agente, que, en vista de las ganas nulas de interacción y las respuestas monosilábicas de ella, volvió rápidamente a la puerta para marcharse. Estaba sorprendido por la gran entereza que mostraba aquella mujer, como si el suicidio de un padre y una madre fuera algo normal.

—Cuando el procedimiento termine, se liberarán los cuerpos y la avisaremos para que pueda proceder a la sepultura. Para cualquier comunicación, retomaremos el contacto con usted.

Ella lo siguió hasta la puerta sin decir nada.

—Se me olvidaba una cosa —dijo él, que se giró justo cuando Loreto estaba a punto de cerrar la puerta—. Le entrego este sobre con su nombre y la dirección de su piso en el dorso. Se encontró junto a los documentos nacionales de identidad en el bolsillo interior del abrigo de su madre.

Loreto lo aceptó y se lo guardó. Por el momento, no tenía ninguna gana de abrirlo.

—Buenas noches —dijo el agente.

—Buenas noches.

El agente Fuster acababa de anunciarle una noticia que nunca hubiera esperado. Entonces sí, huérfana y con la muerte rondándola, pensó que debería recurrir a alguien que la ayudara, cuando menos, a enfrentarse a todo lo que derivaba de aquel suceso trágico. Estaba totalmente sola y desconocía los procesos legales que derivaban de un suicidio que atentaba contra todos los principios cristianos y que representaba un deshonor y una vergüenza inmensa para una familia.

Por un lado, recordaba a algunos amigos y conocidos del señor Carles, abogados y gente de bien con quienes había coincidido en distintos cafés y con los cuales había departido sobre política, economía y derecho. Por otro lado, recordó, nostálgica, al señor Martí Turró, el padre de Marta, abogado, a quien tanto ella como su hija adoraban de niñas.

Su pasado con el señor Carles pasado estaba; no convenía jugar con él ni removerlo. Por lo tanto, sin darle muchas vueltas, al día siguiente se vistió de buena mañana y se dirigió a la plaza Lesseps para llegar a la calle Septimània. Cerró los ojos y se esforzó por recordar el piso en el que había vivido toda la vida su amiga del alma.

—¿Marta? —preguntó.

—¿Quién es? —preguntó una voz que debía de pertenecer a su madre.

—Soy Loreto Juncadella, no sé si se acordarán de mí.

La puerta se abrió y descubrió que tanto Marta como su madre la esperaban en lo alto de la escalera. Por detrás, Martí asomó la cabeza, sonriente y emocionado.

—¿De dónde sale esta mujer? —exclamó.

Marta se abalanzó sobre ella. Habían pasado siete años desde que la sacaron del colegio para ponerla a trabajar, siete años en los que no se habían visto ni se habían comunicado, siete años sin saber absolutamente nada la una de la otra. Marta pensó, cuando Loreto dejó de ir al colegio de un día para otro, que Loreto se había marchado para siempre. Muchos días, contó su madre, llegaba a casa y preguntaba por ella.

—Lloraba y yo le decía que volverías —dijo su madre—, pero nunca pensé que fueras a tardar tanto —añadió entre risas.

Loreto entró y experimentó un amor puro y eterno, una calidez que hasta se le hacía extraña. El amor y la admiración eran tan grandes y reales que

sintió que había llegado el momento de contar brevemente la historia de su vida entre llanto y lágrimas, y de comunicarles el suicidio de sus padres. Marta le agarraba la mano, con los dedos entrelazados, y se la estrechaba fuerte cada vez que se hundía.

—No han muerto cristianamente, han cometido un pecado y, por lo tanto, no se los podrá enterrar en tierra sagrada —dijo el señor Martí.

—¿Qué es tierra sagrada? —preguntó Loreto.

—En un cementerio —aclaró él—. Habrá que enterrarlos en una zona arrinconada para disidentes.

El señor Martí se encargó personalmente de acompañar, guiar y ayudar a Loreto en el enorme, incomprensible y tedioso mundo de legalidades, trámites y papeleo. Solo le pidió que le consiguiera, en un período de tres días, el certificado de defunción, el libro de familia y su certificado de nacimiento. Con esos documentos tuvo suficiente para encaminarla hacia una estabilidad vital y una digna prosperidad económica. Los trámites le permitieron tomar posesión del piso de Gran de Gràcia y le proporcionaron un espacio para poner paz y tranquilidad a una vida desventurada y a un alma hecha añicos para siempre.

—¿Señora Juncadella? —irrumpió la voz de un señor al teléfono.

—Buenos días —respondió ella.

—La llamamos para informarle de que la necropsia ha finalizado, el informe está listo y de que procederemos a entregarle los cuerpos en las próximas horas.

El señor Martí la acompañó a recoger los cadáveres de sus padres. La trataba con una delicadeza suprema y le profería todo el afecto que cualquier persona merecía en aquellas circunstancias.

Barcelona era pequeña como un puño cerrado y las casualidades seguramente existan, y por eso, al salir del edificio, le pareció ver una cara conocida. Se fijó bien. Era un cura, con ropa eclesiástica, que al pasar junto a ella le lanzó una mirada de curiosidad y desdén. Iba acompañado de una cúpula de sacerdotes que seguramente venían de visitar a un difunto. Su memoria no alcanzaba a asociarlo con nadie hasta que, de repente, le sobrevino el recuerdo del sacerdote, amigo de la familia Vidal, que presidió los oficios litúrgicos del entierro del señor Carles. Estaba segura de que aquella coincidencia no sería anodina y de que trascendería más allá de aquella mirada. Ya daba por hecho que ese cura comunicaría, documentaría

e investigaría debidamente aquel azar y que, sin lugar a duda, la señora Vidal acabaría enterándose del trágico suceso.

Estaba segura también de que, a ojos cristianos, sus padres habían cometido un pecado mortal y les esperaba un infierno cruel. Aquella forma de marcharse representaba un escándalo impúdico, indigno y condenable que no permitiría, de ninguna de las maneras, que la familia de La Sedeta y la señora Vidal más concretamente expresara condolencias ni sintiera compasión alguna por quienes habían sido sus mercenarios. Estaba segura de que al día siguiente habría un nuevo mayordomo en la fábrica y que el relevo se efectuaría de forma discreta y silenciosa. Los trapos sucios se lavaban siempre en casa.

El cristianismo alejaba a las víctimas suicidas de la misericordia y de la promesa de la vida eterna. Según el señor Martí, quienes decidían suicidarse no solo quebrantaban uno de los diez mandamientos de Dios, sino que renunciaban a la salvación de Jesús y rechazaban el regalo de vida que Dios les había dado. Por ese motivo fueron enterrados sin exequias eclesiásticas y se les dio sepultura, con discreción y sin hacer ruido para no dar ideas, en un espacio anejo al cementerio de Montjuïc. Era una parcela reservada para quienes se adhirieran a sectas heréticas, masones, excomulgados, suicidas, muertos en duelos y todos los pecadores públicos y manifiestos.

Ambos fueron enterrados lejos de los nichos de sus padres y abuelos, todos sepultados cristianamente en ese mismo cementerio.

Loreto, de la mano de Marta y de sus padres, que la acompañaron en un día triste y lúgubre, franqueó la entrada y acompañó a los dos hombres, trajeados de negro y con sendas palas, que se encargaron de sepultar los ataúdes. Marta y sus padres se quedaron atrás, dejando espacio y distancia a ese momento personal e íntimo.

Loreto, incapaz de emocionarse ante un momento tan lacerante, observaba a los dos hombres mientras desplazaban las dos cajas para colocarlas en los agujeros que habían cavado.

—Un momento —exclamó ella de repente.

Se acercó y arrojó las dos rosas rojas que llevaba en la mano. Uno de los hombres alzó la cabeza y le dedicó una sonrisa de empatía y compasión. Después, él y su compañero empuñaron las palas, las cargaron de arena y empezaron a cubrir los cuerpos para siempre.

A ella empezó a temblarle el labio mientras, inmóvil, contemplaba sin

apartar la mirada las paladas de tierra que cubrían poco a poco el hoyo. Se lo mordió para tranquilizarse y calmarse, pero no podía. Emocionada, mientras resistía la severidad de la tormenta, dio media vuelta para volver con Marta y sus padres. La esperaban para abrazarla y, emocionados, le llenaron las mejillas de besos.

Subieron al coche y ella, inmensamente agradecida y complacida, les pidió que la dejaran en casa, ya que tenía ganas de descansar. Inalterada y entera como estaba, empezaba a notar en su interior una descomposición que la debilitaba. Necesitaba, por orden imperiosa del universo, dormir, descansar, digerir. Pero no quería hacerlo sin antes haber llegado a su casa, colgar el abrigo de una silla del salón y sentarse a la mesa para abrir aquel sobre. Había querido esperar a estar sola, tranquila y preparada para abrirlo, y deseaba de corazón que aquella fuera la última sorpresa que le deparaba el destino.

Agarró un cuchillo y abrió el sobre que había guardado dentro de un libro. Sacó una hoja escrita a mano con tinta negra. Reconoció fácilmente la caligrafía de su madre. Lo desplegó, tragó saliva y empezó a leer:

Querida hija:
Se nos hace imposible seguir viviendo con una culpa tan grande. Hace años que nos sentimos avergonzados de la decisión que tomamos. El miedo, la presión y las promesas nos llevaron a cometer el mayor error de nuestra vida. Incluso hoy, la culpa nos asedia de noche y nos consume de día. Te destrozamos la vida que nosotros mismos te dimos. Hemos sido unos padres egoístas y ambiciosos y ahora, al verte, tan mayor y cambiada, viva y llena de dolor, nos morimos por dentro poco a poco. Se nos han quitado las ganas y la ilusión de vivir. Te miraremos y te guardaremos desde el cielo o el infierno. Y, si nos lo permites y nos perdonas, aunque sea tarde y a deshora, te cuidaremos y te protegeremos.
Te queremos,
Enric y Paulina

Loreto se secó las lágrimas con el puño de la camisa y devolvió la carta al sobre.

CAPÍTULO 29

—Amigos tengo, pero no sé si del mismo tipo que los suyos —respondí, acalorado.

Ella, al verse claramente acorralada, se dio cuenta de que las evasivas ya no eran una posibilidad. Insistiendo de nuevo, centré mis preguntas siguientes en las dos figuras que parecían haber tenido un rol fundamental en una trama diabólica y funesta, y Loreto, declarada y confesada, se abrió de par en par y, sin dejar de mirarme a los ojos ni perder su postura hierática, compartió conmigo el que había sido, seguramente, el mayor secreto de su vida.

Pau y Gabriel eran dos hombres que consiguieron ganarse su confianza y su cariño. Que, de forma excepcional, fueron capaces de trampear las vicisitudes de su pasado hostil y reñido con todos los hombres. Consiguieron, con paciencia y tiempo, forjar una relación franca y una seguridad intacta, fuerte como el granito, hasta convertirse en sus dos manos derechas. Bastaba con un telefonazo para que cualquiera de los tres integrantes del triángulo sagrado soltara lo que estuviera haciendo para ayudar a los otros dos. Aunque habían alcanzado ya edades que se prestaban más al descanso, el amor propio siempre les impidió, sobre todo a ella, relajar aquella relación y dar por terminada la misión que habían cumplido por más de cincuenta años.

Pau era el hijo menor de Marina Llobet, propietaria de Gratacós y amiga y proveedora de Loreto. El muchacho, de joven, obedeciendo a su madre, subía y bajaba por Gran de Gràcia para repartir los generosos pedidos que Loreto encargaba. Extenuado de tanto andar de arriba abajo, ella siempre lo esperaba con un opíparo desayuno. No todo el mundo lo agasajaba con semejante despliegue, ni encontraba tanta generosidad en todas las casas que visitaba. Si bien es cierto que la amabilidad suele responder a un deseo noble de franqueza y afecto, también lo es que a veces obedece a un deseo perverso y deshonesto de persuasión.

Ella le forraba el bolsillo con toda la calderilla que llevaba en el monedero

y él se marchaba la mar de contento. Así nació una relación que evolucionaría y perduraría, más fuerte que nunca, con el paso de los años.

Pau aceptaba voluntariamente y de buen grado las peticiones puntuales de Loreto de acompañarla con el coche fuera de la ciudad. El aire fresco, la naturaleza y las flores del Montseny representaban un acceso curativo e inmediato a unos bosques que le permitían recoger plantas que proporcionaban remedios infalibles y respirar aire puro de montaña. Siempre que la acompañaba, regresaba instruido y admirado por los conocimientos sobre la flora que ella compartía con él. Ambos sabían que la vida a veces insistía en poner a las personas al borde del abismo para comprobar su capacidad de resistencia. Pau, de jovencito, se vio en un trance así y, con la muerte tocándole los talones, recibió la ayuda de Loreto para librarse de una amenaza. Sabía que compartía con ella el mayor secreto de su vida. Sabía también que le estaría eternamente agradecido por una instrucción tan cuidadosa y tan silenciosa. Salvado de quien quería hacerlo desaparecer para siempre, se condenó, sin saberlo, a pagar el precio de un valor incalculable. Con los años, los acuerdos, los secretos y los favores a los que llegaron eran incontables. La complicidad era total y la confianza, absoluta. De ahí venía y así pervivió aquella prolongada amistad personal y laboral.

En el presente, aunque a veces delegaba su trabajo a Adrià, que muy puntualmente lo sustituía. El día anterior, relató Loreto, acudió y fue un día muy especial: cargado como iba siempre, subió por Gran de Gràcia y llegó al número 233 para entregarle un pedido urgente. Al oír que su madre le pedía si podía hacerle el favor de llevarle las telas a Loreto, le respondió que por supuesto que sí. Enfiló la escalera recordando todas las veces que la había subido y bajado. Ingenioso y detallista como era, aprovechó el trayecto para regalarle un ramillete de flores que había recogido un par de días antes junto al castillo de Montclús. Al fin y al cabo, los viejos hábitos no mueren nunca.

Gabriel, su otra mano derecha y marido de Carme, la encargada de la mercería Santa Ana, había tenido siempre una debilidad inconfesa por la modista. Una debilidad que lo dominaba y lo obnubilaba, que lo había sometido voluntariamente a sus deseos y a sus necesidades más excéntricas. Desde los años setenta le entregaba pedidos a horas convenidas y, al llegar a su piso, el tiempo se detenía. Carme, sorprendentemente, nunca llegó a entender por qué tardaba tanto en regresar. Cuando Gabriel aparecía de

nuevo por la tienda, ella se subía por las paredes porque se había hecho tarde y porque aún quedaba una lista muy larga de encargos por entregar. Él, sin embargo, vivía de esos ratitos de gloria. Se escuchaban, se miraban, se comprendían. Incluso actualmente seguían llamándose para preguntarse qué tal estaban o para pulir algún fleco de temas profesionales que se llevaban entre manos. El tiempo y la vida les habían demostrado que una amistad de más de cincuenta años es una amistad de verdad. Lo más entrañable era que tanto él como ella sabían que se tenían para todo.

Toda aquella información detallada acerca de aquellos dos hombres me dejó totalmente asombrado. Me costaba imaginar el alcance de ese engranaje perfecto que estaba poniéndose de manifiesto. Por más estupefacción y sorpresa que sintiera, debía seguir preguntando para desenmarañar aquel final.

—¿Dónde y cómo ha matado durante tantos años sin que los pocos cuerpos que fueron hallados no contuvieran indicios ni pruebas para que la policía pudiera presentarse aquí a arrestarla y encarcelarla? —disparé de nuevo, apuntando con delicadeza.

—Veo que la profundidad de sus pensamientos y de sus preguntas mejora a medida que avanza nuestra conversación —concluyó Loreto, que no paraba de crecerse.

—Responda —dije, mirándola de nuevo a los ojos.

—¿Quiere tomar algo? —preguntó mientras se levantaba, concediéndose de forma arbitraria una pequeña tregua—. Es que yo sí, tengo la garganta muy seca.

Se dirigió a la cocina.

—Un poco de agua —respondí con sequedad.

Seguía pareciéndome surrealista que aquella gran sala en la que habíamos conversado y donde me había esperado pacientemente durante largos ratos fuera, literalmente, el escenario de una serie de crímenes perpetrados a lo largo de más de cincuenta años. Era esperpéntico y no sé qué me impidió agarrar la puerta, marcharme de ahí y dejar todas las preguntas en manos de los jueces con Loreto sentada en el banquillo de los acusados.

Apareció con una tetera blanca de porcelana y dos tazas: una vacía y la otra con una rodaja de limón, todo sobre una bandeja que dejó sobre la mesa. Se puso delante la taza con el limón y la otra me la entregó a mí. Se sentó de nuevo.

—No me diga que solo me va a pedir una triste agua.

—No quiero nada más, no quiero nada más.

Al ver que yo no hacía ningún gesto para servirme, agarró la tetera con una servilleta, dado que el asa ardía, y me llenó la taza hasta arriba. La infusión humeaba y desprendía un olor fuerte.

—Tómesela. Le calmará. Veo que se enciende con tanta facilidad como la pólvora —siguió, en un tono paternalista especialmente desagradable.

No necesitaba calmarme ni me apetecía especialmente obedecerla, pero los nervios y la tensión me habían resecado la boca, así que me mojé los labios y di un sorbo. La infusión era muy dulce y recuerdo que ella me observaba atentamente.

—¿Hay algo más que le inquiete y desee saber?

—Quiero saber cómo ha conseguido matar tan silenciosamente. —Levanté la mirada y me crucé de brazos, dispuesto a escuchar su respuesta.

—¿Quiere un poco más? —me preguntó al ver que había apurado la taza y haciendo caso omiso de mi pregunta.

—Media taza nada más —le respondí mientras se la acercaba.

—Es usted muy jovencito —arrancó el discurso sujetando mi taza con una mano y la suya con la otra—. Pero le aseguro que hay muchas formas limpias y discretas de deshacerse de almas que deciden libremente adentrarse en un infierno de fuego y dolor.

—No entiendo qué quiere decir —dije, casi cortándola.

—No me cabe duda —dijo ella mientras esbozaba una media sonrisa—. Lo que quiero decir es que los peligros de la obediencia ciega pueden conllevar una muerte triste, solitaria y llena de dolor.

No sabía qué decir. La boca empezó a arderme de una forma espantosa, me sentía mareado. Hasta tuve que cerrar los ojos porque la cabeza me daba vueltas de un modo exagerado y veía borroso. Me sentía como si fuera a caer redondo al suelo y empecé a notar un intenso dolor de barriga.

Ella me veía retorcerme desde su silla. Se levantó de repente y se me acercó.

—¿Qué le pasa? —me preguntó con aparente sorpresa.

—Me encuentro muy mal. No sé si son los nervios o toda la tensión que llevo acumulada por su culpa.

—Beba un poco más de té, a ver si se le pasa y se recupera —dijo, acercándome la taza medio llena a los labios.

Me la sujetaba mientras bebía como si yo fuera un pollito deshidratado. Con la otra mano me daba palmaditas en la espalda, como si fuera un bebé que tenía que eructar. Perdiendo facultades por momentos y sintiendo unos leves latidos que disminuían, la interpelé directamente.

—¿Qué me ha dado? —le pregunté, casi a voz en grito—. ¿Qué me ha dado?

Se había levantado y se fue a la cocina. La oía enredar, pero no tardó en regresar con un tarro de cristal en la mano derecha y otro en la izquierda. En el de la derecha había unas hierbas con flores azules y, en el de la izquierda, unas rosadas de forma acampanada. Se acercó a la mesa, los dejó junto a la tetera y se apoyó en el respaldo de la silla para estar más cómoda.

—¿Ve las florecillas azules? Son acónito. ¿Y las rosas? Dedalera —dijo, a modo informativo, en un tono plano y objetivo—. Es la infusión que les doy a las novias. —Hizo una pausa—. Y la que acaba de tomar usted.

Me encontraba cada vez peor. Empecé a vomitar y a sufrir espasmos. Ella permanecía inmóvil mientras me observaba, de nuevo sentada en la silla. La miraba, desesperado de dolor mientras mis fuerzas caían en picado, e hice un esfuerzo ingente para decir:

—Quisiera decirle, ya que aún no lo he hecho, que es usted una asesina y que espero que tarde o temprano pague por todo el mal que ha hecho —le dije con los ojos muy enrojecidos—. Me arrepiento profundamente de haberla ayudado y lamento mucho haberme preocupado por usted —concluí, lleno de rabia e indignación.

Caí al suelo y ya no volví a levantarme. Mataba de forma infalible y contundente. Mi corazón permaneció inmóvil en aquella sala que había visto tantos vestidos y sonrisas como convulsiones y muerte. Notaba que perdía el pulso lentamente y que estaba empapado en sudor. Experimentaba también unos pinchazos generalizados que me retorcían entre espasmos y convulsiones. La vida se me escapaba mientras ella miraba, indiferente e impertérrita, incapaz de mostrar compasión alguna.

—El conocimiento es poder y el poder tiene un precio —dijo ella en voz baja.

Moría poco a poco, envenenado y con un frágil latido que no tardó en acabarse. Me había vencido, me dejó tendido en el suelo. Había ejecutado, de forma implacable, otro asesinato.

No fue hasta que el reloj de la cocina dio las tres menos cuarto de la

madrugada cuando, sin llamar al timbre y girando la llave en la cerradura con mucho cuidado, aparecieron las siluetas de dos hombres que entraron en el piso sin hacer ningún ruido. Sin encender la luz, guiados solo por el fulgor de una vela que iluminaba un puñado de fotografías, agarraron mi cuerpo, ya envuelto y preparado, y se lo llevaron por la escalera. Uno de ellos, antes de abrir la puerta, vio una nota pegada en el marco que decía: «Gracias, Gabriel. Gracias, Pau».

Los dos se miraron, y el blanco de sus dientes permitió intuir sus grandes sonrisas de satisfacción y complicidad.

Mientras, ella dormía plácidamente. Los días como ese la dejaban agotada.

EPÍLOGO

La señorita Sagnier acababa de cerrar los ojos para siempre. Tumbada en el suelo y asesinada con un líquido que le había provocado una bradicardia maligna, Agnès fue la primera novia a la que Loreto decidió salvar y alejar del infierno. Un infierno en el que muchas jovencitas, inconscientes y sedientas de amor y afecto, anhelaban y buscaban, ingenuas y cándidas, una felicidad eterna. Agnès yacía, indefensa y sin vida, en el suelo del salón de un piso principal de Gràcia. Sentada delante de ella, Loreto la contemplaba en silencio y en paz. Se sentía feliz, convencida de que con aquel acto de salvación y protección la había liberado de las ferocidades del matrimonio. Con los ojos cerrados y semblante ausente, sonreía mientras le acariciaba las mejillas a Agnès, a quien imaginaba fuera de peligro y alejada de la auténtica barbarie.

—¿Quién es usted? —le preguntó una vocecilla débil que salía de un cuerpo sin vida.

Loreto, con los ojos cerrados e imaginándose una conversación justa y necesaria, se le acercó. Sentada a su lado, le agarró las dos manos, aún calientes, y tomó aire antes de responder:

—Vengo a salvaros. —Se le escapó una primera lágrima.

—¿En nombre de quién nos roba este regalo divino que es la vida? —continuó la voz, que surgía de un cuerpo traspasado.

—En nombre del ángel que soy y del infierno que llevo dentro. Huyo, viva por fuera, pero muerta por dentro, de donde vosotras, inconscientes y suicidas, os queréis meter.

—¿Y qué quiere hacernos? —le preguntó aquella conciencia.

—Vengo a rescataros antes de que entréis. Vengo a liberaros del sufrimiento que he vivido. Vengo a salvaros, hijas mías, de la barbarie, porque una vez dentro, no es fácil salir ni sé si saldríais con vida. Vengo para que no viváis condenadas, ahora y siempre, a la obediencia, forzada y forzosa, de pertenecer a alguien. Mejor eternas que vencidas por el amor, esclavas ciegas y cadáveres de vidas de sufrimiento e infelicidad.

—¿Es un ángel de la muerte?

—Soy un ángel de la guerra que ha venido a protegeros y a liberaros de sueños románticos, irreales e imaginarios. Vengo a deciros que la vida que os ata y os condena a hacer feliz a un hombre a menudo conlleva más muerte que vida.

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

Estamos seguros de que vas a disfrutar *Un lugar demasiado* tranquilo, de Megan Miranda.

Al igual que en *La modista de Barcelona*, esta historia nos transporta a un barrio en apariencia apacible, donde los secretos más oscuros se ocultan tras jardines prolijos y vecinos sonrientes.

En este exclusivo vecindario, todos compartían una vida casi utópica: celebraban juntos, se cuidaban entre sí… hasta que los Truett fueron asesinados.

La rutinaria vida de la comunidad se ve alterada cuando la mujer acusada del crimen es absuelta y regresa decidida a descubrir quién mató realmente a la pareja, y por qué intentaron culparla. Ahora los vecinos ya no son tan cordiales: ahora se esconden tras sonrisas filosas y silencios cargados de sospecha.

¿Te animas a desentrañar este nuevo misterio?

El equipo editorial



Escanear el código QR para ver información de *Un lugar demasiado tranquilo*



Marc Font Nació en Gironella (Berguedà), es licenciado en Traducción e Interpretación por la Universidad Pompeu Fabra, tiene un máster en Lingüística por la Universidad de Barcelona y trabaja de profesor de lengua catalana e inglesa en secundaria. Escribió *La modista de Barcelona*, su primera novela, mientras recorría Sudamérica.

Su lanzamiento en catalán, bajo el título *La modista de Gràcia* fue un éxito con cuatro ediciones agotadas en los primeros seis meses.

MOTUS

Nos gusta la adrenalina y la tensión que vivimos al leer un thriller. Ese hilito de sangre, ese tictac que hará detonar lo imposible, no saber quién es el culpable y también intentar deducir el final.

Nos intriga saber que la muerte pudo ser solo una coartada, la vuelta de tuerca, el reto que nos ponen al contarnos cada historia.

En el cine, la ansiedad nos lleva al borde de la butaca, y con los libros nos hundimos en el sofá, sudamos en la cama, devoramos cada párrafo a la velocidad de nuestras emociones.

Sentir que falta el aliento cuando la trama nos recuerda que la vida es un suspiro le da sentido a varios de nuestros días.

Nuestro compromiso es poner ante tus ojos solo autores que te provoquen todo eso que los buenos thrillers y novelas negras tienen.

Queremos que te sumes a esta comunidad a la que guía una gran sed de buen entretenimiento. Porque lo tendrás en cada uno de nuestros libros.

¡Te damos la bienvenida!

Únete al grupo escaneando el código QR:









MotusThriller

www.motus-thriller.com